



Desmontando al
MOTERO
Cassie Alexandra

Desmontando al motero

Cassie Alexandra

Traducido por Laura Lospitao Pastor

“Desmontando al motero”

Escrito por Cassie Alexandra

Copyright © 2018 Cassie Alexandra

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Laura Lospitao Pastor

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Desmontando al motero](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41 | El Juez](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44 | Jessica](#)

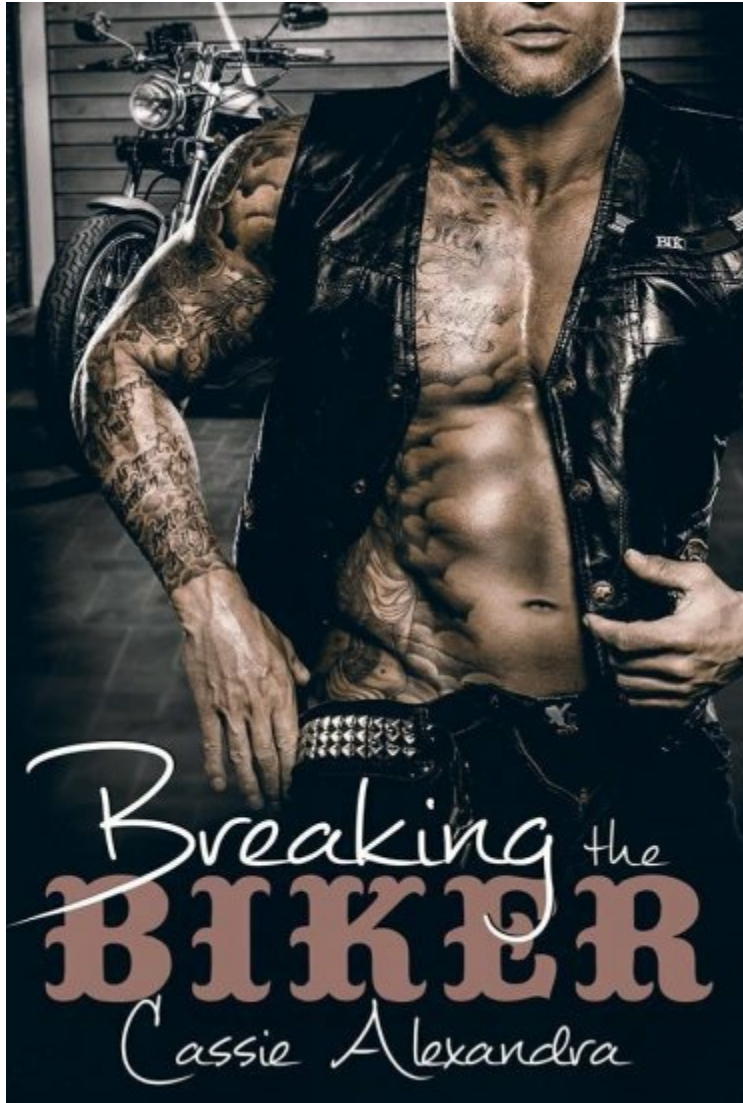
[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?](#)



Breaking
THE BIKER

By

Cassie Alexandra

Copyright ©2015 by Cassie Alexandra/K.L
Middleton

Cover by Book Cover By Design / Kellie Dennis

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise without express written permission of the author.

This book is purely fiction. Any resemblances to names, characters, and places are coincidental. The reproduction of this work is forbidden without written consent from the author.

This eBook is licensed for your personal enjoyment only. This eBook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each reader. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

| | |
|-----------------------------|---------------------|
| Capítulo 1 | 14 |
| Capítulo 2 | 25 |
| Capítulo 3 | 33 |
| Capítulo 4 | 38 |
| Capítulo 5 | 50 |
| Capítulo 6 | 54 |
| Capítulo 7 | 61 |
| Capítulo 8 | 67 |
| Capítulo 9 | 74 |
| Capítulo 10 | 76 |
| Capítulo 11 | 80 |
| Capítulo 12 | 84 |
| Capítulo 13 | 91 |
| Capítulo 14 | 98 |
| Capítulo 15 | 99 |
| Capítulo 16 | 108 |
| Capítulo 17 | 118 |
| Capítulo 18 | 123 |
| Capítulo 19 | 128 |
| Capítulo 20 | 130 |
| Capítulo 21 | 142 |
| Capítulo 22 | 147 |
| Capítulo 23 | 151 |

| | |
|----------------------------------|---------------------|
| Capítulo 24..... | 158 |
| Capítulo 25..... | 163 |
| Capítulo 26..... | 169 |
| Capítulo 27..... | 180 |
| Capítulo 28..... | 186 |
| Capítulo 29..... | 198 |
| Capítulo 30..... | 203 |
| Capítulo 31..... | 212 |
| Capítulo 32..... | 218 |
| Capítulo 33..... | 228 |
| Capítulo 34..... | 231 |
| Capítulo 35..... | 235 |
| Capítulo 36..... | 238 |
| Capítulo 37..... | 241 |
| Capítulo 38..... | 247 |
| Capítulo 39..... | 262 |
| Capítulo 40..... | 266 |
| Capítulo 41..... | 268 |
| Capítulo 42..... | 280 |
| Capítulo 43..... | 288 |
| Capítulo 44..... | 294 |
| Capítulo 45..... | 309 |
| Capítulo 46..... | 317 |
| Capítulo 47..... | 324 |

Prólogo

Raina

—¿Es él? —dijo Cole apagando el cigarro en el cenicero de la furgoneta.

—Sí.

Me quedé observando a aquel hombre de cabello gris con chaleco de los Gold Vipers y le odié con cada fibra de mi ser. Conducía su moto *chopper* por la parte de atrás del Griffin's, ese antro de striptease del que aparentemente era el propietario.

—No se te ocurra perderle.

Él frunció el ceño.

—Relájate Raina. No voy a perderle.

Saqué el revólver de la guantera y comprobé la recámara para asegurarme de que seguía estando cargada. En teoría era un arma ilocalizable. Mi hermano Cole me la había entregado a regañadientes esa misma mañana y quería asegurarme de que no le había extraído las balas. En su opinión estaba cometiendo un error y... ¡Joder! Quizás era así. Pero no me importaba. Después de perder a mi bebé, lo único que quería era destruir al responsable de su muerte. Slammer, el presidente de los Gold Vipers. Él había ordenado el tiroteo que había acabado con la vida de mi hijo de dos años y ni de coña iba a dejar que viviese para alardear de ello.

—Sigo pensando que deberías dejar que el club se encargase de esto, —repitió Cole mientras seguíamos a una buena distancia la moto de Slammer, que salía del aparcamiento en aquel momento—. Si le matas sin su aprobación me será difícil conseguir el parche a corto plazo.

Le miré con recelo.

«Billy estaba muerto y él se preocupaba por conseguir su parche...»

—¿De verdad crees que me importa cabrear a tu club? Por lo que a mí respecta tanto los Gold Vipers como los Devil's Rangers pueden arder en el infierno. Y eso también va por la gilipollas de tu novia, Patty.

Cole no dijo nada. Sabía que en el fondo, a su modo, también estaba tratando de asumir que su sobrino había muerto. Quería mucho a Billy e

incluso admitía que se sentía responsable en parte. Cole era *prospect* de los Devil's Rangers y había sido su novia quien se había presentado en una fiesta del club cuando se suponía que tenía que haber estado bañando a mi hijo y acostándole. En lugar de eso, le había llevado a la fiesta para vigilar a Cole y asegurarse de que no le era infiel. Sus celos y su inseguridad habían contribuido a la muerte de mi hijo, y habían hecho que saliese herida pues se había llevado un balazo en el hombro. Pero a diferencia de mi hijo de dos años, el destino había sido misericordioso con ella aquel día. Lo cierto es que me estaba costando mucho ser comprensiva y no matar a aquella zorra.

—¿Entonces qué? ¿Ahora también quieres matar a Patty?

—No puedo negar que se me ha pasado por la cabeza, —murmuré cabreada—. No me puedo creer que te liaras con una tía así. No entiendo en qué cojones estaba pensando cuando permití que esa puta cuidase de mi hijo.

—Lo sé. Está chiflada.

—Obviamente.

—Ya no estamos juntos.

—Eso espero, porque si vuelvo a verla le daré una paliza y la mandaré de una patada al hospital.

—No te culparía por ello, —dijo deshaciéndose de la ceniza de su cigarro.

Yo continué hablando.

—No tenía derecho a llevar a Billy a ningún sitio. Si se hubiera quedado en mi casa como le pedí, —dije con un hilo de voz—, mi pequeño aún estaría vivo.

Su mirada se enterneció—. Lo sé. Fue una estupidez y estoy seguro de que lo lamentará el resto de su vida.

En mi opinión ya era tarde para lamentaciones. Especialmente en lo referente a Patty. Tenía veintidós años. Sabía perfectamente que no estaba bien llevar a un niño a una fiesta por muy justificadas que estuvieran sus razones.

—Bien. Quizás así le salve la vida a alguien.

—Quizás, —dijo Cole suspirando agotado—. Mira, sé que ahora parece que no hay esperanza, pero quiero que recuerdes que no estás sola Raina. Aún me tienes a mí, —dijo acercándose para cogerme la mano—. Y al tío Sal. No lo olvides.

Asintiendo miré por la ventanilla del copiloto y traté de relajarme. En ese momento, lo único que quería era tumbarme en la camita de mi Billy y

abrazarme a su almohada que aún olía a él. Deseaba imaginar que le estaba abrazando y que me miraba con sus grandes ojos castaños.

«Te queo mami... »

Se me encogió el pecho y cerré los ojos obligándome a reprimir las lágrimas. No me podía permitir perder los nervios porque con toda seguridad eso haría que Cole aparcara y Slammer podría escapar así.

—Sólo para que conste, sigo pensando que esta es una malísima idea, —dijo sacando el encendedor del salpicadero.

—Nunca dije que fuera una buena idea. Sino que era necesario hacerlo, —respondí con amargura.

Cole había tratado de disuadirme un montón de veces. Finalmente, le dije que lo haría sin su ayuda y eso le preocupó aún más. Por mucho que me quisiera, Cole era un machista y creía que una mujer no podía ocuparse de nada por sí misma sin cometer un error. Especialmente cuando se trataba de asuntos delictivos. Como *prospect* de los Devil's Rangers, estaba bastante segura de que ya se había visto implicado en algunos asuntos ilegales y que había aprendido a especializarse en aquel ambiente. Otra razón más para odiar al MC de mi hermano tanto como sus enemigos. Estaban convirtiéndole en un criminal.

—¿De veras piensas que Mark querría que te arriesgaras así?

Mark era el padre de Billy. Había fallecido hacía un año en un accidente de tráfico. Trabajaba dieciocho horas al día tratando de ganar algo de dinero para poder comprar una casa. La teoría más probable es que se estrellase de camino a casa la mañana del accidente. Su jeep se había salido de la autopista y había chocado de frente contra un árbol. Dijeron que su muerte había sido rápida y que, probablemente, no había sentido. Billy había recibido un disparo en el hombro, lo que seguramente fue doloroso. Desafortunadamente, había muerto antes de llegar al hospital. Ni siquiera había podido acompañarle en sus últimos momentos.

—No quiero volver a escucharlo, —dije secándome la humedad de los ojos—. Slammer va a recibir su merecido, así que continúa siguiendo a ese gilipollas y deja de darme por culo.

Cole se encendió otro cigarrillo y permaneció en silencio.

Seguimos a Slammer dos bloques más hasta que dejó su moto en el aparcamiento de un banco local. Eran poco más de las seis y el local parecía estar cerrado.

¿Qué está haciendo? —pregunté incorporándome en el asiento.

Cole frunció el ceño—. No sé. A lo mejor va a sacar dinero en lo que parece ser un cajero interior.

—Ummm, —dije mordiéndome el labio inferior.

Aparcó la furgoneta en un lateral de la calle frente al banco. Le observamos bajarse de la moto y dirigirse a la puerta con el letrero de Cajero.

—¿Lo ves? Te lo dije, —dijo mi hermano sonriendo triunfante—. Probablemente va a sacar pasta. También deberíamos robarle, en mi opinión.

—No voy detrás de su sucio dinero, —dije metiéndome la pistola en la sudadera. Me cubrí la oscura melena con la capucha y me puse unas gafas de sol—. Cuando entre ahí aparca en la puerta. No creo que tarde mucho.

—Joder, ¿de veras vas a hacerlo? —preguntó mirándome como si fuese una jodida extraterrestre.

—Esto nunca ha sido un juego, hermanito, —dije abriendo la puerta. Salí y crucé la calle con el corazón desbocándoseme en el pecho. Cuando alcancé la entrada, dos mujeres torcieron en la esquina del edificio a toda prisa.

Mierda.

Ambas pasaron por delante de mí rodeándome y una de ellas se giró para mirarme de forma inquisitiva. No la culpaba por ser una entrometida. Llevaba puesta una capucha en pleno verano y unas gafas de sol oscuras. Probablemente tenía el aspecto de una macarra de barrio con malas intenciones.

Sin preocuparme demasiado por ellas, entré en el edificio preparada para disparar a quien se pusiera en mi camino. Tenía más de una bala y en parte fantaseaba con la idea de acabar con mi miserable vida.

Cuando vi al responsable de la muerte de Billy a solas en aquel cajero, me puse detrás de él y saqué la pistola de mi bolsillo.

—Casi he terminado, —murmuró pulsando algunos botones.

Fijé la mirada en el parche con la serpiente dorada de la espalda de su chaleco y le apunté con la pistola. Me temblaba la mano tratando de sostenerla recta.

Al escuchar el sonido del seguro del arma, Slammer tensó los hombros. Giró la cabeza y me miró.

—¿Qué demonios es esto? ¿Un robo?

—Tú eres quien me ha robado algo, —respondí con un hilo de voz mientras imaginaba la sonrisa de mi bebé y los ricitos que adornaban su carita. Nunca más volvería a besar sus preciosas mejillas ni volvería a verle dormir por la noche.

«Tenía una pestañas larguísimas.»

—Y ahora, —dije con la mirada ardiente de ira—. Vas a pagar por ello hijo de puta.

Su rostro empalideció.

¿Raina?

«Te queo mami... »

Sollozando apreté el gatillo.

Capítulo 1

TANK

Escuché al Juez llegar a casa en moto y cogí una botella de Jack Daniel's de la encimera. Había cosas que deseaba hablar con él acerca de los Devil's Rangers, y sabía que podía ser mi única oportunidad en mucho tiempo para hablar con él cara a cara. Cuando salí y vi que estaba abrazando a Jessica, decidí esperar. Obviamente querían algo de privacidad y, a decir verdad, yo no pensaba con claridad. De hecho, estaba bastante hecho polvo.

Saludé con la mano, me encendí un cigarrillo y me senté en el porche tratando de asimilar el hecho de que mi padre estaba realmente muerto y que una puta zorra vinculada a los Devil's Rangers se lo había cargado. Aquella mierda me consumía por dentro, especialmente el no saber quién era aquella chica o dónde se ocultaba. Lo único que en lo que podía pensar era en encontrar a aquella chica y vengar la muerte de Slammer. Pero Raptor me había pedido que no me tomase la justicia por mi mano y que esperase a conocer todos los detalles. También me había convencido para que sometiese la cuestión a una votación por parte del club:

«—Debemos hacer las cosas bien, —había dicho tras el funeral—. Se acabaron los secretos con el club. Mira lo que le ha pasado a Slammer. Además no sabemos por qué le mató a sangre fría.

—No me importa. El hecho es que lo hizo y tiene que pagar por ello.

—¿Pero no quieres saber por qué lo hizo?

—Ya sé por qué lo hizo. Dicen que tiene relación con los Devil's Rangers. Fue una venganza.

—No sé. No me parece lógico. No suelen mandar a una tía a hacer el trabajo sucio. No creo que se fiasen de ella para llevarlo a cabo.»

A mí tampoco me sonaba demasiado lógico, pero el hecho era que mi viejo se había ido para siempre y su asesina tenía que pagar por ello. No me importaba la clase de relación que tuviera con los Devil's Rangers o con cualquier otro club. Necesitaba que alguien pagase por la muerte de mi padre y estaba decidido a que fuese aquella puta.

Suspiré, di otra calada a mi cigarro mientras el juez se alejaba y Jessica subía las escaleras hasta donde yo me encontraba.

—Hola, —dijo con una sonrisa fingida.

—Hola.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Si quieres hablar...

—Estoy bien, —respondí mirando en otra dirección. Jessica tenía sus propios problemas. No iba a inquietarla más de lo que ya estaba—. Sólo necesito estar a solas un rato.

—Entiendo. Me apretó el hombro en un gesto de afecto—. Buenas noches, Tank.

—Buenas noches.

Entró en casa y acabé mi cigarro. Tras arrojar la colilla en una lata de café vacía, cogí mi móvil y llamé a Cheeks, una de las putitas del club. Era tarde, pero estaba tan puesto de coca que no podía dormir y necesitaba que alguien me hiciese olvidarme de todo durante un rato.

—¿Qué tal Presi? —preguntó sorprendentemente complacida.

—Pues tenía la esperanza de que te encargaras de mi polla en media hora como mucho.

—¿Estás seguro de que no te has confundido de número tratando de pedir pizza? —dijo riendo.

—No, pero ya que lo dices... ¿Podrías traerme una cuando vengas?

—¿En serio?

Me reí.

—No, sólo mueve tu culito hasta aquí. Necesito mimos nena.

—Hecho. ¿Dónde estás?

—En casa de Frannie. Ahora que lo pienso, ¿por qué no me recoges y vamos a mi apartamento? No creo que sea buena idea montar una juerga por aquí.

—¿Es eso lo que vamos a hacer? ¿Montar una juerga?

—Sí, una fiestecita privada para dos, muñeca. ¿Qué te parece?

—Lo que sea por ti, Tank. Estaré allí en unos veinte minutos.

—Estaré esperando, —dije antes de colgar.

Le di otro trago a la botella de Jack Daniel's y me fui a la cocina donde escribí una nota a Frannie para que supiera dónde me había ido. Más tarde, salí para esperar a Cheeks. Cuando me recogió, encendí otro cigarrillo para evitar colocarme con su intenso perfume. Se trataba de un olor a flores que no podía soportar, aunque seguía sin tener el valor de decírselo.

—¿Aún fumas? —preguntó abriendo la ventana.

—Sí. Tú también fumas ¿verdad?

—Lo dejé en enero. Fue mi objetivo de año nuevo.

—Bien hecho, —respondí impresionado. Yo nunca lo había intentado pero sabía que era complicado.

—Me sorprende que aún fumes teniendo en cuenta lo mucho que entrenas, —respondió mirando mis bíceps.

Sonreí con malicia.

—Cariño, por si no lo has notado, tengo mucho de todo.

—Sí, —dijo riendo.

Di otra calada al cigarro.

—La verdad es que no fumo tanto Sólo cuando he estado bebiendo, —respondí entre risas—. Pero lo cierto es que siempre lo estoy.

—Tiene gracia, pero en serio, deberías empezar a cuidarte un poco más, Tank.

Suspiré. Cheeks tenía unos treinta años y estaba bastante bien para su edad, pero no iba a dejar que ella ni nadie más me sermonease acerca de mi salud. Hacía pesas y una hora diaria de cardio. Al menos antes de la muerte de Slammer. Las últimas semanas no había entrenado mucho.

—No te he llamado para que me dieras un sermón.

—Sólo me preocupo por ti, —dijo acercándose para tocar mi rodilla—. Me importas, ¿sabes?

—Ahora mismo solo tienes que encargarte de esto de aquí, —dije cogiendo su mano y colocándola en mi entrepierna—. Es lo único de lo que quiero que te preocupes.

—Parece que alguien me ha echado de menos, —dijo apretándome la polla—. ¿Cómo lo haces para que quepa toda ahí dentro?

—No es fácil. De hecho, necesito sacármela. Así podrá estirarse y jugar un rato.

Ella soltó una carcajada.

Señalé una gasolinera vacía en la carretera.

—¿Por qué no aparcas ahí?

—¿Seguro que no quieres esperar a que llegemos a tu piso? Aún tengo que recoger la pizza que he pedido, por cierto.

—Olvida la pizza. Necesito que me la chupes ahora mismo.

Sonrió.

—A sus órdenes. Hace mucho que no degusto un buen Tank.

—Vamos entonces.

Dos minutos más tarde me la estaba chupando.

La agarré de la nuca mientras movía la cabeza arriba y abajo sobre mi sexo.

—Joder. Menos mal que lo único que has dejado es el tabaco, cariño. Porque esa boca... —dije conteniendo el aliento—. Está hecha para chupar.

Me sonrió con los ojos llorosos.

Mi móvil sonó de pronto sorprendiéndonos a ambos.

—¿Quién coño me llama a estas horas? —dije refunfuñando.

Cheeks se limpió la comisura de los labios.

—¿Podría ser importante?

—Será mejor que lo sea.

Cogí mi teléfono y me sorprendió descubrir que Bastard, presidente del capítulo principal, me estuviera llamando a aquellas horas de la noche. Me aclaré la garganta y respondí el teléfono.

—¿Qué hay, muchacho? —dijo—. Siento molestarte a estas horas. Espero no haberte interrumpido.

—No pasa nada, —respondí apartando la mano de Cheeks cuando esta comenzó a jugar con mi polla—. Bastard.

Cheeks me miró sorprendida.

—La razón de mi llamada es que he descubierto algo más sobre quién mató a tu padre.

Me incorporé en mi asiento.

—¿Quién ha sido?

—Espera hijo. Antes de decirte nada quiero recordarte que nosotros no vamos por ahí matando mujeres. No somos esa clase de personas.

Suspiré.

—¿Me escuchas? Si te doy la información, quiero que me des tu palabra de que no matarás a la chica si la encuentras.

—¿Pero, qué demonios se supone que debo hacer entonces? —pregunté tratando de mantener la calma, pues mi plan original era matar tanto a la chica como al tipo que ordenó el tiroteo.

—Encontrar al tipo que la envió a matar a tu padre y ocuparte de él.

—Ella también debería morir. Ella es la que le metió una bala en la cabeza.

—No matamos mujeres. Además, mi fuente dice que ha tenido algunos problemas familiares, incluyendo muertes en su círculo cercano y probablemente sólo serías un alivio para ella.

—Gracias a ella yo también tengo que lidiar con mi propia pérdida.

—Sí, lo sé. Siento lo de Slammer, pero lo digo en serio, deja a esa mujer fuera de esto. Puedes hacer lo que quieras para conseguir nombres, pero no la mates.

Miré por la ventana frustrado.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—¿Lo entiendes? No la mates.

No iba a discutir por teléfono con él. Sabía que era una norma del club, pero había tantas cosas que habían cambiado en los últimos veinte años que cada vez resultaba más complicado seguirlas todas.

Sé que estás cabreado, pero no olvides que eres el presidente de tu capítulo y necesito asegurarme de que tú y el club cumplís las normas establecidas. Y eso incluye no matar mujeres y niños.

—Lo sé.

—Y otra cosa, —dijo elevando su tono de voz—. Más te vale centrarte si quieres seguir siendo el presidente. Sé que aún estás aceptando la pérdida de Slammer. Lo entiendo. Pero tienes que dejar la cocaína y cualquier otra mierda que te estés metiendo, hijo. He oído que no lo haces de forma esporádica actualmente.

Me preguntaba con quién habría hablado. No me imaginaba a Raptor o Horse delatándome.

—Lo haré, —respondí sabiendo que era la única respuesta aceptable. Bastard no era alguien con quien se pudiera discutir y, a pesar de que me hubiera encantado mandarle a la mierda, sabía que tenía que controlarme. No

sólo era el miembro más respetado de los Gold Vipers, además mi padre me había inculcado desde siempre que cuando Bastard te decía que saltaras, tú preguntabas cuánto.

—Bien. La furgoneta que recogió a la chica tras el tiroteo es propiedad de un tipo llamado Cole Johnson. Es *prospect* de los Devil's Rangers.

—Entonces fue una venganza.

—Eso es lo que parece. Aunque aún no sé a ciencia cierta quién es la chica. Estoy seguro de que si consigues llegar hasta Cole, encontrarás la información que necesitas.

—¿Tienes su dirección?

—No, pero su club está en Davenport. Eso es lo que me dijo mi informante. La sede de su club está en un almacén del centro. No obstante, estoy seguro de que su presidente fue quien ordenó que mataran a tu padre. Probablemente fue una orden heredada de Reaper antes de que el Juez se encargase de él.

—Probablemente. ¿Quién es el responsable del capítulo de Davenport? —pregunté.

—El presidente es un tipo llamado Schmitt. El vicepresidente es un soplapollas llamado Ronnie.

—Vale. Gracias.

—Somételo a votación mañana y cuéntame cómo pensáis afrontar esto.

—Así lo haré.

—Y Tank, hablaba en serio. No derrames la sangre de una chica. Todo apunta a una venganza de los Devil's Rangers y sabes bien que alguien de arriba debió dar la orden. Es en ellos en quienes debes centrar tu atención.

—Entiendo.

—Bien. Ahora duerme un poco y hazme saber cuál es la postura del club para prepararme contra posibles represalias.

—Así lo haré.

Colgamos y Cheeks volvió a poner su mano sobre mi rodilla.

—¿Todo bien?

—Lo estará. Hazme un favor nena. Llévame a casa y acabaremos esto otra noche.

Ella pareció sorprenderse.

—A ver si lo he entendido... ¿No quieres echar un polvo?

—Lo siento Cheeks. Tengo demasiado en lo que pensar.

Como por ejemplo, la forma de castigar a la chica que había matado a Slammer sin que Bastard lo descubriera. Probablemente alguien había ordenado el asesinato, pero necesitaba que la persona que le había mirado a los ojos y había disparado también pagase por ello. ¿No es cierto que las mujeres querían ser tratadas como hombres?

«En aquellos momentos me sentía un gran defensor de la igualdad de sexos.»

Probablemente no le volaría los sesos, pero no iba a dejar que se fuese de rositas.

Capítulo 2

Raina

El sonido de mi teléfono me despertó y refunfuñé al ver la hora. Las dos menos cuarto de la tarde. Mi turno en el bar empezaba a la una.

—Lo sé, balbuceé al teléfono. Estoy de camino.

—Será mejor que así sea, —dijo Marie, una de las camareras—. Tengo una cita inaplazable a las dos y media.

—Lo siento. Estaré allí tan pronto como me sea posible.

—Eso espero, —dijo visiblemente irritada.

«Que te jodan,» pensé al colgar el teléfono.

Por lo que yo sabía, las citas vespertinas de Marie solían estar relacionadas con un estudio de bronceado o un salón de esculpido de uñas. Aquella tía lo tenía todo falso, a excepción de su personalidad. Era una puta y no trataba de ocultarlo. O al menos no con otras mujeres. En lo referente a los hombres, la historia cambiaba bastante. Calentaba tantas pollas que resultaba embarazoso observar el espectáculo. Especialmente teniendo en cuenta que estaba casada. La verdad era que había perdido la cuenta de cuántas veces se había llevado a un tío en coche alegando que estaba demasiado borracho para conducir. Aparentemente ninguno de ellos estaba lo suficientemente borracho como para llevarla en coche. Descubrí su pequeño secreto una noche después de cerrar. Tenía los cristales empañados y el coche no paraba de botar. Aunque nunca la había reprendido por ello, me había visto pasar al lado del coche. No obstante, eso no hizo que dejara de ser una gilipollas conmigo. De hecho ni siquiera sabía por qué me despreciaba tanto.

Suspirando, me arrastré fuera de la cama preguntándome por qué me molestaba en pensar en ello. La vida parecía absolutamente carente de sentido ahora que Billy se había ido. Era difícil dormir y despertar no era mucho más

fácil. Para tratar de despejarme la mente, había estado haciendo horas extra en Sal's, el bar de mi tío. Era verano y siempre había mucho trabajo, lo que resultaba reconfortante. Pero por la noche me quedaba sola en mi apartamento con el corazón roto cada vez que veía las cenizas de Billy en mi cuarto. Le había cremado como me había sugerido Philip, el hermano de Mark. Resultaba extraño saber que lo único que quedaba de mi bebé estaba dentro de aquella urna metálica. Aunque de algún modo, también resultaba reconfortante saber que parte de él estaba cerca de mí.

Mi teléfono volvió a sonar y esta vez supe que era Sal.

—Estoy de camino, —dije de inmediato.

—Tranquila, tómate tu tiempo. Su turno acaba a las tres de todos modos.

«Entonces sabía que Marie me había estado dando por culo.»

—¿En serio? —refunfuñé.

—Sí. Por lo que veo, tu turno empezaba a la una.

—Sí. Lo siento. Es culpa mía. Me he dormido, —admití.

—No lo tendré en cuenta. Has trabajado muchas horas extra. Trata de llegar antes de que empiece la Hora Feliz a las cuatro.

—Gracias tío Sal.

—Estoy aquí para lo que necesites.

Sal era el hermano mayor de nuestra madre y había estado cuidándonos a Cole y a mí desde que ella había muerto seis años atrás de un ataque al corazón, cuando yo tenía dieciocho años. Estaba soltero y vivía solo. Teníamos una relación muy estrecha, pero no lo suficiente como para contarle lo de Slammer.

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó—. No le he visto mucho últimamente.

—Supongo que está bien. No cuenta mucho de su vida. Ha estado liado preocupándose por mí.

—Típico de él. Siempre fue un chico tranquilo.

No mencioné que Cole se preocupaba porque yo había cometido un delito. Además también tenía miedo de que el sucesor de Slammer, un impulsivo cabeza hueca, descubriese quién era yo. Aparentemente era su hijo y se comentaba que estaba removiendo cielo y tierra para descubrir quién era el asesino de su padre. Casi deseaba que se enterase para poner fin al sufrimiento en que se había convertido mi vida.

—¿Sigue siendo *prospect*? —preguntó.

—Sí.

No me emocionaba demasiado la idea, pero me había ignorado al tratar de discutir la cuestión con él meses atrás. Había dicho que eran como una hermandad en la que una vez tienes el parche, te respaldan de por vida. En otras palabras, estarían en deuda con él por siempre. En cuerpo y alma.

Por más que había intentado convencerle de que estaba arriesgando su futuro, mi hermano decía que estar con los chicos del club le hacía sentir vivo y, en aquellos instantes, casi le envidiaba. No obstante no me fiaba de ningún club de moteros que hiciera gala de ser del famoso uno por ciento. Incluso yo sabía que aquella cifra suponía tomarse la justicia por su mano y más que probablemente meterse en asuntos ilegales. Por supuesto, tras matar a Slammer, no sería yo quien tirase la primera piedra. Sólo esperaba que Cole se centrara antes o después y que entrara en razón. Lo cierto era que me preocupaba mi hermano de veintitrés años, aunque no tuviera energía suficiente para tratar de disuadirle. Ya tenía bastantes problemas.

—Ojalá uno de los dos pudiera hacer que se centrara. Al final va a hacer que le maten.

—No digas eso, —dije en tono conciliador. Por mucho que estuviera de acuerdo, no podía soportar la idea de contar con otra muerte en la familia.

—Sé que no quieres oírlo, Raina, pero esos tipos son puro veneno.

—Sí, lo sé y yo misma le he dado el coñazo con el tema. Pero Cole es muy cabezota. No atiende a razones.

—Créeme, lo sé.

—Si te sirve de consuelo me dijo que se marcharía lejos si le obligaban a hacer algo con lo que no se sintiera cómodo.

Sal se rió sin ganas. Eso me parece un montón de mierda. No sería tan sencillo. No puedes irte de un club como ese así sin más. Especialmente si creen que Cole sabe demasiado.

—Y probablemente ya sabe demasiado.

—De momento es sólo un *prospect* así que probablemente no sepa demasiado de los asuntos ilegales en los que se meten. En mi opinión, debería salir ahora mismo, antes de conseguir el parche.

Suspiré.

—Lo sé. Quizás intente hablar de nuevo con él.

—Deberías. Sé que le quieres con todo tu corazón, Raina. No quieres perderle.

«No, lo cierto es que no quería porque aparte de Sal, él era lo único que me quedaba».

—Cole dijo que iba a intentar pasarse esta noche. Veré que puedo hacer.

—¿Pasarse por aquí? ¿Te refieres al bar?

—Sí, —respondí—. Menos mal que Marie no estará trabajando. Tendría que darle un puñetazo si vuelve a tirarle los tejos a mi hermano.

—Será mejor que tenga cuidado, —dijo Sal—. Algún día Marie se irá a la cama con el hombre incorrecto. No paro de decirle que debería divorciarse.

—No puedes hacer que una mujer que se cree más lista que cualquiera entre en razón.

—Lo sé. ¿Entonces Cole se pasará por aquí?

—Eso creo. Ahora mismo está fuera de la ciudad, supongo. Pero creo que volvía esta tarde a primera hora.

—Espero que no traiga a ninguno de esos gilipollas del club. Siempre están intentando armar jaleo con mis clientes habituales.

—No, él no haría algo así, —respondí. Cole sabía lo que Sal opinaba de los Devil's Rangers.

—De acuerdo entonces. Supongo que será mejor que te deje para que puedas traer tu culo hasta aquí. Siento haberte entretenido.

Tenía gracia que fuese él quien se disculpase cuando era yo quien se había quedado dormida.

—Claro, estaré allí tan pronto como sea posible.

—Sé que lo harás.

Sabiendo que Marie tenía prisa, me tomé mi tiempo en la ducha y, por primera vez en semanas, me puse algo de maquillaje para tapar las ojeras de mis cansados ojos. Al ver que también los tenía algo rojos, cogí la botella de colirio y solucioné el problema antes de ponerme máscara de pestañas. Cuando acabé, casi me sorprendió mi reflejo en el espejo. Tenía las mejillas demacradas y la oscura melena apagada y sin vida. Además, la ropa me venía grande. Mi voluptuoso cuerpo talla doce había adelgazado nueve kilos, el peso que tenía antes de mi embarazo y al que había tratado de volver incansablemente. Pero en aquel momento, no podía importarme menos mi aspecto físico. Lo hubiera recuperado todo y un poco más con tal de poder tener a mi niño en brazos una vez más.

Capítulo 3

TANK

Tras convocar la reunión para aquella tarde, revisamos las cuentas y continuamos hablando de los *prospects*. Votamos a Taylor Adams, conocido como Tail (cola, en inglés) a causa de su reputación con el sexo femenino, y le hicimos llamar a la reunión para entregarle su nuevo chaleco.

—Gracias Presi, y gracias también al resto, —dijo mirando a todos los sentados a la mesa—. Es un honor para mí que me admitáis en vuestro club. Esto significa mucho para mí.

—Has demostrado tu valía durante los últimos meses y, personalmente, sé que Slammer te querría dentro hermano. Todos lo queríamos, —dije—. Ha sido unánime.

Su rostro se llenó de emoción.

—Gracias, no os decepcionaré.

—Sé que no, —respondí mirando a todos los presentes. En aquel momento éramos once, y dos *prospects* que habían sido elegidos en el transcurso de cuatro meses. Raptor era mi vicepresidente, Horse el Jefe de Ruta y Hoss el Sargento de Armas. Chopper seguía siendo mi Oficial de Inteligencia, y Buck el Tesorero y Secretario—. Tenemos una familia sólida y leal. Lo que me lleva al siguiente punto del orden del día.

Tail se puso el chaleco y se sentó junto a Horse.

—He hablado con Bastard y sabe a quién pertenece la furgoneta que llevó a la asesina de Slammer, —dije con la sangre hirviéndome—. Se trata de un hombre llamado Cole Johnson. Al parecer, es *prospect* de los Devil's Rangers en el capítulo de Davenport.

—No me sorprende en absoluto, —dijo Raptor frotándose la cara—. En mi opinión deberíamos ir a coger a ese hijo de puta ahora mismo.

—Ni de coña, —respondí.

—¿Y qué pasa con la chica? —preguntó Horse—. Es decir, ¿por qué mandarían a una tía a hacer el trabajo?

—La verdad es que no estoy seguro, —dije—. Tal vez porque son un puñado de cobardes de mierda y saben que no tomamos represalias contra mujeres.

—Obviamente alguien tendrá que pagar por ello, —dijo Hoss—. Entonces, ¿vamos a ir a por Cole?

—Vamos a llegar hasta el escalafón más alto, —dije—. Vamos a por la chica o Cole y al menos les hacemos hablar. Después vamos a por el que ordenó el asesinato. Estoy seguro de que fue su presidente o alguien de más arriba.

—¿Tenemos alguna limitación a la hora de obtener esa información? —preguntó Hoss dibujando círculos en la mesa.

—¿Te refieres a torturarla? —pregunté con una sonrisa. Adoraba a Hoss, pero había en él un lado oscuro que era, como poco, cuestionable.

Se encogió de hombros.

—Estoy hablando de hacerles pasar un mal rato. Sí.

Algunos de los muchachos se rieron.

—Por lo que respecta a Cole, no me importa una mierda. Podéis hacer lo que os plazca. Tenemos carta blanca. Y joder, ya sé que no podemos matar a la chica, pero haced lo necesario para hacer que hable si averiguáis quién es.

—Francamente, me sorprende que no nos permitan acabar con la mujer que mató a tu viejo, —dijo Hoss—. En mi opinión es un golpe bajo. Esa puta merece morir.

—Lo sé, —dije deseando derramar su sangre—. Pero los Gold Vipers no matan a mujeres a menos que... te estén encañonando y sea una cuestión de vida o muerte.

—Eso podría arreglarse, —dijo Hoss riéndose—. La suya no estará cargada, claro está, pero estaría encantado de darle una pistola yo mismo.

—No, —dijo Raptor—. Por mucho que a todos nos apetezca que la chica pague por la muerte de Slammer, tenemos que respetar las reglas. El asesinato se ordenó obviamente por un conflicto que no cesa. Lo único que puedo decir es que esos putos cobardes se han degradado a un nivel insospechado al usar a una mujer para hacer el trabajo sucio.

—Ni de coña, —dijo Chopper.

—Alguien tiene que pagar y, de nuevo, debe ser la persona que ordenó el asesinato, —repetí.

—Obviamente fue alguien cercano a Reaper, —dijo Raptor.

—Opino lo mismo, pero antes tenemos que hacernos con la asesina para que pueda confirmar la información, —dije con las manos ardiendo en deseos de hacerlo yo mismo.

—¿Y qué pasa si se niega a hablar? —preguntó Tail.

—Créeme, —dije sonriendo con frialdad—. Esa puta no estará en condiciones de negarse a nada. Veamos, lo haremos así, Raptor y Hoss, vosotros me traeréis a Cole Johnson, vivo.

—¿Has dicho que pertenece al capítulo de Davenport? —preguntó Hoss.

—Eso es lo que me dijeron, —respondí.

—Le encontraremos, —dijo Raptor—. De hecho, nos iremos justo después de la reunión.

—Bien. Entonces demos por concluida la sesión porque yo ya he acabado. ¿Alguien tiene que tratar algún otro asunto? —pregunté mirando en derredor.

Nadie habló.

Entonces, de pronto, me di cuenta de que no habíamos votado sobre si matar a la persona que había ordenado el asesinato de Slammer. No obstante, era obvio que todos estábamos de acuerdo. Todos queríamos justicia y, en esta ocasión, eso significaba la muerte.

—Sesión aplazada, —dije golpeando la mesa con el mazo.

Capítulo 4

Raina

—No empieces, —le dije a Marie levantando la mano cuando pasé por su lado camino de la sala de descanso.

No dijo nada pero me miró con rencor.

Me sonó el móvil. Era Cole. Respondí.

—¿Qué tal? Voy a empezar mi turno.

—Sólo quería que supieras que vuelvo hoy a la ciudad. Le dio una calada a su cigarro. Las cosas no han salido como planeamos.

—¿Va todo bien?

—¡Oh! Sí. Nada de lo que debas preocuparte, Rainy. Todo va bien.

Sonreí al escuchar el apelativo cariñoso que había usado. Rainy. Hacía mucho tiempo que no me llamaba así.

—¿Dónde estás?

—En carretera, con un par de hermanos. Te llamo esta noche, un poco más tarde.

—Vale. Conduce con cuidado y no te metas en líos.

—Gracias, hablamos.

Colgué y me acerqué a Sal, que salía de su oficina.

—Ahí estás, —dijo con los ojos brillantes. Vestía su atuendo acostumbrado, camisa de cuello blanco remangada hasta el codo y pantalones negros. Como siempre, su peinado brillaba a causa de la gran cantidad de laca que usaba, y su barriga le confería un aspecto de parturienta. Desafortunadamente, Sal era alcohólico y, por lo general, a eso de las nueve de la noche ya se había desmayado en el sofá de su oficina.

—Hola, Sal, —dije constatando la palidez de su rostro—. ¿Te encuentras bien?

—¡Oh! Sí.

—Pareces enfermo. ¿No tendrás fiebre? —pregunté poniendo la mano sobre su frente.

—Ya te he dicho que estoy bien, —dijo apartando mi mano.

—De acuerdo, —dije frunciendo el ceño—. Deberías cuidarte más, ¿sabes? ¿Sigues bebiendo esos batidos embotellados?

Puso los ojos en blanco.

—Cuando me acuerdo. Aunque son jodidamente caros.

—Eso es porque son buenos para tu salud. No se le puede poner precio a la salud, ¿sabes? —respondí. Sabía que eran caros, pero estaba soltero y podía permitírselo.

—Sí se puede cuando tienes un montón de facturas que pagar, —dijo refunfuñando—. No obstante, enfermera Betty, hazme un favor y pásate por mi oficina de camino a la barra. Tengo algunas cosas que comentar contigo.

Era la primera vez. Normalmente nunca dejaba que nadie entrase allí. Su oficina es donde solía beber. Examiné su rostro y me di cuenta de que estaba completamente sobrio. Aquello también era una novedad.

—Claro, ¿de qué se trata?

—Cosas del negocio.

—¿Es porque he llegado tarde? No volverá a pasar.

—No, no estoy enfadado por eso. Se trata de otra cosa.

—Vale. Estaré allí en un minuto, —dije frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa con Marie? Se va a cabrear si no la relevo.

—No te preocupes por eso. Ya le he dicho a Marie que tendríamos una conversación cuando llegases. Su turno no acaba hasta dentro de media hora, por lo que yo sé, así que no tiene nada de lo que quejarse.

—Vale.

Se giró y volvió a su oficina.

Preguntándome de qué querría hablar, me apresuré a entrar en la parte posterior donde se encontraban las taquillas, cerré la mía y me dirigí a la oficina de Sal.

—Vale, —dije sentándome—. ¿Qué ocurre?

Sal, que se encontraba sentado detrás de su escritorio, cruzó las manos. Las tenía temblorosas, mucho más que de costumbre.

—Joder, —dije mirándole—. ¿Has ido al médico para ver qué te pasa?

Entonces escondió las manos.

—La verdad es que sí. Esta mañana he ido a ver a mi médico.

Le miré con recelo. Le había estado machacando durante meses para que fuese al médico y no hacía más que contestar malhumorado.

—¿Y bien? ¿Qué te han dicho?

Se acercó a su escritorio y sacó una botella de vodka.

—Me han hecho un par de pruebas pero ambos sabemos de qué se trata. He estado mintiéndome a mí mismo demasiado tiempo, Raina, y al final la mierda me ha estallado en la cara.

—Es tu hígado, —dijo sin afectación.

Abrió la botella y dio un trago.

—Sí, —dijo limpiándose la boca—. Eso creen. Aunque yo lo he sabido durante mucho tiempo. Probablemente necesitaré uno nuevo, pero tendrán que ponerme en la puta lista de espera.

Frustrada, agarré la botella antes de que pudiera dar otro trago.

—Si es tu hígado, ¿por qué sigues bebiendo?

—¿Por qué no debería? Ya no me queda nada por lo que vivir, —dijo de forma pausada.

Me incorporé en mi asiento sorprendida por su actitud.

—¿De qué coño hablas? Nos tienes a mí y a Cole, —dijo cabreada—. Además del bar y tus clientes y amigos. Vienen aquí por ti y por lo que has creado. No puedes rendirte, Sal. No te dejaré.

Él me miró fijamente. Cabreada, continué hablando.

—¿Es que no escuchas lo que te estoy diciendo? Sólo tienes 55 años, eres demasiado joven para tirar tu vida por la borda.

Finalmente, habló.

—¿Cuántos años tienes, Raina? El mes próximo harás veinticinco, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Ya te has rendido y aún eres una mujer con toda la vida por delante. Demonios, si tú no crees que merece la pena seguir viviendo, entonces yo puedo seguir bebiendo, —dijo introduciendo de nuevo la mano bajo su escritorio. Esta vez sacó una botella de ron especiado.

—Para, —le espeté tratando de coger la otra botella—. No tiene gracia.

—¿Me ves sonreír?

Sabía lo que estaba haciendo.

—Si tratas de demostrarme algo, ya lo pillo, ¿vale? Pero mi caso es diferente. Yo he perdido a mi niño. Está muerto. Y también mi esposo, —dijo tratando de reprimir las lágrimas—. Es tan jodidamente duro...

—Sé lo que es duro. Perdí a mi esposa Carol por un cáncer antes de que tú nacieras. La amaba. Ella lo era todo para mí. También perdí a mi hermana,

tu madre. Y si me hubiera rendido, Raina, tu hermano y tú habríais acabado en un centro de acogida.

—Pero yo no me estoy muriendo, Sal, —dije.

«Es sólo que la vida había dejado de importarme.»

—Y una mierda. Puede que no te estés muriendo pero lo cierto es que tampoco vives. Lo veo en tus ojos, Raina.

—¿Y qué quieres que haga, Sal? —argumenté—. No es que pueda sustituir a mi hijo como si fuera un puto hígado. Sabía que era cruel, pero en aquel instante la rabia me inundaba.

—Se ha ido. No tendré la oportunidad de volver a abrazarle.

—Quizás no, pero puedes marcar la diferencia en la vida de otras personas, Raina. Como yo lo hice contigo y con Cole. Quizás no sea hoy ni mañana, pero lo harás. Créeme.

—Si realmente fuimos tan decisivos en tu vida, ¿por qué has continuado bebiendo todos estos años aun sabiendo que te estaba haciendo daño?

—Porque me mentí a mí mismo, cariño, y creo que pensé que nunca sería tan grave. Ahora ya no aguanto ni un par de horas sin meterme al menos un trago de lo que sea.

—¿No hay tratamiento médico? —pregunté con miedo a perderle.

—Podría someterme a tratamiento pero no sé si merece la pena, —respondió—. Cuando tengan el resultado de las pruebas sé lo que van a decir.

Miré su piel percibiendo por primera vez un cierto color amarillento.

—Merece la pena. Tienes que aguantar y, por el amor de Dios, —dije inclinándome sobre su escritorio para apartar la botella—. ¡Deja de beber!

—No es tan fácil. Dios sabe que lo he intentado un par de veces en estos últimos meses, y el síndrome de abstinencia es horrible. Pero, —dijo mirándome a los ojos—, pediré ayuda si tú también lo haces.

—¿Quién coño crees que va a ayudarme a recuperar a mi hijo? —dije refunfuñando.

—Nadie, eso lo sé tan bien como tú, pero alguien te ayudará a vivir sin él, —respondió—. Me refiero a buscar una terapia.

—No quiero vivir sin él, —dije con la voz rota.

Me cogió la mano y la estrechó.

—Parte de él siempre estará contigo, —dijo Sal—. Pero tienes que aprender a pasar página. Necesitas un psicólogo especializado en duelos.

Giré la cara y me sequé las lágrimas.

—Entonces, ¿si yo acepto hablar con alguien tú aceptarás seguir un tratamiento para tu hígado?

Él asintió.

—De acuerdo, —respondí deseando hacer cualquier cosa para ayudar a Sal. «Y eso incluía fingir que iba a terapia,» pensé—. Investigaré y pediré cita. Pero tú, por el contrario, no puedes esperar.

—Lo sé. Mi médico está esperando que le llame para que pueda derivarme a un centro de tratamiento. Pero antes quería hablar contigo.

—Un centro de tratamiento. Suena bien. Pero vas a seguir el tratamiento hasta el final, ¿verdad?

—Lo haré. Siempre que tú también busques ayuda. De hecho, —dijo Sal sacando la cartera de su bolsillo trasero. La abrió y sacó una tarjeta de visita—. Llama a esta mujer, Janene Bakerson.

Miré la tarjeta. Aquello era mucho fingir.

—Así que se especializa en duelos, ¿eh?

Él asintió.

—No sé de qué va a servir, —murmuré—. Pero si es el único modo de que aceptes seguir un tratamiento, lo haré.

Pareció aliviado.

—Gracias cariño.

Puse la tarjeta en mi bolsillo trasero y me levanté.

—Llama a tu doctor, Sal. Quiero tener la certeza de que todo lo que me has dicho iba en serio.

—Iba en serio, lo que me lleva a la segunda razón por la que debo hablar contigo. Vuelve a sentarte.

Suspirando, así lo hice.

—Cuando yo no esté, voy a necesitar que te hagas cargo del bar.

—¿Yo? ¿Y qué pasa con Lana?

Lana era su gerente.

—Ella no es de la familia. Necesito que te encargues del negocio. Ella seguirá siendo tu gerente si así lo deseas.

—A Lana no le va a gustar. ¿Por qué no dejas que se encargue ella hasta que vuelvas? No quiero que todos se cabreen conmigo.

Además, la idea de comprometerme con tanto me parecía agotadora.

—No voy a volver, —dijo con una sonrisa nerviosa—. Soy alcohólico. No puedo rodearme de alcohol si quiero tener alguna posibilidad de éxito.

—¡Joder! —dije cabreada—. Yo no puedo hacerme cargo de esto, Sal. No tengo lo que hace falta para hacer algo así.

Él frunció el ceño.

—Y una mierda. Sí que tienes lo que hace falta. Yo creo en ti y por eso te lo he ofrecido.

Lo único que yo creía en aquel momento era que no quedaba demasiado de la palabra creer. Pero no quería que Sal muriese. Puede que hubiera sido un hombre débil en lo concerniente al alcohol pero era un buen hombre.

—¿Y qué pasa con Cole? ¿Por qué no se lo dices a él? La sugerencia me sonaba ridícula incluso a mí. Estaba demasiado involucrado en los Devil's Rangers.

—Dile que te ayude si quieres. Pero sabes tan bien como yo que sus prioridades ahora mismo son otras. Honestamente, eres la única persona en quien confío para hacerse cargo del bar. Ya sabes lo que siempre digo: «la familia es lo primero. Siempre. Debemos permanecer unidos.»

—Lo sé... Pero Sal, yo no tengo ni puta idea de cómo gestionar un lugar como este, —dije sin parar de mover la pierna de puro nerviosismo. Además, en aquel momento de mi vida no estaba muy segura de poder lidiar con la presión que conllevaba.

—¿De qué estás hablando? Prácticamente te has criado aquí. Demonios, recuerdo cuando eras adolescente y ayudabas con las cuentas e incluso me aconsejabas a la hora de contratar personal. Por lo que a mí respecta, sabes más que nadie, incluyendo a Lana. Demonios, te hubiera pedido que fueras la gerente hace mucho tiempo pero tenías que estar en casa.

«Por Billy...»

—Nos necesitamos el uno al otro, —dijo como si leyese mi pensamiento—. Por favor, Raina.

Alcé la vista.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, Sal. Si eso es lo que quieres, me esforzaré al máximo.

Abrió los ojos de par en par sorprendido. ¿En serio?

Sonriendo, me incliné y le lancé una mirada inquisitiva.

—Mientras te pongas en tratamiento haré lo que quieras que haga.

Sonriendo, me dio una palmadita en la mano.

—Esa es mi chica. Hablaremos un poco más acerca de los detalles esta tarde cuando venga Matt.

Matt era uno de los nuevos camareros.

—Vale. Házmelo saber si necesitas que te lleve a la clínica cuando llegue el momento, dije poniéndome en pie.

—Eso me gustaría, —respondió con los ojos llorosos.

Cogí las dos botellas de alcohol con el estómago encogido y me dirigí a la puerta.

—Por cierto, dile a Marie que se pase por aquí. Voy a contarle las buenas nuevas.

Me giré y sonreí. Aunque me hubiera encantado ver la expresión de su cara, no quería estar allí cuando se lo dijera. Iba a montar un espectáculo.

—Vale.

Sabedor del mal ambiente entre ambas, sonrió.

—Ahora éste es tu sitio, cariño. Puedes contratar y despedir a quien quieras. Tan sólo asegúrate de ser coherente, por supuesto.

—¿Estás seguro? —pregunté.

Él se puso la mano sobre el vientre.

—Tú eres quien tiene que trabajar con ellos. No obstante, espero que la copropietaria del bar tenga criterio propio a la hora de elegir quién trabaja aquí y quién no.

Le miré sorprendida.

—¿Copropietaria? Pensé que sólo necesitabas que me encargase del negocio.

—Sabes que cuando me haya ido el bar será tuyo y de Cole, de todos modos. Cincuenta por ciento cada uno.

En realidad no había pensado en ello.

—Así que no es mala idea que te metas en harina desde ya. Así sabrás si quieres mantenerte en el negocio en un futuro. Cuando me vaya, los dos podéis conservar el bar o venderlo. Aunque si te encargas ahora del negocio, sabrás a qué renuncias en caso de venderlo.

—No hablemos acerca de ello, —dije—. Si te pones en tratamiento, es posible que puedas encargarte de esto durante treinta o cuarenta años más.

—¡Demonios! —dijo sacudiendo la mano en gesto de negación—. No aspiro a vivir tanto.

—Sal, eras tú el que hablaba hace nada acerca de tener un propósito en la vida.

—Lo sé. Eso no significa que quiera vivir hasta los ochenta, —dijo sacando un puro del humidificador de su escritorio.

Abrí los ojos de par en par.

Lo olió.

—¿Qué? Si voy a estar sobrio durante el resto de mi vida, al menos me voy a fumar el último habano.

Sonreí sacudiendo la cabeza, me giré y salí de su oficina.

Capítulo 5

TANK

Raptor y Hoss me llamaron unas horas más tarde para darme noticias acerca de Cole Johnson. Se dejaron los chalecos y se dirigieron a Davenport para evitar ser identificados por los Devil's Rangers.

—No le hemos localizado, pero tiene una hermana que trabaja en Sal's.

—¿Te refieres al bar de Jensen? —pregunté sorprendido. Por lo que yo recordaba era un antro de mierda—. ¿No es ahí donde solía ir Mavis?

—Sí, —dijo Raptor—. Así es.

—¿Y dónde está Cole? ¿Nadie lo sabe?

—No. Hemos encontrado la ubicación de la sede de su club y hemos merodeado por la zona un rato. Incluso hemos seguido a dos de sus putitas del club hasta un bar de esa calle y les hemos invitado a un par de copas. Les hemos dicho que nos interesaría ser *prospects* de los Devil's Rangers. Dijimos que conocíamos a Cole.

—¿Te creyeron?

—Joder, claro que sí. Por eso nos enteramos de lo de su hermana. Aparentemente, Cole está en ruta ahora mismo y volverá en unos días.

Suspiré.

—Vale. ¿Habéis averiguado su dirección?

—No, sólo tenemos información sobre su hermana. Se llama Raina Davis.

—Raina Davis, ¿eh? —respondí—. El nombre me suena de algo. ¿Alguna vez ha venido a alguna de nuestras fiestas?

—No, que yo sepa, —dijo Raptor.

—He escuchado su nombre en alguna parte. No es tan común. Lo que no sé es dónde, —respondí devanándome los sesos para tratar de recordar. Me pregunté si me había tirado a aquella tía en el pasado y si esa era la razón por la que me sonaba familiar.

—¿Quieres que echemos un vistazo en Sal's para ver qué averiguamos?
—preguntó.

—No, yo me ocuparé. Necesito ver a Raina Davis con mis propios ojos. A ver si así recuerdo.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

Fruncí el ceño.

—¿Por qué me preguntas si estoy seguro?

Raptor suspiró.

—Estás cabreado por un buen motivo, pero necesitamos llevar este asunto con cautela. Será mejor que no la asustes o alertará a su hermano.

Cerré los ojos y me froté el puente de la nariz.

—Me lo tomaré con calma. No soy idiota.

—Ya lo sé, pero te lo estás tomando como una venganza personal, igual que me pasó a mí con Adriana, y ambos sabemos que me convertí en un toro embravecido.

—Lo sé, hermano. No te preocupes, sólo quiero echar un vistazo e intentar que me cuente algo más sobre Cole. Pondré en marcha mis encantos y la tendré comiendo de mi mano. ¡Qué cojones! Puede que también de mi polla. La idea de hacer que la hermana de Cole me la chupara me la puso dura y aún ni siquiera había conocido a aquella zorra.

—Bien. Hazlo. Estoy pensando que si la chica trabaja en un antro como Sal's, probablemente sea fea de cojones y no le vendrá mal un poco de flirteo.

—Cuando acabe con ella, sabré toda su historia familiar, su número de la seguridad social y si le gusta por el culo.

Raptor soltó una carcajada.

—No me cabe la menor duda, hermano.

—Aunque, en serio, es probable que tenga información sobre quién le disparó. Demonios, incluso puede que sea ella. ¿Alguna de esas putas mencionó si Raina tenía alguna conexión con el club?

—Al parecer ella no quiere tener nada que ver con ellos. Hablaban de ella como si de una puta engreída se tratara. Una de ellas incluso se refirió a ella como «maldita zorra».

—Interesante. Necesito ver a esa zorra con mis propios ojos. Voy a Sal's ahora mismo. Te llamaré.

—Suena bien. Hoss y yo volveremos al club. Recuerda: no hagas locuras. Ni siquiera siendo presidente Raptor se fiaba de que no la liase.

«Me conocía demasiado bien...»

—Oye, relájate. Puedo ser delicado como una flor cuando es necesario, —dije sonriendo con malicia.

—Sí. Lo sé. Como una planta carnívora. Tan solo ten cuidado, es posible que alguien te reconozca en Sal's.

—No llevaré el chaleco.

—Será mejor que te esfuerces un poco más en cambiar tu aspecto. Te lo digo en serio. Vas a destacar demasiado. Ese lugar es un antro de mierda. Alguien puede reconocerte.

Suspiré.

—Lo sé, no te preocupes, lo tengo controlado.

Capítulo 6

Raina

Cuando Marie se enteró de las buenas nuevas, pensé que saldría del bar escupiendo balas. En lugar de ello, me sorprendió.

—¡Felicidades por el puesto! —dijo al salir—. Ya me lo han contado todo.

Forcé una sonrisa.

—Gracias, —dije al darme cuenta de que probablemente estaba preocupada por perder su trabajo.

—Me preguntaba si podríamos mirar mi cuadrante un poco más tarde. Me gustaría realizar algún cambio si es posible.

—Claro, podemos hablar de ello, —dije cogiendo la carpeta con nuestros cuadrantes bajo la barra—. ¿Quieres añadir más horas? En aquel momento trabajaba martes, jueves y también la noche de los sábados.

—La verdad es que me gustaría trabajar menos noches.

—Bueno, ahora mismo sólo trabajas una noche a la semana, —dije frunciendo el ceño.

Sonrió.

—Sí. Es que ya no me viene bien.

Yo trabajaba la noche de los viernes y los domingos.

—A lo mejor podríamos cambiar un día.... Yo trabajo los sábados por la noche y tú harás la de los viernes.

Su sonrisa desapareció.

—No, tampoco me vendría bien.

Suspiré.

—Vale. ¿Y qué tal sí yo trabajo el sábado por la noche y tú trabajas el domingo por la noche? —sugerí. Eso implicaba trabajar dos noches de las más ajetreadas seguidas, pero ahora tenía los fines de semana más que libres.

—No, ¿podría hacer el primer turno del viernes?

—Ese turno es de Matt, —dije frustrada.

—¡Ah! Vale. Estoy segura de que podré arreglarlo con él, —dijo sonriéndome—. Me voy a hacerme las uñas.

—Pues será mejor que así sea o tendrás que buscar un trabajo que se ajuste un poco más a tus horarios.

Su sonrisa desapareció.

—No quiero dejar el trabajo.

Me encogí de hombros.

—Entonces tendrás que ajustarte a tu cuadrante actual o hablar con Matt e intentar que él haga tus sábados por la noche. Aunque lo dudo, porque tiene

otro trabajo los fines de semana.

—Ya veo que esto va a ser una putada, —masculló cogiendo su bolso.

Reprimí una sonrisa.

—¿Qué decías?

—Nada. Será mejor que me vaya. Nos vemos mañana por la tarde.

—Vale.

La observé marcharse, con un mal presentimiento. Supe que tendría que ponerme seria con Marie o echarla. Prefería lo segundo pero no me sentía preparada para hacer entrevistas.

Matt llegó media hora más tarde. Sal habló con él antes de que comenzase su turno. Cuando salí de la oficina de Sal, supe que estaba dándole vueltas a la cabeza.

—En primer lugar, felicidades, —dijo sonriendo—. Me parece genial que te hagas cargo de esto.

—Gracias, —dije sin ser muy consciente de cuánto me cambiaría la vida. Me sentía sobrepasada por tanta emoción y empezaba a morirme por un cigarro. Aunque no había fumado en tres años y no me sobraba el dinero—. Ojalá que fuera en otras circunstancias.

—Lo sé, —dijo suspirando—. ¿Sal estará bien?

—Eso espero, —respondí—. Al menos ha aceptado buscar ayuda.

Ya habíamos hablado antes de la adicción a la bebida de Sal. La exmujer de Matt era alcohólica y se había sometido a tratamiento un par de veces.

Él asintió.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Tú cómo estás?

Me encogí de hombros.

—Supongo que bien. Ahora mismo estoy preocupada por él más que otra cosa.

—Estaba pensando que cuando cerremos el bar podríamos ir a desayunar, —sugirió—. ¿En Charlie's?

Charlie era un bar un poco más arriba de nuestra calle que abría veinticuatro horas.

Iba a negarme, pero mi lengua tenía otra idea diferente.

—Claro.

Sonrió.

—Bien.

No sabía qué demonios estaba pensando al decirle que me parecía bien teniendo en cuenta todos los cambios que habían tenido lugar.

—¿Deberíamos decírselo a Peggy? —pregunté—. Peggy era la camarera que trabajaba por la tarde.

Su sonrisa desapareció.

—Claro, como quieras.

Sabía que probablemente no vendría, pero quería que supiera que no íbamos a tener una cita. Ya habíamos pasado por ello y no me apetecía intentarlo de nuevo. Al menos no a corto plazo.

Cuando Matt había comenzado a trabajar en el bar, habíamos tenido un cierto flirteo inocente y, una noche que mi coche no arrancaba, acabó por llevarme a casa. Nos bebimos una botella de vino y acabamos en mi sofá enrollándonos hasta que Billy se despertó porque tenía sed. Después de aquello todo se había vuelto un poco raro. Matt se fue a casa y fingimos que lo de mi sofá nunca había ocurrido. Entonces, una semana después me dijo que estaba intentando arreglar las cosas con su ex, Connie. Hacía cinco meses de aquello. Desde ese momento, las cosas se habían enfriado mucho entre nosotros y yo tenía mis propios problemas. Tenía que admitir que aún me parecía atractivo. Su cabello castaño y sus gentiles ojos me recordaban a Kevin Costner de joven. Pero lo último que quería era tener un lío con Matt, a nivel físico o emocional.

Sal salió de su oficina.

—Raina, ¿Podríamos hablar?

—Claro, —respondí.

—Le echaré un vistazo a Monty, por si necesita otra copa, —dijo Matt señalando a uno de los clientes habituales al final de la barra. Aún era temprano y no había demasiada gente.

—Ve a ver si quiere una pizza, —dije—. Dijo que tenía hambre.

—De acuerdo, —respondió Matt.

Entré en la oficina de Sal.

—Me cojo el resto del día libre, —dijo en voz baja—. Para poner mis asuntos en orden antes de ponerme en tratamiento.

Su aliento a alcohol me revolvió el estómago.

—¿Quieres que te lleve?

—No, estoy bien.

Suspiré agotada.

—Has vuelto a beber.

—Cariño, ya te lo he dicho, parar de golpe es duro. Pero te prometo que voy a intentarlo con todas mis fuerzas. Aunque no lo haré hasta poner mis

asuntos en orden. Apenas puedo pensar cuando estoy sobrio.

Crucé los brazos bajo el pecho y fruncí el ceño.

Me dio una palmadita en la cabeza.

—Raina, no te preocupes, ¿vale? No estoy borracho. De hecho, voy a esperar a que Eddie venga a buscarme. Me va a ayudar con unos papeles del bar.

Eddie era su abogado y amigo desde hacía tiempo.

Me relajé.

—De acuerdo.

Si necesitas cualquier cosa llámame.

—Tú llámame cuando sepas más acerca de los programas de tratamiento.

—Lo haré. Lo prometo. Su teléfono sonó y se quedó mirándolo—. ¡Vaya! Es Eddie. Me está esperando fuera. Luego te llamo, cariño.

—Vale, Sal. Cuídate.

Apartó el teléfono.

—Tú también, —dijo antes de besarme la mejilla y salir del bar.

Le observé marcharse y, aunque esperaba que Sal estuviera bien, no daba un duro por ello. La esperanza me había abandonado ya demasiadas veces.

Capítulo 7

TANK

Antes de llegar a Sal's, fui a casa, me quité el chaleco y me puse una camiseta de cuello en V color azul y una gorra de béisbol, sólo para estar seguro de que nadie me reconocería. Cogí mi Sierra Denali negro y lo aparqué un poco más arriba de la calle donde estaba el bar. Cuando entré en el lugar, me quedé algo sorprendido. Estaba bastante lleno considerando que era martes por la noche y muchos clientes eran deportistas con ropa de béisbol. Había bastante ruido, la gente se divertía y lo cierto es que no era el antro que me había esperado. Me recordaba más a un bar con temática deportiva.

—¡Hola! ¿Qué puedo ofrecerte? —preguntó el camarero, un tipo de mirada amigable de unos veinte años.

—Una Michelob, —respondí sentándome al final de la barra junto a un hombre de cierta edad que comía palomitas mientras veía el partido en una de las pantallas grandes. Asentimos ambos en señal de saludo.

—¿Botellín o de grifo? —preguntó al camarero.

—Botellín, —respondí mirando en derredor—. Esto está hasta arriba.

El camarero asintió.

—Sí, ha estado así desde que Sal reformó el lugar hace un par de meses e hizo algo de publicidad. Además, este año patrocina al equipo de béisbol.

—Aha, —respondí digiriendo todo aquello. Nunca había estado en el bar en sí, pero obviamente lo habían renovado—. ¿Sólo tenéis una camarera?

—No, también tenemos a Claire, que está fuera fumando, —respondió.

La otra estaba sirviendo una mesa llena de jugadores de béisbol. Aquella mujer era una rubia de mediana edad y no demasiado alta. No era exactamente la hermana que le había imaginado a Cole, pero tampoco iba a descartarla por el momento.

El camarero se acercó al refrigerador y sacó una cerveza fría.

—Aquí tienes.

—Gracias, —dije sacando un billete de diez para entregárselo.

Él fue hasta la máquina registradora y cogió el cambio.

—Quédatelo, —dije dando un trago a mi cerveza.

—Gracias, —dijo mirándome con curiosidad—. ¿Es tu primera vez aquí?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, —respondió de inmediato—. Es que entre semana sólo solemos tener clientes habituales.

—¿No parezco un cliente habitual? —pregunté sonriendo.

—No, se parece a ese luchador, —dijo el viejo entrometiéndose con una sonrisa desdentada—. ¿Cómo coño se llamaba? ¡Ah! Sí, Randy Orton.

Refunfuñé en desacuerdo.

—Joder, ya me gustaría ser Orton.

—Y a mí, —dijo el veterano—. Te diría que me invitaras a una cerveza.

¿Cómo te llamas?

—Justin, —dije dándole mi nombre de pila.

—Yo soy Gordy y ese es Matt, —respondió señalando al camarero—.

¡Ah! Y esa que sale de la cocina es Raina.

Bajó la voz.

—Mira las tetas de esa que viene por ahí.

Volví la mirada y me encontré mirando a una chica que se dirigía hacia nosotros con una pizza pequeña. Era de estatura media con cabello azabache y ojos azules.

—Aquí tienes, Gordy, —dijo poniendo la pizza frente a él—. Acaba de salir del horno así que será mejor que dejes que se enfríe antes de comértela.

—Gracias, mami —dijo mirando más sus tetas que la pizza. Tenía que admitir que sus curvas eran impresionantes y teniendo en cuenta que tenía un local de *striptease*, había visto bastantes.

Se retiró el pelo tras las orejas.

—Sólo trato de cuidar de ti. La semana pasada te quemaste la lengua y tuvimos que escuchar tus quejidos durante el resto de la noche.

—¡Joder! es que dolía una barbaridad, —dijo—. Deberías haberme advertido de lo bien que funciona tu horno para pizzas.

—Te advertió, —dijo Matt poniendo los ojos en blanco.

Raina se puso las manos en la cintura.

—Eso me recuerda que nunca pagaste esa apuesta que hiciste conmigo y perdiste.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gordy.

—Cuando te advertí que la pizza estaba demasiado caliente tú apostaste un dólar a que podías soportarlo.

—No recuerdo que apostásemos dinero, —dijo soplando la pizza.

—¿En serio vas a intentar escaquearte de otra apuesta? —respondió Raina sonriendo triunfante.

—Será mejor que pagues tu apuesta, —dijo Matt—. Porque lo cierto es que la perdiste.

Gordy miró a Raina.

—Tengo tu pago. De hecho, estás de suerte ahora que tengo la lengua curada. Te sientas en ella y daremos la deuda por saldada. Sacó la lengua y la retorció obscenamente.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué tal si te pago para que dejes de sacar la lengua?

—Tío, tienes que mejorar tu técnica si montarse en esa lengua sólo vale un dólar, —dije dando otro trago a mi cerveza.

Raina se rió y Matt sacó otra botella del frigorífico.

—Esta la pago yo. Ese comentario lo merece, —dijo poniendo otra cerveza frente a mí.

—Por mi vale. Gracias, —dije antes de mirar a Raina, que me observaba con curiosidad—. Esa pizza tiene buena pinta. ¿Aún te queda alguna?

—Claro, ¿de qué te gustaría?

—¿Qué tenéis? —pregunté mirándola de arriba a abajo. Estaba bastante bien. Me recordaba un poco a la actriz Megan Fox.

Se pasó la lengua por los labios para humedecerlos.

—Salami, pepperoni o deluxe. Más o menos eso es todo. Aunque son congeladas. Nada del otro mundo.

—No obstante son jodidamente buenas, —dijo Gordy tomando un trozo de la suya—. Te daría un trozo pero estoy muriéndome de hambre.

—No hay problema, yo también me muero de hambre. Volví a mirar a Raina.

—¿Por qué no escoges una por mí?

Ella pareció sorprendida.

—¿Yo? Ni siquiera sé qué te gusta.

—Seguro que sí, no tengo un gusto complicado, —dije sonriéndole.

Gordy se rió.

—Joder, por lo que respecta a Raina ninguno de nosotros lo tiene.

—Ponle una deluxe, —dijo Matt mostrándose un poco celoso. Me preguntaba si había algo entre ellos.

—De hecho, tráeme dos de esas. ¿Vale nena? Tengo mucha hambre, — dije poniéndome en pie para estirar las piernas.

Ella me miró de arriba abajo y apartó la mirada.

—Claro.

—¿Dónde está el baño? —pregunté—. Me gustaría lavarme las manos.

Raina se aclaró la garganta.

—Te lo mostraré.

—Gracias, —dije cuando comenzó a guiarme.

Por mucho que quisiera matar a su hermano, no podía dejar de reconocer que tenía un culito muy apetecible. Decidí que Cole debía pagar por lo que había hecho y que además de rajarle la garganta, me cobraría un pedacito de Raina.

—Así que dos pizzas deluxe, ¿eh? —dijo mirándome por encima del hombro.

—Sí, por favor. A menos que acabes pronto tu turno y te apetezca venirte conmigo a comerte una pizza de verdad.

Ella frenó en seco y se giró.

—Perdón, ¿cómo dices?

Capítulo 8

Raina

Miré a aquel extraño tatuado y de pronto me quedé sin aliento. No me había dado cuenta de lo grande que era hasta aquel momento. Era alto, de hombros anchos y brazos musculados que podrían romper el cuello a cualquiera con una simple llave.

—Rocco's está a un par de manzanas de aquí. Su pizza está considerada la mejor de la ciudad, —dijo—. Siempre he querido probarla. ¿Te animas?

—¿Me estás pidiendo una cita? —respondí halagada a la par que irritada. Estaba muy bien, de eso no había duda. Además a juzgar por su mirada quería devorarme de arriba a abajo. Pero no estaba de humor para un polvo de una noche y estaba casi segura de que eso es lo único que quería—. ¿Así sin más?

Su sonrisa era devastadora.

—Desde mi perspectiva, no hay nada en ti que pueda calificarse como «así sin más».

Me sonrojé a pesar de todo. Estaba claro que aquel tipo se apellidaba peligro, si bien hubo un tiempo en el que hubiera corrido el riesgo sin pensarlo. Pero aquella mujer había desaparecido hace tiempo.

—¿Cuántas veces has usado esa táctica de ligue?

Su sonrisa nunca se desvanecía.

—Es la primera vez esta semana. Por cierto, puede que no lo sepas pero...

Soy Batman.

Me reí.

—Basta.

—¿Acaba de salir el sol o acabas de sonreírme?

A juzgar por el brillo de sus ojos verdosos, estaba disfrutando el juego.

—¿Alguna vez te funciona?

—Claro. Pero sólo porque soy yo quien la utiliza y, admítelo, lo cierto es que ya me encuentras fascinante. Lo noto por la forma en que me desnudas con la mirada. ¿Te he dicho ya que soy Batman?

Volví a reírme.

—Eres un loco, eso es lo que eres.

—Lo siento, las chicas bonitas hacen aflorar esa faceta en mí, y eso no es una táctica, estoy siendo completamente sincero. ¿Entonces qué me dices? ¿Te vienes conmigo?

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Me llamo Justin. ¿Y tú?

—¿Raina? —suspiré—. Para ser sincera ya tenía planes para después de mi turno. Además, cuando salga del trabajo probablemente ya estarás durmiendo.

Arqueó la ceja.

—¿Durmiendo?

Asentí deleitándome con su cuerpo que se me antojaba increíble bajo aquella ropa.

—Seguro que un tío como tú se retira a una hora razonable para ahorrar energía y así continuar con su programa de entrenamiento al día siguiente, — dije sin saber muy bien cómo llamarlo. Resultaba obvio que pasaba horas levantando pesas. Me preguntaba si sería algún tipo de culturista o instructor de educación física. Tenía que admitir que era muy atractivo, pero el sexo no me atraía en absoluto en aquel momento y los tíos como él no estaban interesados en largas y profundas conversaciones.

—En primer lugar, es en la cama donde más sudo. En segundo lugar, no creo que pueda dormir sabiendo que ya tienes planes con otro tío.

Me reí.

—Ni siquiera sé qué responder a eso.

—Di que saldrás conmigo y que cancelarás tu otra cita.

—No es una cita, —me apresuré a decir preguntándome por qué me molestaba en darle explicaciones.

Sonrió.

—Mejor me lo pones.

—Lo siento. No puedo cancelarlo, —dije—. Se trata de una reunión de negocios. ¿Aún quieres las dos pizzas?

Justin me miró con cara de cordero degollado y se metió las manos en los bolsillos.

—Claro, Un hombre tiene que alimentarse.

Me reí de la forma en que dibujaba una línea imaginaria con el pie como un colegial ofendido.

—Deja de hacer eso. Es realmente patético.

Inclinó la cabeza.

—Si lo hago, ¿cenarás mañana conmigo en Axel's?

Axel's era un caro restaurante especializado en carnes. Había estado allí una vez y los precios eran de escándalo.

Sonreí con tristeza.

—De verdad que no puedo.

—¿No puedes o no quieres?

Mirando en derredor, me acerqué a él.

—Por más que me atraiga la idea, ahora mismo no es un buen momento para mí. Mi vida es un desastre y tengo mucho lío en el trabajo, —dije en tono conciliador deseando por un momento que las cosas hubieran sido diferentes. Pero así eran las cosas.

Su mirada penetrante puso a prueba la mía.

—Un desastre. Parece que tenemos mucho en común.

—¡Vaya!

—A veces la única manera de arreglar un desastre es creando otro. Sólo estoy tratando de decidir si me va a estallar en la cara más tarde, —dijo acariciándome el brazo con la yema de los dedos.

Temblé y retrocedí un paso.

—No lo entiendo.

Él sonrió de nuevo, pero esta vez no con los ojos.

—Lo sé. De todos modos espero que las cosas mejoren para ti. Mientras tanto, —dijo mirando por encima de mi hombro en dirección al bar—, creo que voy a posponer esas pizzas.

Sorprendida, pregunté el motivo.

—Me has recordado que hay asuntos de los que debo encargarme. Tengo que irme.

—Lo siento. No quería espantarte, —dije forzando una sonrisa.

—No te preocupes. No me asusto fácilmente, —dije guiñándole un ojo.

—Ya me lo imagino.

—Voy a acabarme la cerveza y me iré. Ha sido un placer hablar contigo, Raina.

—¡Sí! Claro. Lo mismo digo.

Se giró y caminó hasta el baño. Mientras le observaba marcharse, no supe por qué, pero su forma de caminar me resultó familiar. Encogiéndome de hombros, me giré y volví hacia el bar.

—Parece que estabais teniendo una conversación muy intensa, —señaló Matt cuando volví.

—La verdad es que no, —dije—. Le pregunté qué pizza quería y conversamos un poco.

—¿Y por cuál se ha decidido?

—Ha cambiado de opinión. Dijo que terminaría su cerveza y se iría.

—Perdona, me gustaría probar una de esas pizzas, ¿podrías traerme una?
—preguntó otro cliente que se acababa de sentar en el lado opuesto a Gordy. Era el mecánico de la calle de en frente y un cliente habitual.

Me giré hacia él.

—Claro, Jay. ¿Cuál te apetece?

—Pepperoni, —dijo—. ¿Estabas hablando con Tank?

—¿Tank? —repetí anotando su pedido—. ¿De quién hablas?

—Ese tipo con el que hablabas junto al baño. Te juro que es él.

—No sé quién demonios es Tank, pero ese tipo se llama Justin, —respondí.

—Supongo que tienes razón. No lleva chaleco y no veo razón para que esté a este lado de la ciudad.

—¿Qué es eso del chaleco? —preguntó Matt.

—Ya sabes, el que suelen llevar los moteros, —dijo Gordy—. Con el nombre del club. Esos chalecos con parches,

—Exacto. Tu hermano tiene relación con los Devil's Rangers, ¿verdad? —preguntó Matt.

No pude responder. Me sentí como si me estuvieran asfixiando. Había algo familiar en Justin, ¿no había mencionado Cole el nombre de Tank en algún momento? No estaba segura.

Matt frunció el ceño.

—¿Estás bien, Raina? Te has quedado como si hubieras visto un fantasma.

—Necesito hacer una llamada, —me apresuré a decir—. Volveré en un momento.

—Vale, —respondió.

Corrí a la sala de descanso y traté de llamar a Cole de nuevo. Esta vez respondió.

—Hola Raina. ¿Qué ocurre?

—Hay un tipo grande aquí con tatuajes y muy musculado. No lleva chaleco pero uno de nuestros clientes habituales dice que se parece a un tipo llamado Tank.

Cole comenzó a soltar improperios.

—Raina tienes que salir de ahí ahora mismo.

—¿Quién es? —susurré temblando.

—Tank es el hijo de Slammer. El nuevo presidente de los Gold Vipers.

Casi se me cae el teléfono de las manos.

Capítulo 9

TANK

Cuando salí del baño de hombres y volví al bar Raina había desaparecido.

«Joder.»

—¡Eres tú! —dijo un tipo sentado al lado de Gordy. Ya le había visto en el bar mientras hablaba con Raina. Me había estado observando y me pregunté si me habría reconocido. Aparentemente, así era.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —pregunté.

El tipo parecía decepcionado.

—El año pasado trabajé en la camioneta de tu padre. La dejé en el club y nos tomamos una cerveza. Me sorprende que no lo recuerdes. Mi nombre es Jay.

—Vale. Me bebí de un trago mi Michelob.

—¿Qué tal le va, por cierto? —preguntó Jay.

Sorprendido de que no lo supiera, le mentí y dije que Slammer estaba bien.

—¿Dónde está Raina? —pregunté buscándola por el bar.

—Ha ido a la sala de descanso, —dijo Matt observándome con detenimiento—. Entonces, ¿te llaman Tank?

—A veces, —dije frustrado. Mi identidad falsa había sido descubierta y probablemente Raina estaba llamando a su hermano Cole. Si es que ella sabía quién era yo—. Nos vemos luego.

Salí por la puerta del bar, saqué la pistola de la tobillera y corrí hacia la salida de empleados que se encontraba al otro lado del edificio. No estaba seguro de lo que iba a hacer, pero sabía que podía ser mi última oportunidad de hablar con ella. Mientras me acercaba a la puerta de atrás escuché un coche acelerar y al girarme vi un sedán plateado salir a toda prisa.

Capítulo 10

Raina

Vi a Justin por el espejo retrovisor y salí a toda prisa del aparcamiento. Estaba junto a la puerta de atrás y me habría interceptado si hubiera salido unos segundos más tarde.

«Mierda. Mierda. Mierda.»

El corazón me estallaba en el pecho y me temblaban las manos mientras conducía sin rumbo por las calles sin saber muy bien a dónde dirigirme. Justin sabía dónde trabajaba. Quién era. Lo que le había hecho a su padre.

«¿Por qué si no estaría allí?»

Me habría matado sin duda alguna si hubiese aceptado su invitación. Me imaginé sus manos alrededor de mi garganta, ahogándome mientras mis ojos se llenaban de lágrimas. Estaba muerta.

El teléfono sonó sobresaltándome.

—Soy yo, —dijo Cole cuando lo cogí—. ¿Estás bien?

—Sí, —dije tratando de recomponerme. No quería que me escuchase llorar—. Al menos por ahora.

—Joder, ya sabía que matar a Slammer era una mala idea. Y ahora esos cabrones saben que lo hiciste. Esto tiene mala pinta, Raina. Muy mala pinta.

—Joder, eso ya lo sé. ¿Cómo crees que se han enterado? —pregunté con los ojos fijos en el retrovisor.

—Yo no he dicho nada pero, obviamente, alguien reconoció la furgoneta y sumó dos más dos. Tienes que irte de la ciudad. O mejor aún, llamaré al presidente de mi club y le pediré que te protejan.

—No Cole, no voy a aceptar la ayuda de los Devil's Rangers, —espeté—. Me fío de ellos tanto como de los Gold Vipers.

—¿Por qué no puedes darles una tregua? Están de nuestro lado.

—No empieces tú también.

Suspiró.

—Vale. Entonces sal de la ciudad. De hecho, ¿por qué no llamas a Sal y le dices que necesitas quedarte en su casa un tiempo?

—¿Estás de coña? Querrá saber por qué. No puedo decirle sin más que he disparado al presidente de un club de moteros, —dije—. Ya tiene bastante mierda con la que lidiar ahora mismo.

—¿De qué coño me hablas?

Miré por el espejo retrovisor de nuevo y me sentí aliviada al comprobar que no me seguían.

—Sal cree que tiene cirrosis y va a ponerse en tratamiento. He intentado llamarte antes para contártelo pero no cogías el teléfono.

—Ahora mismo estoy liado con algo. ¿Tiene cirrosis? ¿Se está muriendo?
—preguntó preocupado.

—Esperemos que no. ¿Qué clase de «algo» te tiene liado?

—No te lo puedo decir. Son cosas del Club.

—Genial, —murmuré—. Seguro que es perfectamente legal.

—Tú eres la última persona que debería juzgarme. Además, si no fuese por esta gente no tendría nada.

—¿Que no tendrías nada? ¿Eres consciente de que si no fuera por tu puto club Billy estaría vivo? —dije llorando frustrada—. ¿Eres consciente de que ambos le tendríamos a él?

—No fue culpa de ellos que disparasen a Billy. Fueron los Gold Vipers. Esos cobardes de mierda repartieron balas por toda la fiesta.

—Claro, ¿y esa es la clase de vida que quieres para ti? ¿Quieres formar parte de un club con esa clase de enemigos?

—Tú no los conoces como yo. Son mis amigos. Mis hermanos. Moriríamos los unos por los otros.

—Sólo eres un *prospect*. Ellos te cargan con su mierda ¿y todo para qué? Para que puedas vestir sus colores un día y acabes en la cárcel o a dos metros bajo tierra.

—Tú no lo entiendes.

—Lo entiendo mejor que tú, aparentemente. Deja de defenderlos, Cole.

—Mira, tengo que dejarte. Ve a casa de Sal y pasa allí la noche. Invéntate alguna excusa, pero ve allí. Mientras tanto trataré de encontrarte un lugar seguro para que vayas mañana.

—Así que se supone que ahora debo huir.

—Si no vas a aceptar la protección del club, tendremos que encontrar un modo diferente para mantenerte con vida.

Suspiré.

—No te preocupes, hermanita. Volveré lo antes posible y se nos ocurrirá algo. No dejaré que te hagan daño.

—No puedo permitirme el lujo de huir ahora mismo. Sal me necesita, —respondí.

—Puede que no tengas otra opción. Si Tank va a por ti no va a parar de buscarte hasta encontrarte.

—Esas tenemos ¿eh?

—Va a buscarte hasta el día que muera. Estaba muy apegado a su padre.

—Quizás debería encontrarle antes de que él me encuentre a mí.

—¿Estás loca? No lo hagas Raina. No se te ocurra hacerlo.

—No creo que tenga otra opción, —dije colgando a mi hermano. Me llamó y apagué mi móvil.

Capítulo 11

TANK

Me fui a casa y llamé a Raptor para contarle lo sucedido en Sal's.

—Obviamente conoce la implicación de Cole, —dijo.

—Sí. Y estoy seguro de que ahora sabe que vamos tras él.

—¿Intentaste seguirla?

—No, —dije—. Salió corriendo como alma que lleva el diablo. Pero ya estoy tratando de localizar su dirección.

—Su dirección ¿eh? ¿Has llamado a Vera?

—Sí.

Vera era la tía a la que me había follado hacía un mes tras ayudarle a cambiar la rueda en una cuneta. Trabajaba para Hacienda y no costaba mucho sonsacarle información, especialmente en lo referente a direcciones.

—¿Has tenido que sobornarla?

—Por supuesto. Me llamará en una hora. Dijo que tenía que volver al trabajo y conectarse al ordenador.

—Nos ha venido muy a mano que te la follaras hace unas semanas. ¡Todo un acierto!

—También lo será más tarde cuando me encuentre con ella, —dije con una sonrisa pícar—. Esa tía tiene la boca como una aspiradora.

—Me alegra que al fin te animes un poco, —dijo Raptor riéndose—. Empezabas a preocuparme hermano.

—Sólo trato de... adaptarme, —dije volviendo a mi acostumbrado tono serio. Saber que mi padre ya no estaba aún me dolía de cojones. Y tener la venganza al alcance de la mano no hacía que fuese más fácil aceptarlo.

—Me alegra saberlo. Sé que no es fácil y vamos a echarle de menos.

—Sí, —respondí con un nudo en la garganta.

—Estamos a tu lado. Estoy a tu lado, hermano. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Lo mismo te digo. No podría hacer nada de esto sin ti. Lo digo en serio.

—¡Una mierda! Tú eres Tank, el determinado e intrépido. Eres más capaz de liderar este grupo que cualquiera de nosotros y por eso te votamos como nuestro presidente.

No pude evitar sonreír.

—Vosotros hacéis que sea muy fácil.

—Tu gente te respeta y haría lo que fuera por ti, porque saben que tú harías lo mismo por ellos.

—¡Claro que sí, coño! Me llevaría un balazo por cualquiera de vosotros.

—Y sabes que todos te devolveríamos el favor.

—Sí.

Permanecemos en silencio un par de segundos.

—No obstante llámame cuando sepas la dirección y ambos iremos a hablar con ella.

—Está bien. Yo me encargo, —respondí ardiendo en deseos de volver a ver a Raina. Sabía que era la hermana del enemigo, pero no podía quitarme su mirada de la cabeza. Y sus labios. Sentí la erección crecer dentro de mis pantalones ante la idea de tenerlos rodeando mi polla.

—¿Qué vas a hacer?

—Amenazarla hasta que me diga dónde está Cole.

Me imaginé su reacción, probablemente me odiaba tanto como yo odiaba a su puto hermano, pero necesitaba que Raina supiera de la gravedad de la situación y que entendiera que su hermano jugaba con el equipo equivocado. Nadie dispara a mi viejo y se va sin asumir las consecuencias. Si podía convencer a su hermano para que me diera el nombre del asesino, era posible que incluso le dejase marchar con un par de hostias.

—¿Seguro? —preguntó.

—Sí.

Suspiró agotado.

—¿No te has planteado que ella también podría haber sido quien disparó?

—No, —dije recordando su mirada aterrorizada al pedirle una cita. Algo me decía que aquella tía no tenía una pizca de malicia. La persona que había matado a Slammer era un asesino sin piedad. Probablemente alguien propuesto por los Devil's Rangers—. No me cuadra. La hermana de Cole no me parece una asesina.

—Ambos sabemos que las apariencias engañan de cojones. Si esa tía mató a tu padre, no se lo pensará dos veces antes de dispararte a ti. No la subestimes.

—Entendido, —respondí—. Pero puedo manejar a esta princesita. Sólo necesito su dirección.

Capítulo 12

Raina

Me preguntaba si Justin había montado una escena en el bar, encendí el móvil de nuevo y llamé. Matt contestó.

—¿Dónde has ido? —preguntó. Escuchaba a los clientes reírse y hablar de fondo. Obviamente Sal's aún estaba lleno de gente.

—Una amiga me llamó por una emergencia, —mentí—. Está en el hospital y necesita que alguien cuide de sus hijos.

—¡Vaya! Eso son malas noticias. Espero que esté bien, —respondió con sinceridad.

Me relajé. Evidentemente no había percibido nada inusual y Justin no había dicho nada.

—Bueno, es apendicitis. Siento hacerte esto pero no creo que pueda volver esta noche.

—Está bien, —respondió—. Nos llueven los clientes pero creo que podremos con ello.

Me sentía muy culpable por dejarles, pero sabía que volver al bar era una sentencia de muerte.

—¿Cómo va Peggy?

—Hasta arriba pero no te preocupes. Todo controlado.

—Vale. ¿Ha llamado Sal o se ha pasado por allí?

—No, seguro que a estas horas está durmiendo como un bebé. Se alejó el teléfono.

—Espere, ahora mismo le atiendo señor.

—Seguro que sí. Será mejor que te deje atender a los clientes. Te llamo mañana y te cuento cómo va la cosa.

—Vale. Supongo que habrá que posponer el desayuno, —dijo decepcionado.

—Sí, la próxima vez.

—Cuando quieras

—Vale. Hablaremos más tarde.

—Suená bien.

Dije adiós y colgué. Definitivamente Matt iba detrás de mí. Probablemente era mejor que no hubiésemos ido a desayunar juntos.

Aparqué a un lado de la carretera, comencé a buscar en Internet información sobre los Gold Vipers y encontré bastantes datos, incluyendo un artículo acerca de la difunta novia de Justin, una mujer llamada Krystal Blake que había sido asesinada presuntamente por los Devil's Rangers.

—Y así comenzó todo, —murmuré leyendo un poco más la historia. Desafortunadamente, no se presentaron cargos contra ninguno de los miembros de los Devil's Rangers y no había suficiente ADN para culpar a nadie, aunque había un motero llamado Thomas Krammer, apodado Breaker, que estaba en la lista de sospechosos. Poco después, le encontraron muerto en su camioneta, desangrado a causa de un tiro en la entrepierna. También encontré varios artículos acerca del encarcelamiento de Breaker por violación. La muerte de Krystal había sucedido tan solo un par de meses después de que éste saliera de prisión.

Continué la búsqueda y encontré un par de artículos más sobre la muerte de dos de los líderes de los Devil's Rangers. El primero hacía tres años en un incendio de Minnesota. Se encontró al líder del Capítulo de Hayward, cuyo nombre de carretera era Mud, carbonizado en su club. La otra víctima que habían encontrado tenía los testículos extirpados. Había muerto antes de producirse el incendio. Una vez más, no se encontraron muestras de ADN, aunque aún andaban buscando a un motero solitario que se hacía llamar a sí mismo el Juez para interrogarle.

Finalmente encontré un artículo fechado hacía unas semanas. Otro de los presidentes de los Devil's Rangers había sido hallado muerto en Alaska después de alguna clase de discusión con un agente del FBI de nombre Stryker. El nombre de aquel tipo era Jon Hughes y era el responsable del capítulo principal, que en el mundo de los moteros, aparentemente, significaba mucho. Se encontraron ambos cuerpos con un par más de miembros de los Devil's Rangers. Esta vez, no había vinculación alguna con los Gold Vipers, pero había ocurrido más o menos coincidiendo con la muerte de Billy.

«Seguro que tiene algo que ver,» pensé. «Todo esto.»

Comencé a marearme al pensar en toda la muerte y destrucción causada por ambos clubs y supe que tenía que hablar con Cole para que huyese conmigo. Nos alejaríamos de Iowa tanto como fuese posible, incluso si ello suponía abandonar a Sal. Por lo que a mí respectaba, estar junto a él era mucho más peligroso que su propia cirrosis en aquellos instantes. Pero primero le haría una visita al hijo de Slammer. Quería que supiera por qué había matado a su padre y asegurarme de que dejaba en paz al resto de mi familia.

Continué buscando hasta que me vi forzada a usar la tarjeta de crédito para obtener la dirección de Justin Fleming, conocido como Tank. Sabía

dónde estaba su club, pero estaba demasiado inquieta para aparecer allí sin más. Habría demasiados moteros por allí y si me veían, irían a por mí y así acabaría todo.

Arranqué el coche y comencé a seguir las instrucciones de mi teléfono hasta aquella dirección esperando que fuera la correcta. Cuando supe que estaba cerca aparqué a dos manzanas y saqué la pistola de mi bolso. Era la misma con la que había matado a Slammer. Cole me había dicho que me deshiciera de ella pero tenía demasiadas cosas en la cabeza. Ahora me alegraba de haberla conservado.

Comprobé que estaba cargada, la guardé en el bolso y salí del coche. Aún no sabía lo que iba a hacer, pero tenía que hacer algo con el tío que había tratado de tenderme una trampa en Sal's.

El adosado de Justin estaba en la zona norte, a las afueras, y parecía un lugar oscuro y abandonado. Era una pequeña casa blanca de molduras negras, mucho más pequeña que el resto de edificios, pero bien conservada. Había una valla de metal alrededor del patio frontal y comencé a considerar la posibilidad de que hubiese un perro. Metí la mano en el bolso y saqué un spray de pimienta que solía llevar conmigo. No me gustaba la idea de usarlo con un animal pero no estaba dispuesta a morir por uno. Un tío como Tank podía tener una jauría de Pitbulls montando guardia en su casa y, considerando mi suerte, me cogerían antes de que él lo hiciera.

Corrí por la calle a oscuras y llegué por la acera hasta el césped, y de allí me dirigí a la parte posterior de la casa con el corazón desbocándoseme en el pecho. Tratando de no hacer ruido, abrí la valla de metal y me dirigí al patio trasero que me ofrecía una cierta privacidad. Tras la casa había un garaje grande con un callejón. Decidí que si lograba salir de aquella con vida, era la mejor vía de escape.

Volví la vista hacia la casa, expiré temblorosa, puse un pie en la plataforma que bordeaba la parte posterior de la casa y me dirigí cuidadosamente hacia la puerta del patio. Eché una ojeada al interior y, al no escuchar a ningún animal merodeando, tiré del pomo de la puerta. Cuando se abrió, no podía creérmelo. O tenía la dirección errónea o mi suerte comenzaba a cambiar. Con la esperanza de que mi suerte diera un giro, me introduje dentro lentamente.

Capítulo 13

TANK

Vera me llamó cuando estaba a dos manzanas de casa y me dio la dirección más reciente de Raina Davis. Paré a un lado de la carretera y la anoté.

—Y ahora que te he rascado la espalda, ¿cuándo me vas a devolver el favor? —preguntó con voz alegre.

—¿Tenías algo en mente?

—Para serte sincera, necesito que me eches una mano con el coche de mi madre. No arranca y llevo días llevándola a todas partes. Ahora mismo no tenemos dinero para arreglarlo. ¿Podrías pasarte y echarle un vistazo?

—Claro, —respondí—. Puedo pasarme en un par de días. Te llamo mañana y pensamos en algo.

—Gracias Tank, —dijo—. Te lo agradezco.

—No hay problema. No te apetecerá que nos veamos esta noche... ¿verdad?

—Trabajo por la mañana temprano. De lo contrario me hubiera encantado verte.

—Entiendo. Gracias por la dirección de todas formas.

—¿Para qué lo necesitas?

—Estoy buscando a alguien que ella conoce.

Vera no dijo nada.

—No es nada importante, —añadí—. He estado intentando encontrar a un amigo suyo y esto facilitará las cosas.

—Entonces ¿Raina no tiene problemas con ninguno de vosotros?

—No, que yo sepa. Solo necesito hablar con ella.

Suspiró.

—Bien. No quiero meterme en problemas.

—Por lo que a mí respecta, nunca hemos tenido esta conversación.

—Vale, lo mismo digo.

—Te llamo por la mañana, a eso de las nueve.

—Claro, Suena bien. Llamaré a mi madre la pondré al tanto.

—De acuerdo. Hasta luego Vera. Gracias otra vez.

—De nada.

Colgamos y cambié de dirección. El edificio del apartamento de Raina no estaba muy lejos de la antigua casa de Raptor y me quedaba a tan solo unos minutos. Cuando llegué a la urbanización, reconocí el edificio. Había estado allí antes, comprando cocaína. El recuerdo despertó en mí el deseo de consumir y de pronto me moría por una raya.

—Joder, —musité tratando de no sucumbir al mono. Sabía que sería fácil llamar a mi camello para quedar con él. Pero le había prometido a Bastard que pondría en orden mi vida y la idea de acorralar a Raina ya me ponía bastante.

«No tanto como un buen par de inofensivas rayas de coca...»

Traté de ignorar al demonio de mi mente, aparqué el coche y me dirigí a la urbanización, que tenía medidas de seguridad. Afortunadamente, dos mujeres salían del edificio y pude sujetar la puerta.

—Gracias, —dije sonriéndolas.

Ambas se miraron y por su expresión supe que no sabían si debían dejarme entrar.

—¿Vives aquí? —preguntó una de ellas, pelirroja, bastante delgada y con gafas.

«Mierda.»

En aquellos instantes no necesitaba una escena y me inventé una historia.

—No digáis nada pero soy el stripper sorpresa para una despedida de soltera que se celebra en el edificio.

Ambas sonrieron.

—Lo sentimos, no sabemos nada de una despedida de soltera, —dijo la otra, una chica bajita de pelo castaño—. Pero nos encantaría ver cómo te contoneas. Y algo me dice que tu número, —dijo bajando la mirada a mi entrepierna—, es muy grande.

Sonreí.

—Me las apaño.

—Apuesto a que sí, —dijo ronroneando.

—Nunca he visto actuar a un stripper, —dijo la pelirroja observando mi bíceps—. ¿Puedo tocarte el brazo?

Contraje ambos.

—Adelante.

Tocó el músculo de mi brazo izquierdo y suspiró complacida.

—Seguro que entrenas mucho.

—Más o menos una hora diaria, —respondí.

—Y se nota, —dijo retirando la mano—. Estás cuadrado.

—Gracias.

—Bueno, será mejor que le dejemos irse a la fiesta, Bonnie, —dijo la chica castaña apartándola—. Antes de que la novia se emborrache.

—Adiós, —dijo Bonnie—. Espero que saques mucha pasta esta noche.

—Gracias, —dije viéndolas alejarse hacia un Ford Focus. La pelirroja me lanzó un beso. Saludé con la mano y me dirigí al apartamento de Raina, que estaba en el tercer piso. Al llegar, saqué mi pistola, llamé a la puerta y esperé. Al no obtener respuesta, saqué un pequeño kit de mi bolsillo posterior y forcé el cerrojo.

Lo primero que constaté al entrar al apartamento fue un par de pequeñas zapatillas de deporte junto a la puerta y me pregunté si la información de Vera era correcta. No sabía que Raina tuviera hijos.

Con la luz apagada, comencé a registrar el apartamento para averiguar quién vivía allí. Una de las cosas que descubrí fue que a alguien le gustaban las hadas, las velas aromáticas y los libros. No sólo estuve a punto de tropezarme con diversas figuritas, además casi me doy de bruces contra el suelo por culpa de una pila de novelas románticas al lado del sofá. Maldiciendo entre dientes, continué buscando y me dirigí hacia el salón para buscar en las habitaciones. La más pequeña tenía cortinas azules, una cama pequeña con un edredón con un trencito dibujado y el nombre "Billy" en una pegatina de la pared. También había una caja de juguetes y una mecedora junto a una estantería.

«Joder», pensé seguro de haber entrado en el apartamento equivocado.

Frustrado me dirigí al otro dormitorio y me quedé paralizado al ver el desastre. Había ropa esparcida por todas partes, una caja de pizza a punto de caerse de la mesilla y dos botellas de vino vacías en el suelo junto a la cama. Frunciendo el ceño me acerqué a la mesita de noche y encontré la foto de un niño con el pelo rizado y oscuro. Tenía una bonita sonrisa y sus ojos me recordaban a los de Raina. El niño tenía que ser suyo.

Me fui de la habitación y comencé a inspeccionar la cocina y el salón para buscar información sobre Cole, como una foto suya o su dirección. Afortunadamente, tuve suerte y me encontré un antiguo sobre con una dirección de Davenport. Con la esperanza de que aún viviera allí, me lo metí

en el bolsillo y me dirigí a la puerta. Ya no me apetecía enfrentarme a ella. No en su casa, sobre todo si había niños de por medio.

Mientras me dirigía al salón, algo llamó mi atención en la mesita del salón.

Se trataba de una urna.

La cogí y leí la inscripción. Aunque nunca le había conocido, se me encogió el corazón al entender a quién pertenecían las cenizas: Billy. El niño sólo tenía dos años. Cuando leí la fecha de su muerte se me pusieron los pelos de punta. Había muerto el día antes del asesinato de mi padre. No sabía si significaba algo, pero parecía una gran coincidencia.

Me froté la cara y decidí esperar un par de horas por si aparecía. Necesitaba hablar con ella y saber qué le había pasado a Billy. Ni siquiera estaba seguro de por qué era tan importante para mí pero algo me decía que lo era. Me senté en el sofá y contemplé la urna. Perder a mi padre había sido duro. Él lo era todo para mí. Pero incluso yo sabía que no había nada como perder a un hijo, especialmente uno tan pequeño. Había mencionado que su vida era un desastre y en aquel instante entendí hasta qué punto. La clase de pena que Raina debía sentir a buen seguro era inimaginable.

Mi teléfono sonó y leí un mensaje de texto de Raptor que me preguntaba cómo me estaba yendo. Le expliqué que Raina no estaba en casa y que la iba a esperar un par de horas. Después le dije que volviera a casa con Adriana y que le informaría cuando tuviera más datos. Colgué el teléfono y me quedé a solas en la oscuridad esperando respuestas.

Capítulo 14

Raina

La casa de Justin era espaciosa y estaba relativamente limpia. Los muebles de la parte de arriba habían conocido días mejores, pero el sótano parecía haber sido remodelado recientemente. No solo contenía una cara barra de bar, una televisión de proporciones épicas y dos máquinas de pinball, además había un sofá modular de cuero que parecía costar más que todos mis muebles juntos. Por no mencionar su mesa de billar, el gimnasio privado y otra sala con un jacuzzi. Definitivamente no era un pisito de soltero.

Maldiciendo entre dientes acerca del dinero sucio, volví a la planta principal de la casa y me senté en el sofá que miraba a la entrada de coches. Se hacía tarde y no estaba segura de la hora a la que Tank llegaría, pero no me importaba. Ahora que su padre había matado a mi niño, no tenía nada mejor que hacer que esperar a devolverle el favor.

Capítulo 15

TANK

Tras esperar un par de horas, comencé a preguntarme si habría salido de la ciudad y si estaba perdiendo el tiempo. Finalmente, di una cabezada hasta que el sonido de las llaves en la puerta me despertó. Me puse en pie, cogí la pistola y me dirigí al salón justo cuando la puerta se abrió.

—¿Raina? —dijo una voz masculina.

Avancé hasta la esquina.

—No está aquí, —dije reconociendo al extraño. Era el propietario de Sal's. No nos conocíamos en persona pero le había visto por la ciudad.

Sal, sorprendido, retrocedió un paso.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Buscar a Raina. ¿Y tú? —pregunté frunciendo el ceño.

—Yo también la estoy buscando. Es mi sobrina.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Tu sobrina? —repetí.

Él asintió con los ojos fijos en mi pistola.

—Sí, ¿qué quieres de ella?

—Son cosas del Club.

Apretó los labios.

—¿Cosas del Club? Mira, no estoy seguro de qué clase de negocio tienes con ella, pero es una buena chica.

—Estoy seguro de que tienes razón, —dije—. Por otro lado, su hermano es un trozo de mierda.

Dejó escapar un suspiro.

—Mierda, ya sabía que ibas a decir algo así. ¿En qué se ha metido esta vez?

—Algo en lo que no debería haberse metido. ¿Sabes quién soy?

—Sí. Eres miembro de los Gold Vipers.

—Soy su nuevo presidente.

—Felicidades, —dijo sin mucho ánimo.

Me tembló el párpado.

—No hay nada que celebrar. Soy el presidente porque alguien mató a mi padre, que ocupaba el cargo antes de mí. Tu sobrino sabe quién lo hizo.

Suspiró.

—Siento tu pérdida. Coincidí con Slammer un par de veces y parecía un buen tipo.

—A diferencia de la mierda de tipos con los que se junta Cole.

—No te lo voy a discutir. Pero por qué no vas a molestarle a él en lugar de meterte en el apartamento de Raina. Ya ha sufrido suficiente y no necesita verse implicada en esto.

—Ya lo hice. Traté de hablar con Raina civilizadamente, —mentí—, pero se largó, lo que me lleva a pensar que tu sobrina sabe algo. Sólo quiero saber dónde está Cole para saber quién mató a mi padre.

—¿Por qué no dejas que la policía se encargue de eso?

—Porque quiero encargarme yo mismo, —dije frustrado. Estaba cansado, hambriento y no me apetecía seguir conversando. Al menos no con aquel tipo—. Basta de preguntas. Dime dónde está Cole y me largaré.

—No tengo ni idea pero lo cierto es que no te lo diría aunque lo supiera, —dijo calmado.

Apretando los dientes, quité el seguro del arma.

—No me toques los cojones, viejo. Te lo digo en serio.

Se inclinó mirándome con obstinación.

—Y yo hablo en serio cuando te digo que no me vas a sacar información de ningún tipo.

—¿No te importa morir? —pregunté tratando de no explotar. No iba a matar a Sal, pero me estaba tocando los huevos.

—Hijo, voy a morir de todas formas, —dijo con una sonrisa amarga—. Demonios, méteme una bala entre ceja y ceja y me ahorrarás el tener que acumular miles de dólares en gastos médicos. De todos modos prefiero ahorrarle el sufrimiento a mi familia.

—¿Te estás muriendo? —pregunté. Tenía que admitir que no tenía buen aspecto.

—Es mi hígado, —dijo levantando la mano izquierda, que no dejaba de temblar—. ¡Qué demonios! Ahora mismo me vendría genial un trago. Así

nos calmaremos un poco.

Supe que hablaba con franqueza y aparté la pistola.

—Parece que lo último que necesitas es un trago, Sal.

Se relajó y se dirigió hacia la cocina.

—Nunca te has puesto en mi pellejo así que no me digas lo que necesito y lo que no.

—Tú tampoco te has puesto en el mío. Y si lo hicieras entenderías por qué estoy tan jodidamente cabreado.

Sal se acercó a uno de los armarios y sacó una botella de whiskey.

—Mira, entiendo que estés cabreado, pero no tiene sentido solucionarlo con más violencia u otra muerte. Eso sólo traerá más de lo mismo y, a la larga, nadie gana con esto.

Vi una caja de palillos al lado del fogón y cogí uno. Necesitaba un cigarro. Con desesperación.

—Si quisiera que me dieran un sermón, iría a la iglesia. Lo que necesito es la dirección de tu sobrino.

Se puso un chupito de whiskey y lo observó frunciendo el ceño—. Lo único que sé es que no está en la ciudad.

—Eso ya lo sé. ¿Dónde exactamente?

Sal cogió el whiskey con la mano temblando—. No estoy seguro, —respondió antes de engullirlo de un trago.

—¿Mejor? —pregunté con sequedad.

—Ni te lo imaginas.

Relamiéndome, resistí el impulso de servirme un trago—. ¿Raina sabe que tienes cirrosis?

Se limpió los labios y se giró hacia mí—. Más o menos. Le dije que estaba esperando el resultado de las pruebas.

—¿Ya los tienes?

Sal negó con la cabeza—. No, pero sé lo que dirán.

—Entonces, ¿por qué sigues bebiendo? —pregunté señalando la botella.

—Supongo que tú y yo no somos tan diferentes cuando se trata de vivir la vida al límite, —dijo con una sonrisa divertida.

—Puede, —dije pensando en mis propios vicios.

Ambos permanecemos en silencio un par de segundos. Entonces volvió a mirarme.

—Te diré lo que haremos. Le llamaré y veré qué sabe.

Refunfuñé.

—Dudo mucho que te dé la información así como así y por eso necesito hablar con él cara a cara.

—Sé por qué necesitas hablar con él cara a cara.

Quieres darle una paliza.

—No si me da lo que necesito.

Sal frunció el ceño.

—No voy a tenderle una trampa. Mira, sé que ha cometido algunos errores pero no es un asesino.

—Él no apretó el gatillo. Dicen que fue una mujer.

Alzó las cejas sorprendido.

—¿Una mujer?

—Eso es lo que dicen.

Sal se sirvió otro trago.

—Entonces, una mujer disparó a tu padre. ¿La hizo daño? ¿La rompió el corazón o le dio una paliza?

—No, estaba felizmente casado y no le iba lo de pegar a una tía.

Sonrió con suficiencia.

—Vale. He escuchado historias de cómo tratan los moteros a las mujeres.

—No seas gilipollas. No es necesario que un hombre sea motero para darle una paliza a una mujer, sino un cobarde. Deja de prejuizarnos, —dije enfadado.

Murmuró algo entre dientes.

Tensé el puño pero preferí ignorarlo. Era un pobre viejo moribundo y ni siquiera yo era tan gilipollas.

—Ya sabemos que fueron los Devil's Rangers quienes lo organizaron, —dije cambiando de tema.

—¿Para qué? ¿Como represalia?

—Haces muchas preguntas.

—Puede ser, pero si quieres mi ayuda será mejor que las respondas, —dijo más envalentonado que antes de haber bebido.

—Los Devil's Rangers son responsables de la pérdida de muchas vidas inocentes, incluyendo las de Slammer y la de mi novia, —dije secamente—. Vale, se acabaron las preguntas. Ahora soy yo quien necesita respuestas.

—¿El club mató a tu novia? —preguntó abatido.

—Sí. Ella era joven y también era inocente. Sólo lo hicieron para demostrar que tenían razón.

Se sirvió otro trago.

—Supongo que entiendo por qué estás cabreado. Si Cole supiera que mataron a una chica joven no querría tener nada que ver con ellos. Si algo sé con certeza es que no carece de moral, a pesar de su vinculación al club.

—Moral ¿eh? Entonces deja que hable con él para que pueda obtener las respuestas que necesito.

Se bebió su trago y dejó el vaso en la encimera.

—Dime una cosa, ¿qué vas a hacer cuando sepas quién es la mujer que presuntamente disparó a Slammer? ¿Matarla?

—Para serte sincero, por mucho que me gustaría matar a esa puta, voy a asegurarme de que la persona que ordenó el asesinato sea la que pague por ello.

Devolvió la botella de whiskey al armario y se metió la mano en el bolsillo. Sacó un bolígrafo y quitó la tapa.

—¿Tienes un teléfono al que pueda llamarte?

Suspiré.

—Claro. Se lo di y le observé escribir algo en una servilleta.

—Ahora lárgate del apartamento de mi sobrina y cuando sepa quién es responsable de la muerte de Slammer te llamaré.

—¿Es que te crees que puedes averiguarlo así como así? —pregunté sonriendo.

—Tengo un puto bar y bastantes contactos que pueden averiguarlo por mí. Además me deben un montón de favores y voy a empezar a reclamarlos.

Miré a Sal. Si le dejaba marchar sin la información que había venido a buscar, era posible que jamás volviese a ver a Raina ni Cole de nuevo. Lo cierto es que podía llamarles y advertirles—. ¿Por qué debería fiarme de ti?

—Porque por mucho que sepa que mi vida se acaba, quiero que los hijos de mi hermana sigan vivos. Lo sé todo sobre tu club y de lo que sois capaces.

Sonreí fríamente.

—No, no sabes de lo que somos capaces y por eso será mejor que no me intentes joder.

—No te preocupes. No lo haré, —respondió balanceándose un poco.

—De acuerdo, entonces. Y ya que pareces decidido a ahogar tus últimos días en alcohol, asegúrate de contactar conmigo antes de que eso ocurra.

Refunfuñó.

—Lo intentaré.

—Hazlo, —le espeté antes de marcharme del apartamento.

Capítulo 16

Raina

Pasaban de las dos de la madrugada cuando vi una furgoneta negra aparcada en la entrada. Asustada pero decidida a enfrentarme a Justin, me incliné y miré por la ventana cuando apagó las luces y se dirigió hacia su casa con una bolsa de comida rápida. Cuando escuché la llave en el cerrojo me escondí en la despensa y esperé mientras le observaba entrar en casa, silbando.

Traté de no perder los nervios y le escuché acercarse al salón y llegar a la cocina. Cogí aire, alcé la pistola y salí. Él se encontraba de espaldas a mí y estaba buscando algo en la nevera.

—¿Te apetece un poco? —preguntó divertido—. He pedido mucha comida.

El corazón se me salía del pecho.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Por el perfume. Lo he reconocido nada más entrar en el salón, —dijo cerrando la nevera. Se acercó a la encimera y comenzó a sacar comida de las bolsas. El olor a bacon y patatas fritas me hizo rugir el estómago.

—No me he puesto ningún perfume hoy.

Justin desenvolvió una de las hamburguesas y se chupó el ketchup del dedo.

—Entonces debe ser tu champú o algo así. Sea lo que sea, te ha delatado. La próxima vez deberías ser más cautelosa. Cogió una patata frita y se la metió en la boca.

Furiosa por su tono de burla, saqué la pistola.

—Suelta la comida y pon las manos en alto.

—Pero tengo hambre, y créeme, no te gustaría cuando estoy hambriento.

—Ahora mismo no me gustas.

—Sí, ya me he dado cuenta, Princesa, —respondió con tono divertido.

—Llámame así otra vez y te aseguro que lo siguiente que vas a sentir es tu culo en un ataúd. ¡Pon las manos arriba de una puta vez!

Suspirando, hizo lo que le pedí.

—Ahora siéntate, —dije señalando a la mesa de la cocina.

—¿Puedo coger la comida?

Le miré incrédula. Le estaba amenazando con una pistola y él solo pensaba en comer.

—¿En serio?

—Por supuesto. Hace horas que no pruebo bocado y la comida se me está quedando fría. No he pagado veinte dólares para ver como se desperdicia.

—Vale, entonces no me prives del placer de ver cómo te pones como un cerdo.

—¿Quieres una hamburguesa? —dijo ignorando mi sarcasmo—. Tengo una con queso y bacon si te apetece.

—No quiero nada.

—Sírvelo si gustas. Cogió la comida y la llevó a la mesa de la cocina donde nos sentamos—. Para ser sincero, me alegra que estés aquí, aunque no sé cómo has entrado. He puesto cerrojos adicionales en todas mis puertas.

—La puerta corredera del patio estaba abierta.

Suspiró.

—Joder.

—Eres tú quien debería tener más cuidado, —dije secamente—. Señor presidente.

Desenvolvió una de las hamburguesas, que chorreaba grasa.

—Supongo que sí. He estado con la cabeza en otra parte últimamente.

—¿Y a qué te refieres con eso de que te alegras de que esté aquí? —pregunté ignorando su comentario.

Sin responder volvió a ponerse en pie.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Coger algo de bebida. ¿Quieres una cerveza?

—No, —dije observándole abrir la nevera de nuevo para sacar una cerveza. Desenroscó la tapa y dio un trago considerable antes de volver a la mesa y sentarse.

—¿Vas a responderme o no? —le pregunté cada vez más enfurecida. Obviamente no le preocupaba mi presencia.

—¡Ah! Sí, claro. Tenemos que hablar. Por eso me alegra que hayas venido. Tan solo me pregunto por qué has venido.

—¿No es obvio?

Refunfuñó.

—¿Obvio? No, nada de lo que una mujer hace es obvio.

—Puede que no sea obvio pero sin duda alguna tú eres el típico tío.

Justin frunció el ceño.

—¿Qué coño significa eso?

—¿No resulta obvio? —dije derrochando sarcasmo entre dientes—. Eres un puto cerdo chovinista. Supongo que eso es bastante típico de tipos como tú que se involucran en bandas de moteros.

—No estoy en una banda de moteros. Pertenezco a un club de moteros.

Puse los ojos en blanco.

—Tiene gracia que sólo corrijas la última parte de mi afirmación.

Sus ojos brillaron.

—Soy el primero en admitir que, a mi parecer, las mujeres deben estar en la cama o la cocina.

Negué con la cabeza.

—Eres un puto gilipollas.

Levantó la mano.

—No me has dejado acabar. Estaba a punto de admitir que también se os da genial la colada, ir a la compra y... ¡Ah! Sí... Trabajar en restaurantes. No se ven muchos tíos cambiando pañales en el baño de los tíos.

—Increíble.

Justin se rió.

—En serio, es imposible que pienses que, aun siendo esa mi opinión, te lo diría de forma directa.

Me froté la sien.

—Lo que estoy pensando es que debería pegarte un tiro en la boca para que te calles de una puta vez.

—¿No es a eso a lo que has venido? ¿A dispararme?

—Quizás.

—No, no lo creo, —dijo con rostro serio mientras estudiaba el mío—. Si me quisieras muerto ya lo habrías hecho a estas alturas.

Ya no estaba segura de lo que quería.

—¿Por qué has ido a Sal's esta noche? —pregunté cambiando de tema.

—Te buscaba, —dijo dando un mordisco a su hamburguesa.

—Y me encontraste. Supongo que fue todo un acierto rechazar una cita contigo. Probablemente a estas horas estaría muerta.

Acabó de masticar y respondió.

—No tengo interés alguno en matarte.

«Bien», pensó.

—¿Entonces qué quieres de mí?

—Información. Necesito saber dónde está tu hermano Cole.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Mi hermano? ¿Por qué?

—Él podría llevarme hasta la persona que mató a mi padre. ¿Te ha dicho algo acerca de quién le disparó?

El corazón se me desbocaba en el pecho. Estaba segura de que él podía escucharlo.

—Yo... no. No lo hizo.

—Mira, sólo porque me gustas y Sal ya tiene suficiente mierda de la que preocuparse, dejaré a Cole vivo si me da el nombre de la persona que le disparó. Así que llámale ahora o dame la dirección de ese gilipollas.

«No sabía que había sido yo. De lo contrario a aquellas alturas ya habría estado muerta.»

—¿Que Sal tiene suficiente mierda de la que preocuparse? —repetí—. ¿Qué sabes tú de los problemas de Sal?

—Me lo encontré. Mencionó un par de detalles durante la conversación.

—No sabía que erais amigos.

—No lo somos. ¿Vas a responder a mi pregunta? ¿Dónde está tu hermano?

Suspiré agotada. Iba siendo hora de acabar con aquello.

—No necesitas a Cole para saber quién mató a Slammer.

Entrecerró los ojos.

—¿Sabes quién fue?

Antes de poder confesar y decirle por qué había matado a su padre escuché el barullo de varias motos acercándose.

«¡Joder!»

—¿Esperas a alguien?

—No, pero eso no significa nada, —dijo poniéndose en pie—. Mis hermanos se presentan a cualquier hora de la noche.

Me retiré hacia la puerta que daba al salón. Tenía que salir de allí.

—Relájate y baja el arma. Nadie tiene que saber que me estabas amenazando.

Cuando iba a responder, un disparo atravesó la puerta. Maldiciendo, Justin se tiró sobre mí y lo siguiente que pude ver fue su cuerpo sobre el mío en el suelo.

—Quédate tumbada, —me ordenó cogiendo la pistola de mi mano sin apenas esfuerzo.

Sonaron más disparos que, esta vez, atravesaron la pared frente a nosotros.

—Putos gilipollas, —refunfuñó en mi oído mientras el sonido de las motos se desvanecía en la distancia.

—¿Se van?

—No lo sé.

—¿Quién crees que eran?

—Probablemente, los Devil's Rangers

—¡Oh!

Por alguna razón, me sentí reconfortada al saberlo y me pregunté si Cole les habría llamado.

Escuchamos voces afuera.

—¡Dios mío! —susurré aterrorizada.

—Métete debajo de la mesa, —susurró empujándome.

Gateé bajo la mesa, me giré y le vi agachado.

—¿Qué vas a hacer?

—Repartir hostias, si tengo la oportunidad, —respondió sacando otra arma del soporte de su tobillo—. No te vayas de la cocina.

—Espera. Dame el arma, —dije extendiendo la mano.

Justin dudó.

—Pero no me pegues un puto tiro ¿vale?, —respondió entregándomela.

—No hagas nada que me haga querer pegártelo, ¿vale? —respondí cogiéndola.

Sonriendo, salió de la cocina.

Tratando de mantener la calma, suspiré aterrada y esperé unos segundos antes de tratar de escapar. Cuando pensé que estaba a salvo, salí de debajo de la mesa a toda prisa y me puse en pie, casi esperando que me alcanzase un disparo a través de la pared. Murmurando una oración, me dirigí hacia la puerta trasera de la casa en el momento en que las sirenas de policía comenzaron a sonar en la distancia.

—En realidad, las voces que escuchamos fuera eran las de los vecinos. Fueron ellos los que llamaron a la policía, —dijo Justin a mi espalda.

Me giré deprisa.

—¿Alguien ha resultado herido?

—No, pero tendré que cambiar algunas ventanas incluyendo las de mi camioneta. Cuando sepa quién ha hecho esto, créeme, alguien va a pagar por ello.

—¿Has visto quiénes eran?

—Will, uno de mis vecinos, dice que no ha visto los parches claramente pero que con toda seguridad era un club de moteros. Estoy seguro de que fueron los Devil's Rangers. Son los únicos que harían algo así.

—¿En serio? —dije en tono burlón incapaz de creer la mierda que estaba soltando—. ¿Tu banda no haría algo así?

—Joder, claro que no, —respondió disgustado—. Normalmente nos enfrentamos a nuestros enemigos cara a cara. Como hombres. Esa clase de actos son de cobardes.

La sangre se me subió a la cabeza.

—Cole dijo que tu club era el responsable del tiroteo de Davenport hace un par de semanas. En una fiesta de los Devil's Rangers.

—Sí, bueno, pues se equivoca. Claro que intentaron colgarnos el muerto, pero no es nuestro modo de proceder. Créeme, ellos saben perfectamente que no fuimos nosotros.

Sentí que se me encogía el corazón y un sudor frío comenzó a recorrerme al entender la gravedad de lo que me estaba diciendo.

—¿Te encuentras bien? Pareces estar a punto de desmayarte, —señaló Justin. La preocupación de su rostro hizo que todo fuera mucho peor. Aquel hombre parecía auténticamente preocupado y no tenía ni idea de lo que había hecho.

—Estoy bien. Tengo que irme, —dije con la voz quebrada.

—Vale, pero, al menos espera a que se marche la policía, —respondió cuando sonó el timbre—. Vendrán a informarse y me vendría bien tener un testigo.

—Claro.

Era lo menos que podía hacer, pues todo era por mi culpa. «Todo». A menos que me estuviera engañando. Pero, ¿por qué haría algo así?

—¿Puedo ir al baño? —pregunté mientras se alejaba.

Justin se giró y me indicó con el dedo.

—Sí. Primera puerta a la izquierda.

Me apresuré a entrar y apenas pude llegar a la taza antes de vomitar.

Capítulo 17

TANK

Raina permaneció callada e inusualmente pálida mientras la policía nos interrogaba acerca del tiroteo.

—No, no tengo ni idea de quién es el responsable del tiroteo, —dije deseando encargarme del asunto yo mismo.

—¿Seguro? —respondió Mike Tolbert, uno de los policías, con una sonrisa fría—. Tiene gracia que te hayas quedado en blanco. Como de costumbre...

—Disculpe, ¿nos conocemos? —pregunté mirando con rabia a aquel hombre. Su actitud me cabreaba y no estaba de humor—. Porque al parecer sabe mucho de mí a pesar de que nunca le había visto en toda mi vida. Joder, hasta es posible que sepa algo acerca del tiroteo de esta noche.

—Ambos sabemos que tiene algo que ver con la rivalidad entre clubes. Si no desea realizar un seguimiento o presentar cargos, está en su derecho, pero no piense ni por un segundo que si alguien de los Devil's Rangers desaparece o aparece muerto no volveremos por aquí, —respondió Tolbert.

—Como quiera agente, pero no tengo nada que ver con los Devil's Rangers, —mentí.

Los dos policías se miraron.

—Tiene razón, —dijo Raina—. Mi hermano forma parte de ese club y está todo bien.

Agradecido por su ayuda, escondí mi sorpresa.

—¿Ve? Ya se lo he dicho. Ahora todo está en calma entre nosotros.

—Bien, —dijo el otro policía, Bill Shaw—. Estupendo entonces. Supongo que como ya tenemos sus declaraciones, no tenemos nada más que hacer aquí.

—Estoy de acuerdo, —dije abriendo la puerta—. Buenas noches.

—Buenas noches señor Fleming, —dijo Shaw saliendo de casa.

—Si recuerda algo acerca del tiroteo háganoslo saber, por favor, —dijo Tolbert dirigiéndose a Raina.

—No los vi, —respondió.

—De acuerdo, llámenos si escuchó algo aparte del sonido de sus motores. Una voz o algo que ayude a identificarlos, —dijo Tolbert en tono condescendiente. Como si fuera retrasada.

—No se preocupe. Será la primera persona en saberlo, —dijo con sarcasmo.

Tolbert me miró.

—Estaremos vigilándole tanto a usted como al resto de la banda.

—Tiene gracia, acabo de sufrir un tiroteo y es a mí a quien está tratando como un delincuente, —dijo con una sonrisa fría.

—No actúe como si fuera una especie de santo. No se trata de un acto fortuito. A nadie más le han reventado las ventanas a tiros. Está claro que estás en la lista negra de alguien y ese alguien vuelve a estar en la tuya. En realidad debería arrestarle antes de que ordene un tiroteo contra la gente que le ha hecho esto, Presi.

—Más presunciones, —dije cortante—. En lugar de hacerme un tercer grado tal vez deberías estar buscando a los tipos que han hecho esto.

—Todos sabemos quiénes han sido pero usted no quiere presentar cargos. ¿No es así, señor Fleming?

—Incluso si lo supiera, puede apostar lo que sea a que no les hubiera llamado.

—No obstante, ambos sabemos que no fue usted quien nos llamó, —respondió.

—¿Por qué iba a hacerlo considerando que tratan a las víctimas como delincuentes?

Miró a Raina.

—No deje que la engañe, señorita. Este tipo no sólo es un delincuente, además es un asesino. Debería buscar mejores compañías.

—Si Justin es un delincuente ¿cómo es que no le han arrestado? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho.

—Porque es un puto inútil. Debería denunciarle por difamación.

—Adelante. Veamos dónde acaba.

Se volvió para mirar a Raina.

—No intentaba molestarla. Tan sólo me preocupo por usted, señorita Davis.

Ella asintió cortésmente.

—Y a usted también, señor Fleming. Estoy seguro de que nos volveremos a ver muy pronto.

No contesté.

Murmurando algo entre dientes, se marchó cerrando la puerta tras él.

—Tengo que irme, —dijo Raina de pronto.

—Aún no. Tenemos cosas de las que hablar, —dije cogiendo mi teléfono.

—Por favor. No debería haber venido. Fue un error.

—¿El qué? —pregunté mientras escribía a Raptor para contarle lo sucedido.

—Pedirte que dejases en paz a Cole.

Levanté la mirada del teléfono.

—Lo haré si me da el nombre de la persona que disparó. Ya te lo he dicho.

—Y... ¿Qué vas a hacer cuando lo sepas? —preguntó empalideciendo.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Vas a matarla?

—Probablemente no. Tengo cosas más importantes que hacer y, a diferencia del club de tu hermano, nosotros no matamos mujeres. Llámale. Por favor. Haz que el chico entre en razón.

Suspirando, Raina sacó su teléfono y lo encendió.

—¿Habías apagado tu móvil?

—Sí, no quería interrupciones. Lo cual ha sido buena idea porque tengo alguna llamada perdida. Y hablando de llamadas perdidas... —dijo cuando su teléfono comenzó a sonar.

—¿Quién es? ¿Tu hermano?

—No, es mi cuñada Joanna. Debe ser importante para que me llame a estas horas.

Suspiré.

Raina contestó el teléfono y a juzgar por la conversación que tenían, la mujer estaba nerviosa y molesta. Raina trató de calmarla y después sintió que la sorpresa inundaba su rostro.

Capítulo 18

Raina

—¿Qué... Qué acabas de decir? —pregunté a Joanna, que parecía no ser capaz de explicarse.

—He visto a Billy. Está vivo, —repitió antes de volver a jadear—. Oh, Dios mío. Es Philip. Está en casa. Debe haberme visto.

El corazón comenzó a salirseme del pecho mientras me preguntaba si había oído bien.

—Espera. ¿Qué quieres decir con que Billy está vivo?

—Philip estaba en la cabaña. Pensé que me estaba siendo infiel, así que le seguí hasta allí. Me asomé a la ventana y le vi allí, con tu hijo, —susurró rápidamente.

—Eso es imposible, —dije con la voz entrecortada—. He visto el cuerpo sin vida de mi hijo en el hospital antes de que se lo llevaran. Sus cenizas están en la urna de mi salón ahora mismo.

—Lo sé... Pero también sé lo que he visto. Tengo que dejarte. Está gritándome. Joanna colgó.

Me metí el teléfono en el bolso con la mente tratando de procesar lo que acababa de decirme. Mi equilibrada y exitosa cuñada, abogada de profesión, acababa de decirme que había visto a mi hijo vivo. Sonaba a locura pero a juzgar por su voz, fuera lo que fuera lo que había visto, la había dejado trastornada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Justin.

Forcé una sonrisa.

—No sé. Creo que mi cuñada está perdiendo la cabeza.

—Le has preguntado por Billy. ¿Era tu hijo?

—Sí, —dije sintiéndome exhausta de pronto.

—¿Qué le pasó? —preguntó Justin en tono amable.

—Le asesinaron.

Abrió los ojos de par en par sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—Hubo una fiesta y... la chica que se suponía que tenía que cuidar de él se lo llevó con ella hasta allí. Hubo un tiroteo y le dispararon.

Justin me cogió la mano.

—Siento tu pérdida, Raina. No puedo ni imaginarme lo que debes haber pasado.

—No ha sido fácil, —admití incapaz de mirarle a los ojos—. Sé que para ti tampoco lo ha sido con todo lo de tu padre.

—No, pero tu hijo era muy pequeño. Tenía toda la vida por delante. Sólo pude asentir.

—Supongo que hablas de la fiesta de los Devil's Rangers.

—Sí.

—Escúchame, —dijo cogiéndome de la barbilla para mirarme a los ojos—. Mi club no tuvo nada que ver con eso. Lo juro.

—Cole dijo que había sido tu gente. Dijo que era una venganza por otras cosas que habían sucedido antes.

—Cole está mintiendo o está muy equivocado. Como te dije, no hacemos esa clase de cosas. Slammer nunca habría ordenado algo así. Ni yo tampoco. Cuando tenemos un problema con alguien, le miramos a los ojos y lo solucionamos. Quien quiera que fuera el responsable del tiroteo esa noche, no era uno de los Gold Vipers. Te doy mi palabra.

Le creí y la vergüenza por haber matado a su padre me dio náuseas.

—Te creo, —dije tratando de prepararme para la confesión que estaba a punto de hacer. Se lo debía a Justin, sin importar lo que pasara, estaba preparada para afrontar las consecuencias. Incluso si ello implicaba ir a prisión o mi propia muerte.

—Bien.

—Hay algo que deberías saber, —dije suspirando agotada.

Me clavó las pupilas.

—Ya lo sé, es bastante obvio.

Apenas podía respirar mientras nos sentamos mirándonos a los ojos. A juzgar por su expresión estábamos hablando de lo mismo.

Tras unos segundos, rompí el silencio. Necesitaba saber qué me iba a hacer.

—¿Vas a hacer que me arresten?

—No lo sé.

—Lo siento mucho. Pensaba que él...

—No. Te dijeron que mi padre había ordenado el tiroteo que mató a tu hijo, —me interrumpió—. Necesitabas hacer daño al responsable. Puede que odie lo que hiciste. Pero entiendo que quisieras venganza.

—¡Ah! ¿Sí? —pregunté aliviada. Había tristeza en sus ojos y sentí que se me encogía el alma.

Él asintió.

—Probablemente yo habría hecho lo mismo.

—Lo siento mucho, dije acercándome a él.

Él alzó la mano para impedir que le tocara.

—Que lo entienda no significa que seamos amigos. Necesito que te vayas.

—Sí, claro, —respondí retrocediendo cuando mi teléfono comenzó a sonar de nuevo. Miré mi móvil y comprobé que se trataba de Cole. Lo ignoré.

Justin se quedó en silencio mientras cogía mi bolso y me dirigía a la puerta. Antes de salir, no obstante, me preguntó qué había dicho Joanna acerca de Billy.

Me giré.

—Dice que le ha visto en su cabaña.

—¿Eso es posible?

—No. La última vez que vi a mi hijo estaba claramente muerto, —respondí.

Asintió y no dijo nada más.

Cerré la puerta y me marché.

Capítulo 19

TANK

—¿Qué pasó exactamente? —me preguntó Raptor por teléfono unos minutos más tarde.

Le relaté lo sucedido, incluyendo que Raina había admitido haber matado a mi padre.

—Entonces, ¿mataron a su hijo y ella culpó a Slammer?

Saqué un paquete de tabaco del congelador.

—Al parecer debieron decirle que fue él quien ordenó el tiroteo. Los Devil's Rangers le colgaron el muerto.

Raptor suspiró sonoramente.

—Y ahora organizan un tiroteo en tu casa. Será mejor que avise al resto.

—Sí, será lo mejor. Aunque creo que esto es más bien una advertencia de los Devil's Rangers por parte de Cole. Encendí un cigarrillo y de una calada profunda.

—Estoy seguro de que no sabían que Raina estaba en mi casa.

—Puede, pero no podemos arriesgarnos.

—Lo sé. Tenemos que convocar una reunión mañana para informar a todos.

—Buena idea. ¿Y qué pasa con la chica? ¿Raina?

Pensé en el dolor, la pena y la culpabilidad que estaría sintiendo en aquellos momentos. Sabía que había sentido remordimientos por matar a mi padre. Ya había pasado por demasiadas cosas.

—Nada.

—¿No quieres que la arresten?

—Joder, no. Ya ha estado viviendo en su propia prisión, —dije pensando en su apartamento, especialmente la habitación de su hijo—. Ambos hemos

perdido a personas a las que queríamos y no podemos traerlos de vuelta. No voy a hacerle daño ni a mandarla a prisión. Lo dejaremos correr.

—Claro, ¿y qué pasa con los que han tiroteado tu casa?

—Los atraparemos y mataremos a esos hijos de puta.

—Vale.

Bostecé.

—Estoy agotado. Ya haremos planes más tarde. Sobre las siete.

Estuvo de acuerdo y colgó. Limpié la pantalla y le dejé un mensaje al tipo que reparaba ventanas. Después, me tumbé en el sofá con la pistola a mi alcance.

Capítulo 20

Raina

Me sentía vacía por dentro cuando dejé el apartamento de Justin. Parte de mí sentía alivio por haber salido ilesa, y la otra parte deseaba ser castigada por matar a su padre.

Cuando me metí en el coche me sonó el teléfono. Era Cole.

—¿Dónde has estado? —dijo gritando—. Sal y yo llevamos llamándote dos horas.

—Tenía cosas que hacer. Cole, ¿quién te dijo que los Gold Vipers eran responsables del tiroteo que mató a mi Billy? —pregunté tensa.

—Ronnie, —respondió—. Es nuestro vicepresidente. ¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

—Que estaba equivocado y he matado a un hombre inocente, —le espeté.

—Espera un minuto. ¿Por qué dices eso?

—Acabo de salir de casa de Tank y los Gold Vipers ni de coña han tenido nada que ver con el tiroteo.

—¿Qué? ¿Has estado allí? ¿Te has vuelto loca?

—Honestamente, ahora mismo no me siento en mis cabales, la verdad. Y lo que es peor, me siento una asesina a sangre fría, —dije frotándome la nariz.

—¿Cómo te lo dijo?

—Tuvimos una larga conversación en la que me dijo que están en contra de los tiroteos.

—¿Y le creíste? —preguntó con sequedad.

—Sí, Cole, admití que había matado a su padre y me dejó salir viva de su casa.

Se quedó sin aliento.

—¿Le dijiste la verdad?

—Tuve que hacerlo, Cole. Se lo debía, —dije observando la oscuridad afuera.

—¿Qué coño te pasa? ¿Te has embarcado en una misión suicida? — preguntó enfadado—. Es decir, ¿en qué cojones estabas pensando?

—Necesitaba enfrentarme a él.

—¿Por qué? Sabías que estaba buscándote.

—Sí, y no me iba a pasar el resto de mi vida escondiéndome. Y me alegro de haberlo hecho. Ahora ambos sabemos la verdad.

—Esto es una locura.

—Lo que es una locura es que haya estado a punto de morir esta noche a causa de un tiroteo orquestado por tu club.

—No sé nada de un tiroteo esta noche. Pero sí sé que Ronnie no me mentiría acerca de quién mató a Billy. Fueron los Gold Vipers.

Seguía sin creérmelo.

—Entonces ¿por qué no me ha matado Justin?

—¿Justin?

—Tank, —dije enfadada—, o lo que sea que le llaman. Escúchame, te dieron la información incorrecta y ahora soy yo quien tiene que vivir sabiendo que he asesinado a un hombre inocente.

—Mi club no me mentiría.

—No son tu club, Cole. Aún no. Sólo eres un *prospect* lo que, por lo que a mí respecta, es un concepto bastante pretencioso.

—¿De veras le dijiste que habías matado a su padre, el líder de los Gold Vipers, y te dejó marcharte? —preguntó ignorando mi comentario sarcástico.

—Estás hablando conmigo ¿verdad? Debería haberme metido un tiro en la cabeza, —dije sintiéndome miserable—. Igual que yo hice con Slammer. Podría haberse vengado.

—¿Qué te dijo cuando confesaste?

Le relaté la conversación.

—¿Aún me busca?

—No lo creo pero creo que tomará medidas contra los Devil's Rangers por el tiroteo en su casa. Puedes estar seguro.

—Joder. Escucha, no tengo ni puta idea de lo que está pasando. Si ha habido un tiroteo esta noche, a mí no me han dicho nada.

—Pero eres un *prospect*. Estoy segura de que no te lo cuentan todo.

—Tengo que hablar con Ronnie. Querrá saber todo esto.

—Joder, Cole. Lo que tienes que hacer es sacar tu puto culo de ese club antes de que te maten.

—No te preocupes por mí, Raina, —respondió—. Estaré bien.

—Cole...

—Te llamo luego, —dijo antes de colgar dejándome con la palabra en la boca.

Maldiciendo, arrojé el teléfono al asiento del copiloto y me dirigí a casa.

Pasaban de las tres de la mañana cuando llegué a casa. Dejé un mensaje a Sal y le dije que estaba bien y que le llamaría más tarde. Después me comí un trozo de pan con mantequilla de cacahuete y caí rendida. Cuando sonó la alarma a las once de la mañana tuve que esforzarme al máximo para arrastrarme fuera de la cama y llegar hasta la ducha. Pero había tomado la decisión antes de dormirme y estaba decidida a llevar a cabo mi plan. En algún momento del día, acudiría al a policía y me entregaría por el asesinato Slammer, el padre de Justin. Si no lo hacía, sabía que no podría vivir con ello.

Cuando salí de la ducha, me puse un vestido negro que me había puesto en el funeral de mi hijo y me recogí el pelo. Mientras buscaba mis tacones negros, sonó mi teléfono.

—¿Hola? —dije al no reconocer el número de teléfono.

—Hola Raina. Soy Phillip, —dijo mi cuñado.

—¡Ah! Hola. No tenía el número guardado.

—Te llamo desde el hospital.

Phillip, el hermano mayor de Mark, era cirujano del Hospital St. Luke, a pocos kilómetros de allí. Nuestra relación nunca había sido demasiado fluida, principalmente porque nunca me había aceptado y yo siempre le había considerado un hijo de puta arrogante. Tras la muerte de Mark, la relación se había suavizado un poco, al menos de cara a la cámara. No obstante, aún me incomodaba hablar con él.

—Ya veo. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú?

—¡Bueno! Ya sabes... Sobrevivo.

—Las cosas mejorarán, ya lo verás. Es sólo cuestión de tiempo, —respondió como si hablase del tiempo.

—Eso es lo que dicen.

—Te llamo porque sé que Joanna habló contigo anoche.

—Sí, —respondí.

—¿Qué quería?

—¡Ah! Sólo me llamó para ver cómo estaba. ¿Por qué? —mentí. Aunque sabía que era imposible que ella hubiera visto a mi hijo Billy con vida, había algo que no encajaba.

Suspiró agotado.

—Joanna tuvo un ataque de ansiedad esta mañana. Trató de matarse.

Abrí los ojos de par en par.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, —respondió con voz quebrada—. Trató de suicidarse con pastillas para dormir. Afortunadamente, la encontré en el baño, con el frasco, y pude detenerla antes de que se tomase un puñado.

—Oh, Dios mío. Pero está bien, ¿verdad?

—Físicamente, sí. Mentalmente está pasando un mal momento. De hecho, hoy hay alguien que se queda con ella mientras yo estoy en el hospital. Tengo miedo de que vuelva a intentarlo.

—¿Tienes idea de por qué lo ha hecho? —pregunté. La Joanna a la que yo había conocido siempre me había parecido una mujer feliz. Aunque ciertamente, la noche anterior no parecía en sus cabales.

—La verdad, no sé qué le pasa. En primer lugar me acusó de serle infiel y después me vino con una historia absurda acerca de Billy.

—¿Qué clase de historia? —pregunté sin querer admitir que ya lo sabía.

—Por algún estúpido motivo, piensa que sigue vivo. Sé que parece una locura y probablemente no debería estar molestándote con este sinsentido, pero quería saber si te había contado algo. No me gustaría pensar que ha podido molestarte con algo así.

—Estoy bien, —dije—. Tan solo me preocupa Joanna. No parece propio de ella. ¿Está tomando algún tipo de medicación?

—No, pero creo que la muerte de Billy le afectó bastante. No sé si lo sabías pero ella no puede tener hijos. Lo ha pasado mal, especialmente durante los dos últimos años.

—No tenía ni idea. Lo siento.

Siempre había pensado que no querían tener hijos. Tenían mucho dinero y una vida de lo más estresante.

—Teníamos pensado adoptar, pero ahora ya no estoy seguro de nada. El hecho de que haya intentado suicidarse... S

Su voz se iba apagando y, por primera vez, percibí un atisbo de emoción en su forma de hablar.

—Puede que la muerte de Bill le haya afectado más de lo que pensabas, —respondí. Sabía que Joanna y Phillip adoraban a Billy. Siempre habían sido generosos con él en Navidades y su cumpleaños.

—Quizás. De todas formas no quiero que te moleste con historias absurdas.

—No me molesta. No te preocupes.

—Es un alivio. He estado pensando que quizás podrías venir a cenar con nosotros un día de estos. Creo que a Joanna le vendría bien. Cuando te apetezca.

—Claro, —respondí sin contarle lo que había pensado hacer.

—Por supuesto —dijo maldiciendo—. Me llaman. Tengo que dejarte.

—No hay problema. Adiós Phillip. Dile a Joanna que mis pensamientos están con ella.

—Lo haré. Adiós, Raina.

Cuando colgué a Phillip llamé a Sal.

—Me alegra escuchar tu voz, —dijo—. Anoche me dejaste muy preocupado.

—Estoy bien.

—¿Sabes? Me pasé por tu casa. Había alguien esperándote.

Abrí los ojos de par en par.

—¿De qué coño me hablas?

—Tank El líder de los Gold Vipers. Estaba escondido en tu apartamento.

Suspiré—. No me lo había dicho.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Le dijiste dónde estaba Cole?

No, pero tienes que saber algo. No te va a gustar.

—¿Qué pasa, cariño?

Respiré hondo y le conté todo, incluyendo cómo había disparado a Slammer en el cajero.

—Así que voy a entregarme, —dije para concluir—. A la comisaría Refunfuñó—. ¿Qué? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? He matado a alguien Sal. Tú especialmente deberías saber que está mal.

—Lo sé, pero Raina... Slammer no se merece que vayas a la cárcel por él. He estado hablando con gente y ciertamente estaba metido en algunos asuntos turbios.

—No me importa. Yo le maté. No merecía morir. Joder, no sé en qué coño estaba pensando. Maté a un hombre a sangre fría, —dije sintiéndome miserable.

—Eso parece. Pero obviamente actuaste bajo el efecto de la ira y la pena. Joder, incluso Tank entiende que no estabas en situación de controlar tus propios actos.

—Sí que lo estaba, —respondí—. Quería que alguien muriese y me encargué de que así fuera. Ahora, voy a hacer lo correcto.

—Cariño, ¿tienes idea de los años que te van a caer? Tienes que pensarlo un poco.

—Tengo que hacerlo, —dije suavizando el tono.

Suspiró.

—¿Vas a hacerlo hoy?

—Sí.

—Al menos déjame verte antes de entregarte, por favor.

—Pasaré por el bar pero no trates de convencerme, Sal. No funcionará. Tengo que hacerlo.

—Lo entiendo, —respondió en tono conciliador.

—Siento haberte decepcionado. Sé que querías que me encargase del bar.

—No me has decepcionado. Yo me he decepcionado a mí mismo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque estaba tan hundido en mis propios demonios que no tenía ni idea de lo horribles que eran los tuyos. Ahora ya es demasiado tarde. Te he fallado.

—No has fallado, —dije con firmeza—. Se me rompió el corazón cuando Billy murió y no hay nada que pudieras haber hecho para evitar que fuera tras la persona a la que consideraba responsable de su muerte. Así que no te culpes. Soy una mujer adulta y por lo tanto responsable de mis propios actos, tío Sal.

—Aun así...

—Aun así nada. Esto es responsabilidad mía y soy yo quien debe pagar por ello.

—Sí, —respondió con la voz más pesada.

Me froté la sien.

—No estás bebiendo, ¿verdad?

—No, —dijo—. Es que me he emocionado. Espera.

Le escuché sonarse la nariz. Cuando acabó le escuché suspirar de nuevo.

—Lo siento.

—No te preocupes. Voy a limpiar y después iré a verte al bar. ¿De acuerdo?

—Claro.

—Te quiero, Sal.

—Yo también te quiero, cariño, —respondió con la voz al borde del llanto.

Sintiéndome culpable, colgué y comencé a recoger el desastre de mi apartamento, consciente de que no volvería a verlo en bastante tiempo. Mientras metía una caja de pizza vacía en la bolsa de basura, me sonó el teléfono.

—¿Y ahora qué? —murmuré mientras corría hasta mi bolso. Saqué mi teléfono y vi que Joanna volvía a llamarme. Suspirando, respondí.

—Raina. Necesito que vengas a buscarme. Ahora, —se apresuró a decir.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. Hace un rato hablé con Phillip y me contó algunas cosas.

Se rió fríamente.

—Sí, de eso estoy segura. Probablemente le preocupa lo que te haya podido contar.

—Dijo que habías tenido un ataque de ansiedad.

—No le escuches. Te dirá lo que sea para mantener su secreto. Me sorprende que aún no me haya matado, la verdad.

—¿De qué coño me hablas? —pregunté preocupada por ella—. ¿Estás diciendo que Phillip podría dañarte físicamente?

—Con tal de no ir a la cárcel haría lo que fuera.

—Ni siquiera sé qué decir, —respondí—. Todo es tan surrealista... Lo siento.

—Sé que suena a locura pero nos conocemos desde hace más de tres años. Sabes que no estoy loca.

Y pensaba que no lo estaba. Pero ya no estaba tan segura.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, ella suspiró agotada—. Tienes que creerme, Raina. Billy está vivo. Después de lo que vi anoche, sé que lo está.

—Lo siento. Esto es... —dije con un hilo de voz.

—Cariño, le he visto con mis propios ojos. De verdad. Pero si quieres volver a verlo, tenemos que volver a la cabaña antes de que Phillip se lo lleve

a otro sitio.

Capítulo 21

TANK

Me estaba haciendo una jarra de café cuando Raptor y Tail aparecieron pasadas las nueve de la mañana.

—¡Vaya! Te han acribillado la ventana, —dijo Tail atravesando la puerta—. Menos mal que no estabas en el asiento de siempre masturbándote con porno o estarías muerto hermano.

—Menos mal que tu madre no estaba como siempre de rodillas en la alfombra chupándomela. Ambos estaríamos muertos, —dije devolviéndole la sonrisa.

Tail me enseñó su dedo corazón.

—Esto es serio, —dijo Raptor examinando los agujeros de bala del lateral de la pared—. ¿Y dices que los vecinos avisaron a la policía?

—Sí, —respondí.

—¿Van a investigarlo? —preguntó Raptor.

—No sé. Recogieron la mayoría de las balas y dijeron que lo investigarían, pero les dije que no quería presentar cargos.

—Estoy seguro de que eso no se lo esperaban, —dijo Tail tirándose en un sofá reclinable que había sido de Slammer.

—Al contrario, la verdad es que se lo esperaban, —dije frotándome la parte posterior del cuello. Aún me dolían las cervicales por haber dormido en el sofá. Saben que nos encargaremos de ello nosotros mismos. Como siempre lo hacemos.

—¿Y qué pasa con la chica? ¿Raina? —preguntó Raptor cogiendo un trozo de cristal de la moqueta que yo no había visto.

Me encogí de hombros.

—Como te dije anoche, ya ha sufrido bastante con la muerte de su hijo.

—Pero mató a tu padre, —dijo Tail mirándome—. ¿De veras vas a dejarlo correr?

—¿Y qué sugieres que haga? ¿Darle una paliza? ¿Pegarle un tiro entre ceja y ceja? ¿Arrojarla a un pozo lleno de serpientes? —respondí irritado.

—Podrías hacer que fuese a la cárcel, —dijo—. No debería irse de rositas después de haber matado a Slammer.

Le miré unos segundos y sonreí.

—Me gustas. Tu dedicación al club ya es notable.

—Gracias. Creo que era un gran tipo. Y que se merece algún tipo de venganza.

—Y la tendrá, —dije—. En cuanto encuentre al hijo de puta que se la jugó. Sé que probablemente fue el líder del Capítulo de Davenport, pero voy a tratar de no tener ideas preconcebidas. Necesito encontrar pruebas. Estoy seguro de que Cole sabe algo. Tenemos que encontrarle.

—¿Y qué pasa si se niega a hablar? —preguntó Tail.

—¡Oh! Hablará... —respondí.

Raptor, que se encontraba echando un vistazo a una revista, me miró.

—¿Raina te dijo dónde está?

—No, pero sabemos dónde está ella. De hecho, quiero que la sigáis. Algo me dice que se encontrarán hoy.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Tail.

—Entonces la seguimos hasta que ocurra, —respondí.

Raptor se levantó—. Entonces será mejor que nos pongamos en marcha. ¿Tienes su dirección?

Cogí un trozo de papel y se la escribí.

—Conduce un Impala nuevo. Color plata, —dije. Raina no se había dado cuenta de que la había seguido de camino a su coche, que tenía aparcado calle abajo. Se había sentado allí durante un rato hablando con alguien por teléfono antes de marcharse.

Raptor me quitó el trozo de papel.

—Vale. Estaremos en contacto.

—Gracias, —dije.

Me dio un breve abrazo.

—¿Estás bien? —preguntó Raptor con voz serena.

Asentí.

—Es extraño pero, ahora que sé quién le mató y por qué, tengo la sensación de que la verdadera víctima de todo esto fue Raina.

—Sí que es extraño, —dijo.

—Es decir, no me malinterpretes... Echo de menos a mi viejo. Le echo muchísimo de menos. Pero disfruté de muchos años con él. Buenos años. Raina solo disfrutó de un breve tiempo con su hijo, Billy. Y ahora se mantiene serena a duras penas. Lo vi en sus ojos.

Raptor miró al infinito.

—Sí, no me puedo imaginar lo que haría si algo así le ocurriera a mi hijo. Probablemente iría detrás de todo el capítulo pegando tiros.

—Tenemos que averiguar quién se la jugó a Slammer. Y también quiénes fueron los asesinos de su hijo, —dije—. Algo me dice que es la única forma de que pase página.

—¿Por qué te importa tanto esa tía? —preguntó Tail—. Especialmente considerando lo que hizo.

Me encogí de hombros.

—No sé. No puedo explicártelo. Pero me siento impulsado a ayudarla.

—Por eso es nuestro nuevo Presidente, —dijo Raptor apretándome el hombro—. Su corazón es casi tan grande como sus pelotas.

—Me cuesta creerlo.

Me reí orgulloso.

—Pregúntale a tu madre. Ella te lo confirmará.

Volvió a enseñarme el dedo corazón.

Capítulo 22

Raina

Joanna, Billy está muerto, —dije parpadeando para contener las lágrimas—. Yo vi su cuerpo. Tengo sus cenizas justo en frente de mí.

Cogí la urna y la acaricié con un dedo.

—No sé qué creíste ver pero no fue a mi Billy.

—¿Recuerdas cuando las pasadas Navidades Phillip habló de su amigo Jacob Sleffer?

—No, lo siento pero no me acuerdo.

—Ya me lo imaginaba, te he preguntado por si acaso. Jacob Slether es un Farmacéutico. Trabaja para una farmacéutica importante, Fairfield Enterprises. Da igual, el caso es que Phillip mencionó que Sleffer estaba probando un nuevo medicamento que podía simular un estado semejante a la muerte.

Me aferré al teléfono con firmeza. ¿En serio?

—Sí, algo que contiene tetrodotoxina, creo.

—Lo siento, no sé qué es eso.

—Una sustancia que segrega el pez globo. Aparentemente es mortal pero Sleffer ha estado experimentando con ella y el pasado otoño creó un compuesto que no sólo ralentizaba los latidos de un humano sino que además era capaz de provocar una parálisis para que no respondiera a ningún estímulo.

—No pensarás que lo usaron con Billy, ¿verdad? —pregunté sintiendo una ola de ira crecer en mi interior. Parecía una idea absurda pero la madre que había en mi interior quería creer cualquier cosa que pudiera devolverme a mi hijo.

—Sé que lo hicieron. Le vi con mis propios ojos. Era tu hijo. Lo sé.

—¿Pero por qué haría Phillip algo así? —pregunté rememorando la noche en que se llevaron a Billy a urgencias. Cuando llegué allí Phillip y Joanna ya estaban en la sala de espera—. ¿Y cómo?

—¿Por qué? —suspiró—. Odio decirte esto pero desde que Mark murió Phillip ha querido tener la custodia de Billy.

—Es mi hijo. ¿Por qué querría obtener la custodia de su sobrino? —pregunté.

Suspiró.

—Ya sabes que no podemos tener hijos, ¿verdad?

—De hecho, Phillip fue quien me lo dijo. Hoy mismo.

—A mí me parecía bien adoptar, pero a él no le gustaba la idea. En lugar de eso, quería quedarse con Billy. Siempre creyó que no eras una madre apta,

y cuando ocurrió lo del tiroteo, creo que decidió ponerse en marcha.

—¿De veras crees que Billy está vivo? —pregunté sentándome.

—Lo creo, de hecho vi a Sleffer aquella noche en el hospital. No pensé en ello hasta que vi a Billy en la cabaña. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hijo?

—El día siguiente por la mañana temprano. Tenían que hacer la autopsia por lo del tiroteo. Esa fue la última vez que le vi, —dije al recordar su pálido cuerpecito tumbado en la cama del hospital antes de que se lo llevaran. Después de eso sólo me habían dado un par de minutos con él.

—¿Estás ahí? —preguntó.

Me aclaré la garganta.

—Recuerdo que la piel de Billy aún estaba caliente. No pensé mucho en ello a causa del shock. Aunque no tenía pulso.

—El compuesto que le dieron podría haber causado ese efecto. Tenía pulso, créeme.

—Pero Phillip no es el cirujano que le operó. No me estarás diciendo que todos están involucrados en esto, ¿verdad?

—Lo único que sé es que Phillip salió de la sala de espera durante un rato antes de que tú llegases. Dijo que iba a echar un vistazo a Billy. Quizás le administró el compuesto sin que nadie lo supiera.

—Suena a argumento de una película, —dije preguntándome quién estaba peor de la cabeza. Ella por contarme la historia. O yo, por plantearme que fuera cierta.

—A veces la realidad supera la ficción. Está vivo. Ahora, como te he dicho. Tenemos que llegar a la cabaña antes de que Phillip se lo lleve.

Me puse en pie a toda prisa.

—¿Dónde estás?

—Estoy en la farmacia de Shultz. En Cannon Drive.

—Pensé que Phillip te tenía vigilada.

Ella se rió.

—Sí. Así era. Por una mujer del hospital. Supuestamente es una enfermera. Esa zorra me dio un sedante, pero no me lo tomé.

—¿Dónde está ahora? —pregunté pensando que la enfermera podía llamar a Phillip.

—Ocupada con su portátil. No me vio salir.

—De acuerdo, —respondí—. Estoy de camino.

—Aquí te espero.

Colgué el teléfono, cogí mi bolso y salí de mi apartamento. Parecía difícil de creer que mi hijo pudiera estar vivo. Pero incluso si existía una pequeñísima posibilidad, de ninguna manera iba a dejar que se me escapase entre los dedos.

Capítulo 23

TANK

Me estaba montando en la moto cuando me llamó Raptor.

—Se mueve, —dijo.

Me puse las gafas de sol.

—Vale. Síguela y hazme saber dónde va.

—Así lo haré, —dijo antes de colgar.

Me coloqué el teléfono en el soporte del cinturón, arranqué el motor y me dirigí al club. Cuando llegué, Hoss y otros miembros se dirigieron a mí para preguntarme por el tiroteo.

Tengo algunas cosas que reparar, pero afortunadamente, nadie salió herido, —dije sonriendo fríamente—. Aunque eso va a cambiar tan pronto como descubra quién ha sido.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Hoss encendiéndose un cigarrillo.

—Estoy seguro de que fueron los Devil's Rangers, pero necesito pruebas antes de ir a por ellos. Joder, ¿no te había dicho que fumes fuera a partir de ahora? —dije apartando el humo.

—Esto no es el gimnasio, Popeye, —respondió sonriendo con suficiencia—. Que tú estés intentando dejarlo no significa que los demás tengamos que cruzar todo el aparcamiento para dar un par de caldas.

Hoss tenía unos cincuenta años y parecía que tuviera setenta. Era un fumador empedernido y era difícil no escucharle echar el pulmón por la boca a cada instante. Desafortunadamente, se negaba a ir al médico. Le había pedido que dejase de fumar en el club principalmente porque me preocupaba por él y pensaba que así iba a fumar menos. Desafortunadamente, era tan persistente como su tos.

—Esa tos seca está empeorando. Deberías ir al médico.

—Ahora pareces una de mis putitas. Déjame decirte algo, Tank, veré a un puto doctor, pero cuando esté delante de mí declarando la hora de mi muerte, —dijo con tono serio—. Hasta entonces, no voy a ver a ningún puto curandero soplapollas.

Suspiré.

—Vale. ¿Podrías al menos probar uno de esos cigarrillos de vapor? ¿No se supone que son más inocuos para la salud?

—No lo sé pero no voy a fumar esa mierda para pijos, —dijo dando otra calada—. Joder, Slammer se revolvería en su tumba si me viera fumar algo así. Quizás incluso me perseguiría su fantasma. Me quedo con lo que conozco y disfruto.

Hoss había sido uno de los amigos más cercanos de Slammer. Y yo le conocía lo suficiente como para dejarlo estar. Por respeto. Si quería matarse, era asunto suyo.

—Vale. Ya lo pilló.

—Para que lo sepáis, esas cosas podrían estar metiendo en tu cuerpo una sustancia que te haga aún más adicto a esa mierda que venden. Demonios, ¡incluso es posible que el gobierno controle a todo el mundo en un futuro, —relató abriendo los ojos de par en par—. Sobre el mostrador. Compras un recambio de esos liquiditos y quién sabe lo que estás inhalando realmente.

Algunos de los muchachos se rieron.

—Oye, reiros cuanto queráis, pero algún día lo sabréis. Es el principio del fin. Van a controlarnos de un modo u otro, —dijo—. No es más que una maldita conspiración.

—Conspiración o no, volvamos a lo que podemos controlar, —dije a sabiendas de que si no le frenaba, entraría en bucle—. O al menos intentémoslo. Iba a ir luego a la iglesia pero quiero empezar a investigar lo que pasó con el tiroteo cuanto antes.

—¿El que ocurrió en tu casa? —preguntó Horse.

—Ese... y el tiroteo del que culparon a mi padre hace un par de semanas. Los francotiradores responsables de los disparos en la fiesta de los Devil's Rangers.

—¿Por qué cojones quieres saberlo? —preguntó Buck—. Es decir... Probablemente nos hicieron un favor.

—En realidad, el único fallecido durante el tiroteo fue un niño, —dije frunciendo el ceño—. Por lo que yo sé, todos los demás se recuperaron.

—Joder, no tenía ni idea, —respondió Buck avergonzado—. Lo siento.

—No pasa nada, hermano, —dije apretando su hombro en señal de camaradería—. Pero hay que frenar esta mierda y ni de coña van a acusarnos de haber matado a un niño. Por eso tenemos que averiguar qué fue lo que pasó.

—Estoy de acuerdo, —respondió.

—Por eso quiero que empecéis a hacer preguntas por ahí y que averigüéis si alguien sabe algo, —dije mirando en derredor.

Todos estuvieron de acuerdo.

Mi teléfono comenzó a vibrar. Cuando lo abrí, vi un mensaje de Raptor que me contaba que Raina había recogido a una tía y que se dirigían fuera de la ciudad.

«Bien. Quizás te lleven hasta Cole,» le respondí por mensaje.

«Luego te digo algo.»

«Suenan bien. Mantenme al tanto.»

Cuando iba a dejar mi teléfono, Frannie me llamó.

—Ya me he enterado, —dijo preocupada—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Sólo tengo un par de ventanas rotas. No pasa nada.

—¿Que no pasa nada? ¡Te podrían haber matado!

—Si voy a morir no será en un tiroteo, —dije.

Ella suspiró agotada.

—¿Por qué no vienes y te quedas con Jessica y conmigo? Ella también se preocupa por ti.

Sonreí.

—Mira, os agradezco que os preocupéis, pero no voy a dejar que algo así me aleje de mi casa. Además, ¿qué pensarían los demás si el presidente del club corriese a casa de mamá a refugiarse?

—Tú te preocuparás por tu reputación pero yo me preocupo por tu vida, —dijo enfadada.

Me rasqué la barbilla. Había olvidado afeitarme.

—Relájate. Esta noche no estaré solo. Me llevaré a un par de *prospects* a la puerta de mi casa para que monten guardia, —dije en voz baja. Lo último que necesitaba era que alguien me oyese decirle a mi madrastra que necesitaba protección. Lo cierto es que no era así, pero sabía que no iba a dejarlo correr si no la tranquilizaba.

—Bien. Quiero que vengas esta noche a cenar. Jessica va a hacer una receta nueva de pastel de carne.

—¿Cocina Jessica? —pregunté sorprendido—. Pensaba que no le gustaba.

—Normalmente no, pero últimamente parece la versión femenina de Jamie Olivier. Me hace el desayuno, la comida y la cena. Ha estado buscando recetas en Pinterest. Creo que está preocupada por mí, —dijo Frannie con un hilo de voz.

Recordé la forma en que Jessica había besado al Juez la noche anterior. Algo me decía que su repentino interés en la cocina tenía más que ver con él.

—¿Qué es Pinterest?

—¡Ah! Es una página Web que sirve para compartir cosas.

—Aha, —dije no muy interesado. Normalmente no podía sentarme más de diez minutos frente a un ordenador sin frustrarme o sufrir un ataque de ansiedad. Lo cierto es que tampoco podía ver la tele durante mucho tiempo, por eso la tenía en el gimnasio del sótano.

Se rió.

—Te has perdido, ¿verdad?

—Ya me conoces. Yo no navego por Internet y esas cosas.

—Lo sé. Pero te gusta comer, así que te espero a las siete si quieres probar el pastel de carne de Jessica. Herirás sus sentimientos si no vienes.

—Estaré allí, —le prometí.

—Bien. Te veo luego entonces.

—Vale.

Cuando colgamos, fui a la oficina y me senté en la vieja silla de cuero de Slammer, que aún tenía quemaduras de cigarrillos en los reposabrazos. Me incliné hacia atrás, cerré los ojos y pensé en la foto del hijo de Raina que había encontrado en su apartamento. Obviamente, él era su ojito derecho y el hecho de que hubiese ido tras de su presunto asesino tenía sentido. Realmente no podía culparla por matar a mi padre. La habían usado como brazo ejecutor. No estaba seguro de quién era mi oponente real, pero tenía la determinación de encontrar a aquel hijo de puta.

Capítulo 24

Raina

Cuando recogí a Joanna estaba hecha un mar de nervios.

—Siento haber tardado tanto, —dije observándola mientras se ponía el cinturón.

—Está bien. Salgamos de aquí, —respondió mirando alrededor nerviosa.

—¿No crees que la enfermera se va a dar cuenta de que no estás y llamará a Phillip?

—Puse unas almohadas bajo la manta. Espero que no se dé cuenta en varias horas.

—¿A qué distancia de la cabaña estamos? —pregunté saliendo del aparcamiento.

—Solo dos horas. Tendremos que coger la I-80 dirección Oeste. Está en Waterloo.

—De acuerdo, —respondí.

—¡Acabo de caer en la cuenta! Nunca has estado allí.

—No, —respondí sin atisbo de sorpresa ahora que sabía lo gilipollas que era Phillip.

Sonrió como si me hubiese leído el pensamiento.

—No te lo tomes como algo personal. Él nunca ha llevado a nadie allí y el señor sabe cuántas veces le pedí que os invitase a ti y a Billy. No es muy sociable.

—Es un arrogante, —dije.

Ella se rió con ironía.

—Sí, la verdad es que lo es. Pensaba que era mono en el fondo, lo creas o no.

—¿Mono? —repetí frunciendo el ceño—. ¿Qué hay de mono en pensar que eres mejor que todo el mundo?

Joanna se recostó en su asiento y miró al horizonte.

— Tienes razón. Nada. Supongo que estaba tan enamorada cuando nos conocimos que se lo perdoné todo. Ahora me gustaría atropellarle con su nuevo Bentley.

—Pensaba que teníais una relación ideal, —dije girando hacia la autopista.

Ella dio unos golpecitos con los dedos en la puerta.

—Y yo también. No obstante los últimos meses han sido duros. No sé si es por la muerte de Mark o el hecho de no poder tener hijos, pero el caso es que ha estado insoportable. Ha pasado mucho tiempo a solas en la cabaña, tanto que pensé que tenía una aventura. Ahora que sé lo que estaba haciendo hubiera preferido que me hubiera sido infiel. No te ofendas. Quiero que Billy esté vivo, pero saber que Phillip ha hecho algo así... ¡Es horrible!

—Exacto. Va a ir a la cárcel si lo que dices es cierto. Aunque por lo que a mí respecta se merece algo mucho peor.

—Lo sé. Joder, lo sé mejor que nadie, —murmuró.

—Cuando viste a Billy en la cabaña, ¿había alguien más aparte de Phillip?

—Supongo que sí aunque en ese momento no vi a nadie más. Alguien debe estar quedándose con Billy mientras Phillip está en la ciudad.

—Hablando de eso, ¿qué te dijo cuando te enfrentaste a él?

—Me dijo que el niño de la cabaña era hijo del ama de llaves.

—¿Tenéis ama de llaves en vuestra cabaña? —pregunté sin dar crédito.

—Créeme, a mí también me sorprendió. Me dijo que había contratado una porque la casa estaba acumulando polvo y necesitaba una limpieza a fondo.

—¿Estás segura de que no era el hijo del ama de llaves? —dije preguntándome si no estaríamos metiéndonos en una búsqueda inútil.

—Estoy convencida. Mira, sé que el niño al que vi era tu hijo, —respondió tajante.

—Pero le viste desde fuera, ¿verdad?

Me miró y se sonrió.

—Habrías sido una abogada excelente.

—Lo dudo. Últimamente se me da fatal juzgar a los que me rodean.

—Sé que era Billy. Inspeccioné la zona a fondo y no me cabe duda de que le vi jugando con sus legos.

—Vale, —dije queriendo creerla pero aterrorizada de estar haciéndome ilusiones para nada—. Tan solo espero que Phillip no se lo llevase a otro

sitio.

—Espero que no. Tras su relato sobre el hijo del ama de llaves fingí que le creía. Aunque no sé si se lo tragó.

—Supongo que lo averiguaremos pronto.

—Supongo.

Ambas permanecemos en silencio la mayor parte del trayecto. Después de un rato, se durmió y hasta que entramos en Waterloo no toqué su hombro para despertarla.

—Vaya, —dijo parpadeando—. Ya estamos aquí.

—Sí, —respondí con un nudo en el estómago ahora que nuestro destino estaba a un paso. Casi no podía concentrarme en la carretera. Sólo podía pensar en encontrar a Billy vivo y arrancarle la cabeza a Phillip.

Joanna se incorporó en su asiento.

—Vale, sigue esta carretera un par de kilómetros. Cuando llegues a la calle Wild Prairie, ve a la derecha.

—Vale, —respondí agarrando fuerte el volante.

Frunció el ceño.

—¿Quieres que conduzca?

—Pues creo que sería buena idea, —dije parando el coche a un lado de la carretera—. Además tú conoces mejor la zona.

Salimos e intercambiamos asientos.

—¿Y si Phillip está allí? —pregunté cogiendo el bolso del asiento de atrás, donde aún se encontraba mi pistola—. Antes cuando hablé con él me dijo que estaba en el hospital pero podía estar mintiendo.

—Lo único que sé es que hoy tenía dos operaciones. O eso es lo que dijo, —respondió.

Saqué la pistola de mi bolso.

—Joder, ¿qué haces con eso? —exclamó.

—Tú misma lo dijiste, Phillip es peligroso, —respondí comprobando la recámara.

—¿Tienes permiso de armas?

La miré y alcé una ceja.

—¿En serio?

—Lo siento. Es la abogada que llevo dentro.

—Esta arma no está registrada a mi nombre. Y no tengo permiso de armas. Si acabamos disparando a ese hijo de puta, en defensa propia, por supuesto, le diré a la policía que encontré el arma en la cabaña. Tú sólo refuta mi historia.

Ella asintió.

—Joder, esto es una locura.

Algo me decía que las cosas iban a adquirir un tinte incluso más surrealista.

Capítulo 25

TANK

Al no tener noticias de Raptor en dos horas, decidí llamarle. Por algún motivo, no podía sacarme a Raina de la cabeza y quería saber en qué andaba metida y si se había encontrado con Cole.

—¿Qué ocurre?

—Estamos en Waterloo, Iowa, —dijo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿No os ha visto?

—No lo creo.

—Vale. Llámame cuando sepas algo más.

—Vale.

Colgué el teléfono y decidí acercarme a Griffin's para comprobar cómo iban las cosas. Cuando llegué Cheeks estaba allí encargándose del bar.

—Hola macizo, —dijo feliz de verme—. ¿Una cerveza?

—No voy a quedarme, —respondí mirando al escenario. Era la hora feliz y el local estaba atestado—. ¿Nueva stripper?

—Sí. ¿No la conoces?

—No, —respondí.

—Mírale a la cara, —dijo con una sonrisa.

Levanté los ojos de sus tetas, que eran pequeñas pero preciosas.

—Me suena de algo, —dije mirando su perfil. La chica tenía el pelo largo y recogido en una coleta y los labios de color rosa. Me recordaba un poco a Raina, aunque no era tan sexy.

—Es mi sobrina. Layla.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué? ¿Tu sobrina? ¿No es menor de edad?

—Lo era hace tres años, —dijo Cheeks—, la última vez que tú la viste. Cumplió veintiuno la semana pasada.

—Pues le han sentado muy bien, —respondí al recordar la forma en que la había mirado la última vez que la había visto. Ahora que era mayor de edad y trabajaba en mi bar, pensé que me iba a obsesionar con la idea de beneficiármela. Pero sorprendentemente, lo único que me inspiraba era el recuerdo de Raina.

—Está loca por ti, —dijo Cheeks mirando Layla—. Te lo advierto.

—¿Me estás advirtiéndome? —pregunté entre risas—. ¿No deberías advertirle a ella sobre mí y no al revés?

—Si lo hiciera estaría en tu cama antes del próximo baile.

—Estoy seguro de que es una chica estupenda, Cheeks, pero ya me conoces, —dije agarrando su trasero—. Me gustan las chicas más entraditas en carnes.

Ella sonrió de placer y me cogió la entrepierna.

—Y ya sabes lo que opino de tu «carne» tío grande.

Me incliné y susurré en su oído.

—La verdad es que no, no me acuerdo. ¿Tienes algo de tiempo para refrescarme la memoria?

Justo a tiempo, un grupo de tíos entró en el bar. Ella gimoteó decepcionada.

—¿Qué te parece si te doy un vale?

—No hay problema, —respondí recomponiéndome—. Si los clientes son felices, gastan más dinero y, —dije sonriendo—, eso hace al dueño un hombre dichoso. Ve a ganar algo de dinero cariño.

Me guiñó un ojo y se fue a servir a los recién llegados.

Miré a Layla, que se encontraba finalizando su coreografía de colegiala, y me dirigí a la parte posterior para ir al baño. Cuando acabé, me fui a la oficina.

—Hola Tank, —dijo una voz a mi espalda.

Me giré y encontré allí a Layla, con un sujetador rosa a juego con su tanga. Sujetaba un fajo de billetes en una mano y una falda plisada roja en la otra.

—Hola Layla, —respondí sintiendo el olor de su colonia inundar el pasillo. Me recordaba al algodón de azúcar.

Sonrió.

—No sabía si me recordarías.

—Claro que sí, cariño, —respondí sonriendo—. ¿Cómo iba a olvidarlo?
Layla caminó hacia mí.

—Siento lo de tu padre.

—Gracias.

Me miró con ternura y se lanzó a mi cintura para abrazarme.

—Espero que cojas a quien lo hizo, —dijo apoyando la mejilla en mi pecho.

Le di unas palmaditas en la espalda.

—Estoy en ello.

—Era un buen hombre.

—No sabía que le conocieras tanto.

—Yo no, pero mi tía dice que era uno de los hombres más dulces que ha conocido.

—¿Dulce? —repetí sonriendo—. Se revolvería en su tumba si escuchase que alguien le describe con una palabra así.

Layla, que seguía abrazándome, apretaba su cuerpo contra el mío.

—Te he visto observándome en el escenario durante mi actuación, —murmuró—. Y eso me ha excitado.

—Mirarte es parte de mi trabajo, cariño, —dije cogiendo su mano derecha que se aproximaba peligrosamente a mi cremallera—. Tengo que asegurarme de que tú haces el tuyo.

—¿Y lo estaba haciendo?

—Por supuesto.

—¿Te ha... excitado?

No respondí.

Me miró con ojos traviosos.

—Creo que sí. Una cosa es segura, tú sí me has excitado, —dijo deslizando su otra mano sobre mi entrepierna—. Y esto que trata de salir de aquí también lo está. ¿Estás circuncidado?

Dividido entre llevármela a mi oficina y follarla hasta que se desmayase o huir como alma que lleva el diablo, apreté los dientes y aparté su mano.

—Para, Layla...

—Pero ¿por qué? ¿Tienes idea de cuánto tiempo llevo esperando a estar contigo? —hizo un puchero frotando su pecho contra mi chaleco.

Gemí. Por muy cachondo que me pusiera, sabía que no estaba bien tirármela. Especialmente teniendo en cuenta que me tiraba a su tía de vez en

cuando.

—Escucha cariño, me siento halagado. De verdad. Pero ahora soy el dueño de esto y necesito mantener las distancias con las chicas que trabajan aquí, —mentí.

Su sonrisa desapareció.

—¿En serio?

Por supuesto, no iba a contarle lo de Cheeks.

—Sí, lo siento nena.

Suspirando, Layla se apartó y se agachó para coger algunos de los billetes que se le habían caído.

—De acuerdo, pero no sabes lo que te pierdes.

Al observar aquel culito prieto agacharse para coger los billetes quedó más que claro lo que me estaba perdiendo. Sin fiarme de mi capacidad para rechazarla de nuevo, me giré y me dirigí a la oficina.

—Lo sé, pero los negocios son los negocios. Por cierto, sigue trabajando así, —dije.

—Gracias, —respondió aún enfadada.

Mi teléfono sonó mientras volvía a la oficina. Cuando vi que era Tail respondí de inmediato.

—¿Qué ocurre?

—Aquí pasa algo.

—Cuéntamelo, —dije cerrando la puerta.

—Hemos seguido a Raina y a su amiga hasta una cabaña de Waterloo y han desaparecido dentro. Poco después hemos oído un disparo.

Maldije.

—¿Y Raptor?

—Está echando un vistazo. Me dijo que te llamara.

—Vale. Ve a ayudar a Raptor. Voy hacia allá.

Me dijo cómo llegar. Cuando colgué, cogí mis llaves y me apresuré fuera del bar.

Capítulo 26

Raina

A medida que nos acercábamos a la cabaña de Joanna y Phillip, ella deceleró.

—Mira, hay un coche aparcado fuera. Estaba ahí anoche, al lado del de Phillip, —dijo señalando un camino de tierra.

Era una BMW rojo último modelo—. ¿Y no sabes de quién es?

—No, pensé que sería de la tía a la que se estaba tirando, pero me fui tan deprisa que no pude ver a su dueño.

—Quizás pertenece a la persona que se encarga de Billy.

—Eso es lo que pensaba. Voy a aparcar aquí. Nos verán si nos acercamos demasiado, —dijo parando el coche tras unos árboles.

Al echar un vistazo a la casa no pude evitar sentirme como pez fuera del agua. La cabaña, que tendría unos mil metros cuadrados parecía recién sacada de una revista de arquitectura.

—El lugar es precioso, —dije mirando la gran casa rústica que teníamos en frente.

—Gracias. Tardamos dos años en construirla, —dijo cerrando el coche.

—No me extraña, —respondí sintiendo una punzada de envidia. Yo jamás podría proporcionarle una casa así a Billy y eso me hacía sentir una madre poco capacitada.

—Lo sé. Resulta sobrecogedora, —admitió Joanna—. Y para ser sincera, me parece demasiado para nosotros dos. Yo quería algo acogedor y pintoresco, pero Phillip insistió en construir algo más a lo grande—dijo sonriendo con tristeza—. Probablemente porque el tamaño no es su fuerte en otros sentidos, ya me entiendes.

Sonreí.

—Eso explica muchas cosas.

—Bien. ¿Estás lista? —preguntó devolviéndome las llaves.

Las cogí.

—Vamos a buscar a tu hijo.

Metí las llaves en mi bolso y saqué la pistola.

—Vamos.

Frunció el ceño.

—¿Sabes cómo usarla?

—Sí.

Suspiró.

—Si algo sale mal, yo nunca he estado aquí. Veo un divorcio en mi futuro cercano y no puedo permitirme perder mi trabajo.

—Lo entiendo, —dije saliendo del coche.

Joanna también salió y nos dirigimos a la parte posterior de la cabaña. Cuando llegamos a la puerta, sacó un conjunto de llaves de su bolso.

—Esto es una locura, no debería ponerme tan nerviosa entrar en mi propia casa. Estoy empezando a odiar a Phillip por hacerme sentir así.

—Bienvenida al club.

Metió la llave en la cerradura y suspiró.

—Vale. Allá vamos.

Observé a Joanna mientras abría la puerta y la seguí hasta una zona de ocio impresionante. No sólo había una sala de cine con pantalla de ochenta pulgadas, además había doce butacas de cuero frente justo en frente. También había una máquina de palomitas detrás de los asientos y un dispensador de refrescos.

—Obviamente, esta es la sala de proyecciones, —dijo cerrando la puerta tras nosotras—. Nunca la hemos usado pero Phillip insistió en que tuviéramos una.

—Es muy bonito, —respondí—. Y me encanta ese olor. Aquella sala gigante olía a cedro y cuero.

—A mí también me gustaba pero, honestamente, ahora mismo me pone enferma, —dijo mirando en derredor—. Todo esto. Ya sabes, cuanto más conozco a mi marido, más asco me da.

No sabía cómo responder pues yo tampoco le soportaba.

—Vamos. Registremos el resto de la casa.

La seguí fuera de la sala e inspeccionamos el resto de salas del sótano. Al no encontrar a nadie nos dirigimos hacia las escaleras.

Se giró para mirarme.

—Esto nos llevará a la cocina. Prepárate, —susurró.

—Me sorprende que no tengáis un sistema de alarmas, —susurré mientras subíamos las escaleras.

—Él quería instalar uno. ¿Lo oyes? —susurró frenándose de golpe.

Se escuchaban voces amortiguadas desde el otro lado de la puerta.

—Creo que es la televisión, —susurré.

—Hay una en la cocina.

Reconocí la música y las voces de un programa de televisión que Billy adoraba: *Dora, la exploradora*. Entonces ambas oímos el sonido de la risa de un niño.

—Te lo dije. Es él. Está aquí, —susurró sonriéndome.

La adelanté rápidamente sintiendo la urgencia de saber si mi hijo estaba en aquella casa.

—Espera, —susurró.

Ignorando a Joanna, abrí la puerta y eché un vistazo dentro. Lo primero que vi fue una mujer sentada en el centro de la cocina absorta en un libro. Aparentaba unos cincuenta, tenía el pelo canoso y vestía de punta en blanco. Algo en ella me resultaba familiar pero no recordaba qué. Armada de valor, abrí la puerta un poco más y casi me caigo muerta. Mi hijo de dos años, el amor de mi vida, estaba sentado en una silla alta viendo la televisión y comiendo galletitas. Tenía el brazo izquierdo escayolado pero aparte de eso, estaba vivo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Dios mío, Billy! —dije abriendo la puerta de par en par. Me apresuré hasta donde él estaba y dejé la pistola para liberarle de la silla.

—Mamá, —gritó feliz de verme y alzando las manos hacia mí mientras le quitaba la cubierta de plástico de la silla.

—Aléjate de él, —dijo la mujer al percibir mi presencia.

—Raina, cuidado, —dijo Joanna con la voz ahogada.

Miré por encima de mi hombro y me vi a mí misma enfrentándome a una pistola.

—Mamá, —dijo Billy gimoteando y tratando de quitarse el cinturón de seguridad—. Nene quiere fuera.

—Baja la pistola, —dije furiosa conmigo misma por haber dejado la mía.

—Aléjate de él, —dijo ignorándome—. Ahora.

—No. Este es mi hijo y no hay nada que puedas hacer para que le abandone, —dije con la voz temblorosa.

—Betty, ¿qué cojones estás haciendo? —dijo Joanna acercándose a ella.

Entonces la reconocí. Se trataba de la exmujer del tío de Phillip y Mark. Mark había mencionado en un par de ocasiones que aquella mujer estaba loca. Aunque nunca había sospechado cuánto.

—Mantente al margen, —le ordenó Betty apuntando a ambas con la pistola—. ¡Jake! —gritó.

Sin entender por qué no le sacaba de su sillita, Billy comenzó a llorar.

—Está bien, —dije apartándome de Betty de nuevo. Por amenazante que pareciera, sabía por su mirada que no iba a dispararme. Aunque esperaba estar en lo cierto.

—Estás loca, —dijo Joanna—. ¿Tienes idea de en lo que te has metido?

—Cállate, —respondió—. Y tú... Aléjate de él.

Escuchándola a medias, desabroché el cinturón de Billy y le cogí en brazos teniendo cuidado con su bracito. Descansó su cabeza en mi hombro y besé su mejilla con las lágrimas cayendo sobre su naricita. Tenía fiebre y eso me preocupaba. Especialmente porque no sabía lo que había bajo la venda.

—Mamá, me haces cosquillas, —dijo riéndose a medida que mis lágrimas se derramaban sobre su piel.

—Lo siento, cariño. ¿Te duele mucho el brazo?

Su sonrisa desapareció y asintió.

Besé su frente y aspiré el aroma de su champú que tanto había echado de menos. Al menos le habían mantenido limpio y le habían alimentado.

—Te llevaremos al médico para que te ayuden a sentirte mejor.

—Vale, —respondió Billy girándose hacia Joanna—. Hola.

—Hola. Dios mío hombrecito... —dijo Joanna con los ojos llenos de ternura—. Tu mamá ya está aquí. Ella cuidará de ti.

—Sí, gracias a ti, —dije incapaz de agradecerse lo suficiente.

—Tan solo me alegro de que aún estuviera aquí.

—Yo también.

Aunque tan sólo pensar en lo que debía de haber pasado durante las últimas semanas me hacía sentir enfadada y frustrada. Miré a Joanna.

—Llévemonoslo.

—Quietas ahí, —dijo una voz masculina.

Me tensé, me giré, y vi a un hombre de mediana edad, calvo con gafas que me apuntaba con un revólver.

—¡Vaya! Pero si tenemos al genio de la medicina en persona, —dijo Joanna con sequedad—. Este es el hombre del que te he hablado Raina. Jacob Slether.

Apreté la mandíbula.

—¿Eres tú quien ha estado experimentando con mi hijo?

—Deja al niño o te dispararé en la cabeza. Delante de tu hijo.

La idea de que Billy viese algo así me hizo dudar.

—¿En serio vas a disparar a alguien que tiene un niño en brazos?

—Si no dejas al niño lo haré. Sin dudar. De hecho soy muy buen tirador. Betty, —dijo elevando el tono de voz—, será mejor que llames a Phillip.

Cogió el teléfono que tenía en la encimera de granito y comenzó a buscar el número.

—Será mejor que bajes la pistola antes de que alguien salga herido, —dijo Joanna acercándose a él un par de pasos—. Estoy segura de que Phillip se enfadaría mucho contigo si hicieras daño a Billy, aunque fuese por accidente.

—¡Atrás! —dijo apuntándola con la pistola—. O serás tú quien salga herida.

Alzó las manos y le miró con desprecio.

—De acuerdo. Pero ten cuidado con eso.

Volvió a apuntarme.

—Tenemos un avión que coger y no tengo tiempo para jueguecitos. Ahora deja al niño o disparo a Joanna.

—¿Qué? —resoplé.

—Mamá... quiero ir a casa, —lloriqueó Billy con los deditos en la boca y colocando su cabeza en mi hombro de nuevo.

—Lo sé, cariño. Lo sé... —dije decidida a no irme sin mi hijo sin apartar la vista de Slether—. Escucha, si nos dejas marcharnos, no diremos una palabra. Lo juro.

Él se rió fríamente.

—De acuerdo.

—Te lo digo en serio. No quiero líos con la justicia. Sólo quiero llevarme a mi hijo a casa. Por favor, deja que nos marchemos.

—Lo siento pero eso no va a pasar. Ahora escúchame, te daré diez segundos para dejar al crío o comenzaré a disparar. Uno... dos...

Antes de que llegase a tres, Joanna salió de la habitación gritando como distracción. Fue casi cómico.

—Joder, —refunfuñó Slether—. Betty, quédate con ellos.

Ella cogió la pistola de la encimera y me volvió a apuntar.

Slether se marchó.

Aún sin creer que pidiera dispararnos, decidí actuar. Me aferré a Billy y corrí hasta el sótano.

Ella resopló.

—¡Detente! ¡Jake! ¡Se escapa!

Llegué hasta las escaleras y corrí impaciente por sacar a mi hijo de la cabaña. Cuando bajé el último peldaño escuché que alguien me seguía. Pensando que era Betty, miré por encima de mi hombro y, por desgracia, descubrí que era Slether.

—No, —murmuré corriendo a la sala de proyecciones. Antes de llegar, Slether me disparó en la pierna. Gritando de dolor, me caí al suelo tratando de no aterrizar sobre mi hijo. Lo siguiente que recuerdo es que me arrancaron a Billy de los brazos.

—¡Mamá! —gritó Billy.

—¡Déjale en paz bastardo! —grité mirando horrorizada cómo desaparecía con mi hijo.

Haciendo acopio de fuerzas, me puse en pie y subí las escaleras ansiosa por recuperar a Billy.

—Ni de coña... —dijo Betty poniéndose en pie y apuntándome con la pistola—. No vas a recuperarle y no vamos a dejar testigos.

Alcé las manos.

—Por favor. Es mi hijo, —supliqué—. No podéis hacer esto.

—Ya lo hemos hecho, —dijo sonriendo.

Miré por encima de su hombro y vi a Joanna que se dirigía hacia Betty. Empujó a la anciana haciéndola rodar por las escaleras. Horrorizada, salí de su camino viéndola aterrizar a mis pies con el cuello roto.

—¡Deprisa! —me llamó Joanna alejándose de las escaleras—. ¡Antes de que escape!

Aturdida por el dolor, subí tratando de pensar sólo en recuperar a mi hijo. Cuando alcancé el final de las escaleras, escuché el sonido de una puerta de garaje automática. Aterrorizada, fui dando tumbos hasta la puerta de la cabaña. Cuando llegué al porche, vi un SUV rojo salir a toda prisa de la casa.

Slether se escapaba.

—¡No! —grité cayendo de rodillas.

—Y una mierda. No voy a dejar que se vaya así, —gritó Joanna. Comenzó a correr hacia mi coche como si aún pudiese detenerle.

Entonces el milagro ocurrió. Una vieja camioneta salió del bosque y chocó contra el frontal del coche de Slether deteniéndolo en seco.

Contuve el aliento sorprendida.

Un tipo alto saltó de la camioneta apuntando al SUV.

—¡No dispaes! —grité horrorizada. Me puse en pie y me acerqué cojeando—. ¡Mi hijo está ahí!

—¡Pon las manos en alto y sal de la camioneta o te volaré la puta cabeza! —ordenó el hombre apuntando con la pistola a la ventanilla del conductor.

En lugar de obedecer, Slether trató de arrancar el SUV, pero el motor no respondió.

Cabreado, el extraño disparó alcanzando el espejo retrovisor.

—No me toques los cojones gilipollas. ¡Sal ahora mismo!

—Suspiré aliviada al ver que la puerta se abría y Slether salía con los brazos en alto.

Otro tipo pasó por mi lado saliendo de Dios sabe dónde.

—Quédate ahí, Raina, —dijo por encima de mi hombro.

Al reconocer el parche de su chaleco, no supe si sentirme agradecida o cabreada.

—¿Quiénes son esos tipos? —preguntó Joanna corriendo hacia mí.

—Pertenece a un club de moteros. Los Gold Vipers, —murmuré preguntándome qué hacían allí.

—¿Están de nuestro lado? —preguntó mientras sacaban a Slether del SUV.

—Supongo que lo sabremos en seguida, —dije cojeando hacia ellos.

Capítulo 27

TANK

Conduje en moto como alma que lleva el diablo, y llegué a Waterloo sobre las seis de la tarde. Para cuando llegué a la cabaña, la policía estaba allí. Uno de ellos estaba en el porche interrogando a Tail, que me saludó al verme. Yo le devolví el saludo.

—Ey, —dijo Raptor acercándose a mí —, se ha liado gorda, ¿verdad?

—Eso parece. ¿Dónde está Raina? —pregunté mirando en derredor.

—Ya se ha ido. Se la llevaron al hospital.

—¿Está bien? —pregunté, pues sabía que la habían disparado y estaba preocupado por ella.

—Creo que ella estará bien. La bala sólo alcanzó el exterior de su pierna, —respondió—. Le dolerá durante un tiempo pero no es nada serio.

—¿Y qué pasa con su hijo? ¿Billy? —pregunté sorprendido al saber que estaba vivo.

—Joanna le llevó al hospital para que estuviera con su madre. Hay una orden de búsqueda y captura para el responsable del rapto. Phillip Davis.

—¿Su cuñado?

—Sí.

—¿Es ese el Dr. Frankenstein? —pregunté señalando a uno de los coches patrulla en cuyo interior había un hombre que nos observaba.

—Sí. También había una mujer mayor implicada. Al parecer, Slether la empujó por las escaleras. Él lo niega pero ambas mujeres dicen que lo hizo.

Me froté la nuca.

—¿Tú te lo crees?

—Honestamente, no lo sé.

—¿A qué hospital se la han llevado?

—Saint Rose.

Saqué mi teléfono para obtener la dirección.

—Voy hacia allá. ¿Necesitas que te lleve de vuelta a Jensen? —pregunté mirando la camioneta—. Podríamos llamar a un par de *prospects* para que vengan y os recojan.

—Adriana viene de camino.

—Vale.

Tail se acercó instantes después.

—¿Qué tal ha ido? —pregunté.

—Bien. Parece que tenían más preguntas sobre el club que otra cosa. No te preocupes, Tank. Han perdido el tiempo.

—No estaba preocupado, —respondí. Aunque Tail a veces se apresuraba en sus decisiones, ya había demostrado que era un miembro leal. Les gustaba a todos, especialmente a las putitas del club, que ya andaban disputándose.

—Por cierto, Adriana viene a buscarnos, —le dijo Raptor.

—Suenan bien. Mi camioneta ha quedado bastante destrozada, —respondió Tail.

Todos nos giramos para mirarla. La esquina frontal estaba destrozada y chorreaba algún tipo de líquido.

—Lo siento hermano, —dije—. Nosotros te ayudaremos.

—Está bien, —respondió—. De todos modos ya me había planteado sustituirla. La necesito para trabajar.

Tail y otro miembro del club, J.T. habían fundado una empresa de revestimientos para techos recientemente.

—Bien. Al menos déjame ayudarte con el primer pago de una nueva. Es lo menos que puedo hacer.

Sonrió.

—Bueno, ¿cómo podría negarme?

Puse la mano en su hombro.

—Has reaccionado deprisa. Estoy orgulloso de ti.

Complacido, levantó su pulgar en señal de aprobación hacia el SUV.

—Vi que se alejaba con el niño y supe que algo no andaba bien. Podría haberle seguido, pero algo me decía que no habría tenido un final feliz.

—Hiciste lo correcto, —respondí cuando me sonó el teléfono. Cuando vi quien me llamaba maldije.

—¿Estás de camino? —preguntó Frannie al descolgar.

—Me ha surgido algo, —le dije—. He tenido que salir de la ciudad.

Suspiró.

—Jessica ha trabajado mucho en su pastel de carne. Quería ver tu reacción.

—Estoy seguro de que está exquisito. Dile que lo siento y que se lo compensaré.

—¿Y qué tal si se lo dices tú?

Antes de poder responder, Jessica estaba al teléfono.

—¿Cuál es tu excusa esta vez? —me provocó.

Afortunadamente, mi hermanastra era demasiado dulce como para cabrearse.

—¿Esta vez? ¿A qué te refieres? —pregunté con voz alegre.

—Parece que nos estuvieras evitando, Tank, —dijo—. Especialmente a mi cocina.

—Créeme, preferiría estar sentado con vosotras degustando ese pastel de carne que hacer lo que estoy haciendo ahora.

—¿Y qué estás haciendo?

—Digamos que el club tenía que rescatar a un niño y reunirlo con su madre.

Ella inspiró.

—¿En serio? ¿Habéis hecho eso?

—Bueno, en realidad han sido Tail y Raptor. De todas formas, para resumir la historia, he tenido que salir de la ciudad y reunirme con ellos. No volveré hasta esta noche por lo menos. ¿Puedes darme un vale para la próxima cena?

—Claro. ¿Qué te parece el domingo? Tengo mucho que hacer estos días, de lo contrario lo haríamos antes.

—Genial. ¿Sabes algo del Juez? —dije preguntándome qué había entre ellos exactamente.

—Hemos hablado por teléfono alguna vez, —respondió ella—. Tiene que ocuparse de unos asuntos pero después volverá a Jensen.

—Se os veía muy unidos la otra noche.

—Sí. Lo sé, —respondió Jessica con la voz alegre.

—¿Qué hay entre vosotros?

—Honestamente, no estoy muy segura, —respondió—. Pero cuando lo sepa serás el primero en saberlo.

—Será mejor que no juegue con mi hermanita, —dije metiéndome con ella—. O tendré que buscarle y patearle el trasero yo mismo.

—No te preocupes. Estoy segura de que Jordan no busca sólo sexo. O eso espero.

Escuché a Frannie toser de fondo.

—Mamá, vete. Deja de escuchar nuestra conversación, —dijo Jessica riéndose—. No puede dañarte aquello que ignoras.

Escuché rumores de fondo pero no estaba segura de lo que Frannie decía.

—Tengo que dejarte, —dije mirando a Raptor que me miraba con curiosidad—. Estaré allí para cenar el domingo. Te lo prometo.

—Vale. Espero que te guste el pescado porque voy a hacer salmón.

—Me encanta el salmón.

—Bien. Luego hablamos.

—Por supuesto.

—¿Qué pasa con el Juez? —preguntó Raptor cuando colgué.

—¡Ah! Sí, me sorprende que no lo sepas. Tu hermano ha estado pasando tiempo con Jessica.

Pareció sorprendido.

—¿En serio? Oí que tuvieron algo en Alaska pero no estaba seguro.

—Han estado hablando por teléfono así que puede que se convierta en algo serio. Por lo que me has dicho, no es que sea muy conversador.

—No, no lo es, —dijo Raptor riéndose.

—No sé lo que le habrá dicho pero ella parece estar en las nubes cuando habla de él. En fin, me marcho ya. Si necesitáis algo llamadme.

—Lo haré, —dijo Raptor.

—Nos vemos en Jensen, —dijo Tail.

Volví a mi moto, me monté y me dirigí al hospital.

Capítulo 28

Raina

—Mamá quiero irme a casa, —lloriqueó Billy. Estaba sentado en el regazo de Joanna mientras esperábamos a que volviese el doctor. Afortunadamente mi herida no era tan grave como había pensado y sólo necesitaba unos puntos. La bala apenas había rozado mi pierna.

—Lo sé. Casi hemos acabado, —dije apretando su rodilla—. Después nos iremos a casa.

—¿Has traído a mi Bunny?

Bunny, un conejito de grandes orejas, era su peluche favorito y siempre lo llevaba a todas partes. Había dormido con él desde la noche en que habían declarado muerto a Billy.

—No, cariño. Lo siento. Pero está esperándote en casa.

—Pero yo lo quiero ahora, —exigió.

—Pronto lo tendrás, —respondí—. Estamos esperando al médico para que te dé algo para tu oído. Ya le había dado analgésico para niños. Aparentemente, sí que le habían disparado, pero a juzgar por lo que había dicho el médico, se estaba curando bastante bien. No obstante, le habían descubierto una infección de oído y necesitaban hacerle una receta para las medicinas.

—Papá ya me ha dado algo, —dijo—. Anoche.

—Cariño, el tío Phillip no es tu papá, —dije ardiendo en deseos de matar a aquel hijo de puta con mis propias manos.

—Pero él me dijo que lo era, —dijo Billy.

—Tú sólo tienes un papá. Su nombre es Mark, —dije tratando de no mostrarle lo enfadada que estaba.

Y está en el cielo, —dijo Billy repitiendo algo que me había oído decirle muchas veces.

—Sí, mi amor, —respondí acariciando su mejilla—. Allí está tu papá. Algún día volverás a verle.

Sonrió.

—Vale.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante, —dije pensando que era el doctor ya de vuelta.

Una cabeza asomó por el borde de ésta y casi me atraganto con mi propia saliva.

—Hola, —dijo Justin—. ¿Puedo?

—Sí, claro, —respondí tratando inútilmente de desenredarme el pelo con los dedos.

Justin entró en la habitación con un ramo de rosas y un peluche de pastor alemán. Sonrió cuando vio a Billy sentado en el regazo de Joanna.

—Hola amiguito. ¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien. ¿De quién es ese peluche? —preguntó Billy señalando al muñeco.

—No sé. Me ha seguido por el pasillo y me ha dicho que necesitaba encontrar a un tal Billy. Así que me imaginé que sería tuyo.

Billy sacudió la cabeza con los ojos abiertos de par en par.

—No.

Justin se acercó a mi cama y se puso el peluche cerca de la oreja.

—¿Cómo dices? —preguntó al muñeco—. Quizás deberías decirlo en voz alta.

Billy se rió y Justin le apuntó con el peluche hablando con voz estridente.

—Guau... guau... guau. Quiero irme a casa contigo, Billy.

—¡Ah! ¿Sí? —preguntó Billy sorprendido.

—Sí, guau.

Mi hijo me miró.

—¿Puede mami? Por favor.

Riendo, asentí.

—Sí, ¿Cómo iba a decir que no a esas caritas tan monas? —respondí refiriéndome también a la de Justin. Parecía tan dulce tratando de hacer sonreír a Billy...

—Aquí tienes, —dijo Justin cediéndole el peluche.

—¿Cómo se llama? —preguntó Billy aparentándolo contra su pecho.

—No me lo ha dicho. Creo que deberás ponerle un nombre, —respondió.

—Tuffy. Le voy a llamar así porque es fuerte. Como tú, —dijo Billy señalando los bíceps de Justin.

—Bueno, parece un buen nombre, —dijo Justin acariciando sus ricitos—. Buena elección hombrecito.

—Gracias.

—¿Y para quién son las flores? —preguntó Joanna observando divertida la conversación entre el rudo motero y mi hijo pequeño.

Justin miró las flores.

—¡Oh! Sí. Lo siento. Estas son para ti, —dijo entregándomelas.

—Gracias, —dije mirándole. El analgésico que me habían dado debía estar haciendo efecto porque me sentía feliz de verle.

—De nada.

Cogí las rosas, me las acerqué a la nariz e inspiré. Hacía mucho tiempo que no regalaban flores.

—Son preciosas.

Sonrió.

Joanna se aclaró la garganta.

—Esta es mi cuñada, Joanna. Joanna, este es Justin.

—Encantada, —dijo tendiéndole la mano.

Ella la estrechó de inmediato.

—Encantada, —respondió Joanna con una divertida sonrisa en el rostro—. Te suelen llamar Tank, ¿verdad?

—Sí.

—Eres el nuevo líder de la banda, —dijo señalando a su chaleco.

—Soy el nuevo presidente, —corrigió.

—¡Ah! Claro, —dijo Joanna—. Probablemente no me recuerdes pero yo defendí a uno de vuestros miembros hace unos años. Le habían acusado de provocar un incendio. Se llamaba Stephen Fey.

—Exacto. Recuerdo vagamente el caso. Fue una falsa acusación, obviamente.

—Claro, —respondió ella sonriendo de nuevo—. Le libré de la cárcel.

Justin le guiñó un ojo.

—Sí, ya nos dijo lo que hiciste.

Joanna se sonrojó.

—¡Ah! ¿Sí?

Él sonrió.

—Sí, nos dijo que fue un final feliz, en todos los sentidos.

Reprimí una sonrisa.

Riéndose nerviosa, Joanna se levantó—. Bueno, si le vuelves a ver, dile que le envió un saludo.

—Así lo haré, —respondió.

Joanna tocó a Billy en el hombro.

—¿Qué te parece si vamos a buscar algo para comer? Seguro que tienes hambre.

Él la miró.

—¿Me puedo comer un helado?

—No sé. ¿Qué piensas, mamá? —respondió.

—Creo que es una gran idea, —dije—. Pero sólo si te comes antes una sopa. El doctor me ha dicho que aquí la hacen muy rica.

—No me gusta la sopa, —dijo Billy algo enfadado. Sabía que estaba cansado y me preguntaba por qué tardaba tanto el médico.

—¿Qué dices? —dijo Justin tensando el bíceps—. Si quieres ser grande y fuerte como yo tienes que comer mucha sopa.

Abrió los ojos de par en par.

—¿La sopa te hace tener músculos así de grandes?

—Sí, la sopa tiene muchos minerales y vitaminas. Especialmente la sopa de pollo, —dijo Justin—. Esa es mi favorita.

Billy miró a Joanna.

—Quiero sopa de pollo y fideos.

Sonreí.

—Yo creo que esa la tienen en la cafetería.

Ella tomó su mano.

—Buena elección.

—Adiós, mamá, —dijo mirándome.

Le dije adiós con la mano.

—Adiós, cariño.

Una expresión de preocupación afloró en su rostro.

—No pasa nada. No me voy a ir a ningún sitio y Joanna estará contigo, —le aseguré.

Asintiendo, le permitió sacarle fuera de la habitación.

Justin se sentó junto a mí en la silla.

—Tienes un niño maravilloso. ¿Cuántos años tiene?

—Pronto cumplirá tres, —dije preguntándome por qué estaba allí.

—No puedo creerme lo que te hicieron esos gilipollas. Raptor me lo contó después de que Joanna se lo contase.

—Lo sé. Pero me alegra de que no se hayan salido con la suya. Si no hubiera sido por vosotros no sé qué hubiera pasado.

—Me alegra haber podido ayudar. ¿Tienes idea de dónde está Phillip?

—Lo único que sé es que Betty le llamó para advertirle y después, por supuesto, la policía ha tratado de dar con él.

—Probablemente haya huido, —dijo Justin.

Asentí.

—Ha causado mucho dolor. Aunque bueno, yo también, —dije encontrándome con su mirada. Me humedecí los labios—. No puedo culpar a nadie de lo que hice, Justin, lo siento mucho, —confesé con los ojos llenos de lágrimas de nuevo—. Me repugna tanto lo que hice...

Me cogió la mano por sorpresa.

—Sé que es así, Raina. No es necesario que digas nada.

—Sí, es necesario, —dije secándome los ojos con la otra mano—. Quiero que sepas que cuando cojan a Phillip y le juzguen, voy a entregarme por el asesinato de tu padre.

Justin frunció el ceño.

—No. No tienes por qué hacerlo.

—Violé la ley e hice algo terrible. Tengo que asumir las consecuencias de mis actos.

—No. No te dejaré.

Retiré mi mano de la suya.

—No tienes elección. Esto no depende de ti.

Él apuntó a la puerta.

—Tienes un hijo que ya ha sufrido bastante las dos últimas semanas, no puedes hacerle pasar por algo así. Necesita a su madre. Joder, Raina, ¿qué va a hacer si te meten en la cárcel? ¿Vivir con Cole?

—Entiendo lo que dices, —dije tratando de mantener la compostura. La sola idea de abandonar a Billy me mataba—. Pero tengo que hacer lo correcto.

Él se inclinó.

—Lo correcto es olvidar todo esto. Por tu hijo.

—¿Es que no ves que lo hago por él? Algún día sabrá lo que hice y quiero que sepa que fui valiente e hice lo correcto. Tengo que hacerlo.

Cerró los ojos y masculló algo.

—Mujer, eres tan testaruda que no atiendes a razones.

—¿Razones? ¿Qué razones? Soy yo quien tiene razón, así que no malgastes saliva, —respondí cogiendo un pañuelo de la mesita de noche junto a la cama—. Además, es lo más sensato y, por una vez, voy a hacer lo correcto.

—¿Sensato? Vamos cariño. Probablemente eres la persona más sensata que conozco,

Me reí con ironía.

—Supongo que entonces no me conoces.

—Y una mierda. Te conozco por lo que veo. Te conozco porque veo a tu hijo y veo lo mucho que te quiere y sé que eres una madre cariñosa y sensata.

Me reí con amargura.

—Ahora mismo tengo la sensación de ser un chiste. Tratar de ser una buena madre con mi hijo después de matar al padre de otra persona.

—No estabas en tus cabales. Y ya sabes que el abogado defensor que contrataría te haría quedar libre de todos modos. Dirían que fue un crimen pasional. Enajenación mental transitoria.

Alcé las cejas sorprendida.

—¿Acabas de ofrecerte a pagar mi abogado? —pregunté sin dar crédito.

—Sí, Y... no sé tú pero yo prefiero no gastar miles de dólares para llegar al mismo resultado.

—¿Y cómo puedes saber cuál sería el resultado?

—Porque no voy a testificar contra ti. Si hago o digo algo será todo a tu favor.

Sorprendida, me quedé sin palabras. Nunca hubiera dicho que se pondría de mi lado.

Justin continuó.

—Así que, tanto si te gusta como si no, saldrás en libertad, como debe ser. Nadie querrá enviar a una mujer que ha pasado por tanto a la cárcel.

—Pero...

—No he acabado, —dijo con firmeza—. Si decides hacerlo, a sabiendas de que es un error, los abogados acabarán haciendo que la causa se sobresea y cogerán sus abultados cheques, que es lo único que les importa. Ahora que lo sabes, te aconsejo que nos ahorres el tiempo, el dinero y los quebraderos de cabeza. Por no mencionar que tu hijo jamás deberá enterarse de lo que ocurrió.

—¿Y cómo piensas evitarlo?

—¿Quién va a decírselo? Yo no. La policía no lo sabe.

—Cole lo sabe, —respondí.

—Yo puedo hacer que mantenga la boca cerrada, —dijo apretando los labios en una mueca—. Le arrancaré la lengua si trata de delatarte.

Resoplé.

—Nunca lo haría.

—Quizás no a la policía pero algún día hablará de ello abiertamente. Quizás a alguno de los miembros de su club. O a alguien en un bar.

—No conoces a Cole. Él solo quiere protegerme.

—Si está del lado de esos hijos de puta, entonces le conozco yo mejor que tú.

Suspiré.

—Para ser sincera, esperaba poder ser capaz de convencerle para que dejase el club.

—Será mejor que lo hagas porque de lo contrario acabará muerto un día de estos y, —dijo alzando el dedo en el aire, —no creas que yo supongo una amenaza. Los Devil's Rangers tienen muchos enemigos. Unirse a su club es como jugar a la ruleta rusa. Algún día la pistola se disparará y acabará por alcanzar a alguien.

Fruncí el ceño.

—Hablando de tu hermano, ¿has hablado con él últimamente?

—No, supongo que debería llamarle, —dije mirando en dirección a mi bolso—. Y también al tío Sal.

—Me he tomado la libertad de contactar con Sal. Estaba muy preocupado por ti.

Le miré sorprendida.

—Gracias ¿Le has contado lo de Billy?

—No, pensé que querrías hacerlo tú.

—La verdad es que sí. No va a creérselo. Ni yo misma puedo.

—Estoy seguro de que la vida te parece una locura ahora mismo. Al menos todo ha acabado bien.

Resoplé.

—Ni de coña.

—Por cierto, ¿cómo vas a volver a Davenport?

—Joanna me llevará. Nos iremos pronto.

—Yo os escoltaré. Me aseguraré de que no os pase nada.

—No tienes por qué hacerlo.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —me preguntaba si la razón era que buscaba a Cole.

Capítulo 29

TANK

Ni siquiera yo sabía la respuesta a eso. Sólo sabía que deseaba proteger a aquella joven y a su hijo. Por supuesto, era una belleza y aquellos ojos de color azul glaciar y sus labios no pasaban desapercibidos. Por no mencionar que aún llevaba el camisón del hospital y podía ver que no llevaba sujetador. Y probablemente tampoco llevase braguitas. Me sentía como un puto enfermo.

—Alguien tiene que hacerlo.

Pareció decepcionada como si esperase otra respuesta.

—¡Ah!

—Y tenía la esperanza de quitarte las braguitas antes de que volvieran Billy y Joanna. O debería decir... el camisón del hospital.

Raina abrió la boca sorprendida.

Me reí ante su reacción.

—Sólo estaba gastándote una broma, princesa. Ya sabes... trataba de rebajar la tensión. Ha sido un día duro, ¿verdad?

Raina me ofreció una sonrisa llena de sensualidad.

—Joder ya lo creo, aunque... podría ser una noche igual de movida si juegas bien tus cartas.

Alcé las cejas sorprendido.

—Eh... ¿Qué? —pregunté sin saber muy bien si había escuchado bien.

—Cierra la puerta.

Me levanté.

—¿En serio?

Comenzó a reírse.

—¡Qué cabrona!

—Lo siento. Tenía que devolvértela. Deberías haberte visto la cara.

Me pregunté si también había percibido la reacción bajo mi cinturón.

—Soy de gatillo fácil, ¿qué puedo decir? —respondí tratando de colocarme la ropa disimuladamente—. He de admitir que pensé que se trataba de una invitación y estaba listo para aceptarla.

—Y yo pensaba que eras tú quien me estaba invitando...

Sonreí.

—Nunca he dejado de hacerlo. Solo que ahora mismo tengo que comportarme como un caballero antes de que descubras la clase de tío que soy y me echas a patadas.

—¿Y qué clase de tío eres?

—¿Tú qué crees?

—Personalmente, creo que eres un blandito que haría casi cualquier cosa por una mujer.

—Lo has entendido al revés. Verás, cuando se me pone dura, una mujer haría casi cualquier cosa por mí.

Se rió y sacudió la cabeza.

—¿Crees que estoy de guasa? No me llaman Tank por casualidad.

—Pensé que tenía algo que ver con tu apetito.

Sonriendo con malicia bajé la mirada hasta su regazo.

— Sí... Lo cierto es que tengo un apetito voraz.

Raina se sonrojó.

—Lo siento. ¿Me he pasado?

—No. Trabajo en un bar. He visto y escuchado de todo.

—Yo también trabajo en un bar. Afortunadamente, en la trastienda.

—¿A qué te refieres?

—Soy el dueño de Griffin's. Paso la mayor parte del tiempo en la oficina, cuadrando los libros de contabilidad y cosas así.

—Ah, un club de striptease debe dar mucho trabajo.

Me encogí de hombros.

—No está tan mal. Ayudé a mi padre durante muchos años y aprendí un par de cosas. El club también me ha ayudado mucho.

—Suena bien. Pareces la clase de tío a la que la gente querría ayudar.

—Probablemente porque doy miedo.

Entendió la broma y sonrió.

—No me cabe duda de que así es cuando es necesario. Pero también pareces un gran tipo. Y... parece que también se te dan bastante bien los críos.

—Eso es fácil cuando no convives con ellos.

—Entonces, ¿no quieres tener hijos?

—¿A qué te refieres? Ya tengo diecisiete.

Raina me miró sorprendida.

—¿Qué?

—Los chicos del club. Son una panda de niños. No me veo a mí mismo cuidando de ningún otro crío.

Sonrió.

Alguien llamó a la puerta y el doctor, un hombre mayor con el pelo canoso y gafas, entró en la habitación. Nos miró ambos.

—Apuesto a que estás lista para salir de aquí. ¿Va a llevarte él?

—No, —dijo riéndose—. Es un amigo.

Me puse en pie y le tendí la mano.

—Me llamo Tank. ¿Qué tal está ella, doctor?

Se colocó la carpeta bajo el brazo y me estrechó la mano.

—Está bien. Raina es una mujer con suerte.

—Me alegro, —dije mirándola—. Te dejaré hablar con el médico e iré a buscar a Billy y Joanna.

—Gracias, —dijo.

—Encantado doctor.

—Lo mismo digo, —respondió.

Cuando salí de la habitación, oí que le preguntaba por su seguro y me quedé escuchando fuera.

—Ahora mismo no tengo uno, —dijo en voz baja—. ¿Puedo acogerme a algún tipo de plan de pago?

—Estoy seguro de que el hospital podrá arreglarlo.

—Gracias a Dios, —respondió—. Ahora mismo no dispongo de mucho dinero.

—No te preocupes por las facturas médicas ahora mismo, —dijo con voz amable—. Preocúpate de ponerte bien para cuidar de tu hijo.

—Lo intentaré.

Deseaba facilitarle las cosas para que pudiera centrarse en cosas más importantes, así que me dirigí al mostrador y me encargué de sus facturas médicas.

Capítulo 30

Raina

Eran casi las diez cuando nos marchamos del hospital. Billy se había quedado dormido y Justin le llevó en brazos hasta mi coche, mientras Joanna empujaba mi silla de ruedas.

—¡Mierda! No tenemos la sillita de Billy, —dije recordando que la había quitado del coche la semana antes.

—Entonces vayamos a por una, —dijo Tank—. Hay una tienda más arriba de la calle.

—Buena idea. Usaremos un cinturón de seguridad hasta que lleguemos, —dijo Joanna en voz baja—. Seguro que estará bien, pero si nos paran, yo nunca he dicho algo así.

—Vale, —dije saliendo de la silla de ruedas. Abrí la puerta de atrás del coche y observé a Justin dejar a Billy dentro muy despacio y a brochar su cinturón.

Billy, que estaba medio dormido, abrió los ojos.

—¿Dónde está Tuffy?

—Aquí está, —respondí tendiéndoselo.

Justin cogió el peluche y se lo dio a Billy que lo envolvió con los brazos y sonrió.

—Gracias, —susurré sin dejar de mirarle.

Me sonrió en la oscuridad.

—El placer es mío. Es un niño magnífico.

—Adiós, Tank, —dijo Billy bostezando—. Te quiero.

La cara de Justin no tenía precio. Sabía que no conocía a Billy lo suficiente como para tener sentimientos por él, pero eso no detuvo a mi rudo motero a la hora de corresponder el sentimiento.

—¿Sabes pequeño? A ti también se te coge cariño fácilmente, —respondió.

Joanna me miró por encima del coche sonriendo. Yo también sonreí.

—No es necesario que vengas con nosotras, —le dije cuando cerró la puerta de atrás.

—No digas tonterías, —respondió—. He dicho que le compraríamos una sillita a este niño y eso es lo que vamos a hacer.

—Puedo hacerlo yo, —dije sintiéndome extraña por todo lo que estaba haciendo por nosotros.

Joanna se aclaró la garganta y abrió el asiento del copiloto.

—Sí... bueno, yo os esperaré en el coche, —dijo—. Mientras habláis de ello.

—No hay nada de lo que hablar, —dijo Justin dirigiéndose a su moto, que se encontraba al otro lado del aparcamiento—. La tienda está al final de la calle. Puedes verla desde aquí. Os veo allí.

—Si eso es lo que quieres, —dije—. Ir a comprar sillitas para el coche.

Se giró y comenzó a andar hacia atrás.

—Hablemos claro. En realidad ya sabes qué es lo que yo quiero, —dijo con la voz alegre—. Y para que lo sepas... siempre consigo todo lo que me propongo.

Al escuchar sus palabras sentí un cosquilleo en una parte de mi cuerpo que había estado dormida durante doce meses.

—No sé a qué te refieres, —respondí.

—No te preocupes. Lo sabrás muy pronto.

Abrí la boca para replicar pero me quedé muda. La verdad era que no sabía exactamente qué contestar.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Algo así.

Me sonrió con malicia y se dirigió a su moto.

Cuando me metí en el coche Joanna me miró de forma extraña.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué hay entre vosotros? —preguntó poniendo el coche en marcha.

—No lo sé, —dije abrochándome el cinturón—. Nos conocimos ayer.

Ella salió del aparcamiento y ambas observamos a Justin hundir la pierna en el lateral de la moto para poner en marcha el motor.

—Mmmm... Está muy bien, eso lo reconozco. Pero también es peligroso.

—Lo sé, —respondí—. No me voy a liar con él si es lo que te estás preguntando.

—Mejor, porque ya tienes demasiado de lo que preocuparte en este momento. Joder y yo también, —murmuró.

—Y hablando de preocupaciones, ¿sabes si ya han cogido a Phillip? —pregunté mirando el asiento de atrás donde Billy ya se había dormido abrazado a su peluche.

—No, no sé nada. Pero Estoy segura de que le encontrarán muy pronto.

—De lo contrario, y por si aparece por vuestra casa, deberías quedarte en la mía, —dije.

—Por mucho que aprecie tu oferta, mi madre ya ha insistido en que me quede con ella. Eres bienvenida si quieres quedarte tú también. Al menos hasta que las cosas se calmen.

—Gracias pero solo quiero llevar a Billy a casa, donde debe estar. Creo que lo necesita, especialmente después de todo lo que ha pasado.

Ella asintió.

—Probablemente tengas razón. Necesita volver a su rutina y a la comodidad de su cama.

Saqué el teléfono de mi bolso.

—Me sorprende que Cole no me haya llamado todavía, —dije algo preocupada.

—¿Le dejaste un mensaje para decirle que habías encontrado a Billy?

—Sí, y por eso me preocupa que no me haya respondido. Ni siquiera por mensaje.

Joanna se mordió el labio.

—Esperemos que esté bien. Aun no entiendo por qué tiene tantas esperanzas puestas en ese club. El club de Tank ya es suficientemente nocivo. He escuchado historias por toda la ciudad. Pero... ¿Los Devil's Rangers? Esos tíos no son más que delincuentes. ¿Cómo los conoció?

—Un amigo del instituto se los presentó, —dije—. Empezó a salir con ellos y le hicieron *prospect*. Espero que esté bien.

—Bueno, es un adulto y, odio decirlo, pero tú y Billy estaríais mejor sin él.

—Es mi hermano, —dije.

—También es el hermano de un puñado de delincuentes y os pone a Billy a ti en peligro.

Suspiré.

—Lo sé. Ojalá pudiera hacer que se centrara.

—Sí, ojalá. Descubrirá por las malas la clase de personas con las que se junta o... no quiero ni imaginármelo.

Yo tampoco quería imaginármelo, pero sabía que ella tenía razón.

Seguimos a Justin hasta unos grandes almacenes y aparcamos a su lado. Bajó de su moto y se acercó.

Abrí la puerta e iba a entrar cuando él me detuvo.

—No deberías caminar con la pierna así. ¿Por qué no te quedas aquí y yo le compro la silla al niño en un momento?

—No. No tienes por qué hacerlo, —insistí.

—Lo sé, pero voy a hacerlo de todas formas.

—Yo iré, —dijo Joanna abriendo la puerta.

—No, he dicho que yo me encargaría de esto, —dijo Justin—. Tú quédate aquí y vigila a estos dos.

Joanna frunció el ceño.

—¿Seguro?

—Por supuesto. ¿Tienes alguna preferencia? —me preguntó.

—Algo que ofrezca seguridad pero sin que resulte demasiado caro, —respondí.

Él asintió.

—Vale. Volveré en un momento.

—¡Gracias! —dijo mientras se alejaba en dirección a la tienda.

Él alzó la mano en señal de saludo.

Joanna volvió al coche y le observamos apresurarse a entrar en el establecimiento.

—Juro por Dios que ese tío tiene el mejor culo que he visto en mi vida, —dijo en voz baja.

—Yo también me he dado cuenta. Tienes toda la razón... es pluscuamperfecto.

—Si alguna vez necesita un abogado, házmelo saber. Le dejaré pagarme la minuta en carnes, —dijo ajustando el retrovisor.

—¿No decías que era un tipo peligroso para tener una relación? —dije con una sonrisa maliciosa.

—¿Quién ha dicho nada sobre una relación? Me refería más bien a cabalgar sobre su polla durante unas cuantas horas, —susurró—. Y tal vez también sobre su cara...

Tratando de reprimir las carcajadas, me giré para asegurarme de que Billy no nos había escuchado. Afortunadamente, aún dormía.

—¿Cómo puedes pensar en eso después de todo lo que ha pasado? —pregunté a pesar de que mi mente también había dibujado los mismos pensamientos. Especialmente con Justin. Había algo en él que se me metía en las entrañas.

Suspiré.

—Para ser sincera, no he practicado sexo desde hace bastante y Phillip no me ha puesto las cosas fáciles últimamente. Ya te lo dije.

—Sí, ¿por qué no te divorciaste entonces? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No sé. Supongo que pensaba que las cosas mejorarían y decidí esperar.

—Me alegro de que lo hicieras, de lo contrario es posible que Billy no siguiera vivo.

—Muy cierto, —dijo bostezando.

—¿Podrás conducir? Debes estar exhausta.

—Debo admitir que estoy hecha polvo. Pero solo serán dos horas de nada. Estaré bien.

Por mucho que quisiera llegar a mi casa aquella noche, ella parecía estar destrozada y yo no podía arriesgarme a conducir tras tomar todos aquellos analgésicos.

—¿Y si nos quedamos en un motel? Sólo por esta noche—, dije—. ¿Tú qué crees?

Bostezó de nuevo.

—¿Sabes? Puede que no sea mala idea. Tampoco es que me apetezca enfrentarme a mi madre esta noche. Me va a bombardear a preguntas sobre Phillip, Billy y tú. Hablando de moteles, mira, —dijo señalando un letrero al final de la calle que rezaba «habitaciones libres»—. Hay uno justo ahí.

Me giré para verlo.

—Creo que deberíamos quedarnos.

—¿Seguro? Billy habló bastante claro. Quiere irse a casa.

—Lo sé, pero ya iremos mañana. Lo importante es que Billy está de vuelta conmigo. Además, tiene a Tuffy, —respondí sonriendo de nuevo.

Ella se reincorporó en su asiento con los ojos resplandecientes.

—Vale, ¿sabes qué? Si vamos a quedarnos esta noche creo que deberíamos pegarnos un capricho y encontrar un buen hotel con un buen restaurante y quizás incluso masajista, —dijo sacando su teléfono—. Después de todo lo sucedido, me apetece ir a un R&R. Aunque sólo sea por esta noche.

Abrí los ojos de par en par. ¿En serio?

—Sí, respondió buscando en Internet.

—Quiero dormir unas horas, —dije acomodándome en su asiento—. Y quizás también una hamburguesa. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí.

—Te conseguiremos una. ¡Allá vamos! —dijo sonriendo—. Hotel James Drake. Incluso tienen un Spa.

Su sonrisa desapareció.

—Aunque ahora mismo está cerrado. ¡Qué putada!

—¿Te refieres al hotel?

—No. Al spa. Joder, quiero un masaje.

—Quizás puedas pedirselo a él, —dije observando a Justin salir de la tienda con una gran caja.

—Cariño, si alguien consigue un masaje esta noche, me parece que serás tú.

Capítulo 31

TANK

Tras gastarme doscientos dólares en una sillita para el coche, recordé lo caros que eran los niños. Aunque Billy se lo merecía y por eso había comprado uno de los modelos más sólidos.

Cuando salía de la tienda y al volver con Raina y su cuñada, pude ver una sonrisa extraña en sus rostros.

—¿Qué os divierte tanto? —pregunté.

—Nada, —dijeron al unísono apartando la mirada.

Rodeé el coche hasta el lado de Raina y dejé la caja en el asfalto.

—¿Valdrá ésta?

Ella abrió la puerta y se levantó despacio.

—Sí, pero no era necesario que cogieras este modelo. Sé que es caro, —dijo frunciendo el ceño.

—No se puede poner precio a la vida de este jovencito, —dije—. Se lo merece todo.

—Lo sé, pero tenemos otra en mi garaje, —dijo—. Ésta era solo para una emergencia.

Abrí la caja.

—Entonces regresará de lo más seguro.

—No puedo pagártela, —dijo.

—¿Acaso te lo he pedido? —pregunté sacando la sillita.

—No, pero...

—Entonces, no te preocupes por eso, —dije—. Joder, esta cosa es bastante sólida. Quizás debería acoplarla en mi moto y enseñarle a conducir.

Ella resopló.

—De acuerdo.

—El problema es que no creo que hagan cascos de su talla. Dejaré la sillita en mi camioneta y así podrá venirse con nosotros cuando salgamos por ahí.

—¿Cuándo salgamos? —repitió observándome retirar el plástico de la sillita.

Me reí con malicia.

—Aunque si prefieres un plan más tranquilo puedes prepararme una cena en tu casa.

—No creo que sea buena idea, —dijo bajando la voz.

—Ábreme la puerta, anda, princesa, —respondí ignorando su comentario.

—Así que ya estamos otra vez con lo de princesa, ¿eh? —dijo obedeciéndome.

Me incliné y coloqué la sillita en el asiento de atrás junto a Billy, y después acaricié su brazo.

—Hola pequeño, —dije en voz baja—. Te hemos comprado una cosita.

Las largas pestañas de Billy parpadearon cuando reparó en mí y sonrió ampliamente.

—¿Aún estás aquí?

—Claro que sí. Mira esto, —dije dando unas palmaditas en su sillita nueva—. Creo que tiene hasta amortiguadores y airbags.

Sin decir palabra, se desabrochó el cinturón y se colocó en la sillita.

—¿Te gusta? —pregunté ajustando los cierres para asegurarme de que no estuvieran muy justos ni muy sueltos.

Él asintió.

—Bien, —dije abrochándole el cinturón. Le devolví su peluche y di un paso atrás—. Así está mejor, ¿eh? —pregunté mirando a Raina.

Ella me devolvió la sonrisa.

—Sí, Por supuesto. Gracias.

—De nada, —respondí sacando las llaves de mis vaqueros—. ¿Estamos listos?

—La verdad es que habíamos pensado quedarnos en un hotel por esta noche. Aquí en la ciudad, —dijo Joanna a través de la ventanilla.

Las miré sorprendido.

—¿No volvéis a Davenport esta noche?

—No, —dijo Raina—. Ambas estamos exhaustas y hemos decidido que sería mejor pasar la noche aquí.

Me froté la barbilla.

—Vale. Me parece correcto.

—Gracias por todo, —respondió Raina—. Tú y los chicos del club os habéis portado genial.

—De nada, —respondí—. Me alegro de que todos estéis a salvo.

—Yo también, —dijo.

—Sigamos a salvo, —dijo Joanna poniendo en marcha el coche de nuevo.

—¿Dónde vamos? —pregunté disfrutando de la mirada de sorpresa en el rostro de ambas. Obviamente habían pensado que me marcharía. Aunque ya me había hecho a la idea de no separarme de Raina. Aún quería hablar con su hermano y algo me decía que necesitaba a alguien que cuidase de ella. Al menos hasta que la policía cogiese a Phillip. Y si no ocurría, movería algunos hilos para forzar su detención.

—¿No vuelves a tu casa esta noche? —preguntó Raina.

—No. Creo que me vendría bien descansar y comer algo, —respondí.

—Acabo de hacer una reserva en el Hotel James Drake, —dijo Joanna.

—Vale. Vamos, —dije—. Os seguiré si sabéis dónde está.

—Yo sé ir. Lo que no sé es si tendrán más habitaciones disponibles. A lo mejor deberías llamar.

—Me arriesgaré, —respondí dirigiéndome a mi moto.

Le dijo algo a Raina y ambas se rieron de nuevo.

Me giré.

—Vale, me rindo, ¿tengo algo en la parte de atrás de mis vaqueros? Cada vez que me giro empezáis a reiros.

—Se trata más bien de lo que tienes *dentro* de los pantalones, —dijo Joanna mordiéndose el labio inferior.

—¡Oh! Dios mío, —dijo Raina cubriéndose el rostro con la mano.

Sonreí.

—¡Ah! ¿Sí?

A juzgar por la expresión de Joanna, resultaba obvio que su intención inicial no era decirlo en voz alta.

—Vale... será mejor que me saque el pie de la boca y me limite a conducir, —dijo sonrojándose.

—Nos vemos allí, —dijo Raina metiéndose en el coche. De pronto hizo un gesto de dolor y murmuró algo.

Hundí la pierna en el arranque de la moto.

—¿Estás bien?

Me miró y se sonrió con amargura.

—Duele, pero sobreviviré.

—¿Estas segura de que no quieres que te lleve en moto? —pregunté arrancando el motor.

Sus ojos centellearon cuando miró mi Harley.

—Probablemente no sea una buena idea.

—¿En otra ocasión?

—Quizás.

—Me lo tomaré como un sí.

—No sé por qué pero no me sorprende, —respondió sonriendo.

—No debería. Como te he dicho, siempre me salgo con la mía.

—Seguro que fuiste hijo único, —dijo preparándose para cerrar la puerta.

—Buen intento, pero esa no es la razón.

Ella alzó una ceja.

Bajé la mirada hasta mi regazo.

—¿Es por la moto?

Esboqué una sonrisa malvada.

—Por la forma de montar, más bien.

Raina pareció confusa al cerrar la puerta. Mientras se ponía el cinturón, vi cómo una sonrisa asomaba a sus labios.

Capítulo 32

Raina

Cuando llegamos al hotel poco antes de las once, nos dijeron que no había más habitaciones disponibles.

—No pasa nada, Raina y Billy pueden dormir en mi habitación, —dijo Joanna—. Tú puedes quedarte con la otra habitación Tank.

—¿Seguro? —pregunté.

—Claro. Mi habitación tiene dos camas grandes. Hay espacio de sobra.

Miró a Justin por encima de mi hombro y se sonrió.

—Tú quédate con la habitación de una sola cama grande.

—Gracias, —dijo sacando su tarjeta de crédito para tendérsela a la recepcionista—. Cárguelas ambas a esta tarjeta.

—No es necesario, —dijo Joanna frunciendo el ceño—. He usado mi VISA para reservar las habitaciones.

Se encogió de hombros.

—Está bien. Pueden cambiar la información de pago.

—¿Procedo al cambio? —preguntó la recepcionista a Joanna.

—Exacto, proceda, —dijo Justin sosteniendo la tarjeta frente a la recepcionista.

Joanna suspiró.

—Vale. ¡Como quieras! Es tu decisión y empiezo a entender que discutir contigo es una pérdida de tiempo.

—Parece que lo vas entendiendo, —dijo Justin mientras la chica pasaba su tarjeta por el datáfono.

Billy me apretó la mano.

—Quiero quedarme con Tank. Porfi mami...

—No, cariño. Tienes que quedarte con Joanna y conmigo.

Billy se disponía a protestar cuando Justin apoyó una rodilla en el suelo.

—Por más que me guste la idea de que te quedes conmigo, tienes que quedarte con mami y asegurarte de que se cuida la pierna.

Él inclinó la cabeza.

—¿Tengo que hacerlo?

Justin asintió.

—Sí. No debería andar demasiado y tú tienes que ocuparte de que así sea. Quizás incluso puedas traerle un vaso de agua si lo necesita... o apagar la televisión cuando te lo pida.

—¿Y por qué no puede ocuparse la tía Joanna?

—Porque está agotada. Se va a quedar dormida y alguien tiene que permanecer al cargo. Y esa persona eres tú.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Yo?

—Bueno, eres el hombre de la casa, ¿verdad?

Billy asintió con la cabeza enérgicamente.

Justin le apretó el hombro.

—Eso pensaba. Así que asegúrate de que mami se relaja y si tienes que regañarla, hazlo.

—Vale, —dijo sintiéndose orgulloso de la tarea encomendada.

Justin se rió y se puso en pie.

—Parece que esta noche no tendré que preocuparme por ti.

—Supongo que no, —respondí preguntándome por qué se preocupaba tanto por mí.

—Vale, no me digas que esto no es mejor que una habitación de motel barata, —preguntó Joanna saliendo del baño envuelta en un albornoz blanco. Acababa de ducharse y Billy se había quedado dormido después de comernos una pizza.

Observé la habitación. No era una suite pero era grande, espaciosa y estaba limpia. Los colchones eran lujosos, no obstante, y hacían que mereciese la pena pagar un poco más.

—Está muy bien, —coincidí.

—Me pregunto qué tal se las estará apañando ese motero en la habitación de al lado, —se preguntó extendiendo la loción corporal en sus manos para masajear su pierna con ella—. No ha hecho mucho ruido.

—Para serte sincera no creo que esté aquí. Antes de que pidiéramos nuestra pizza Justin había mencionado que iría a un bar para comer algo. Me había invitado a acompañarle pero había declinado la oferta, para no separarme de Billy.

Alzó las cejas sorprendida.

—¿Dónde crees que ha ido?

—Dijo que comería algo en el bar de abajo.

—Debería haberme ido con él. Me vendría bien un vaso de vino después de lo que hemos visto esta noche.

—Aún estás a tiempo, —dije.

—No, —dijo extendiéndose la crema en la otra pierna. Inclino la cabeza y sonrió.

—Ahora mismo es probable que esté sentado con alguna chica guapa tomando una copa. En una hora más o menos empezaremos a escuchar gemidos en la habitación de al lado y tú te arrepentirás de no haber ido con él.

—No estoy buscando una..., —me interrumpí, miré a Billy y bajé la voz —, nada más que una amistad con Justin.

—No es eso lo que dicen tus ojos cada vez que le miras.

—Le agradezco todo lo que ha hecho por mí, eso es todo. No hay nada más.

—No tienes por qué excusarte. Joder, si yo fuera tú, se lo agradecería del modo en que un hombre de verdad quiere que le den las gracias. Con una buena mamada o algo de sexo tradicional, —susurró sonriendo con malicia—. Estoy segura de que cualquiera de las dos opciones le parecería bien.

—Como si estuviera en la posición de escaparme y hacer esas cosas, —dije señalando a mi hijo y después a mi pierna.

—Yo vigilaré a Billy, —dijo poniendo el tapón de nuevo en la loción—. Y no se trata de correr un maratón. Sólo tienes que tumbarte en su cama y disfrutar, —susurró.

La imagen de mi cuerpo tendido bajo un hombre como Justin me hizo estremecerme. Me imaginé rodeando su robusto y tatuado cuerpo con mis piernas, expuesta a él. A juzgar por el bulto en su entrepierna, tenía mucho que ofrecer a una mujer, especialmente a una que no había practicado sexo en mucho tiempo. Además se jactaba de saber complacer a una mujer.

—No, eso no va a pasar.

—Como quieras. Yo que tú tendría su número a mano, no obstante. Te arrepentirás si no lo haces.

—¿No decías que no debía juntarme con un hombre como él? —le recordé de nuevo.

—¿Y quién ha dicho nada de juntarse? Te hablo de divertirme un poco. Después de las últimas semanas, no cabe duda de que te lo mereces.

Suspiré. Incluso si me apetecía echar un polvo, me veía incapaz de poder mirar a Justin a los ojos estando en su cama. Por mucho que no me culpase de la muerte de Slammer, yo seguía haciéndolo.

—Creo que me voy a duchar, —dije—. Quizás incluso con agua fría, a ver si consigo calmar los pensamientos que me han estado rondando.

—Cuidado con el vendaje, —dijo señalando mi pierna.

—Lo sé. Me han dado un par de apósitos y algo de pomada, —respondí—. No está tan mal como pensé que estaría.

—Estoy bien.

Asentí y volví a mirar a Billy.

—Le he dado la medicina para el oído. Está en la nevera. Recuérdame que no me la deje ahí mañana.

—Me pondré una nota, —dijo acercándose a la otra mesilla—. Por cierto, hay otro albornoz en el baño.

—Gracias, —dije cojeando hacia la ducha.

Tratar de no mojar el vendaje resultó más difícil de lo que había pensado. Acabé por quitármelo y soporté el dolor.

Cuando hube acabado, me sequé, me puse el albornoz, que me llegaba hasta las rodillas, y salí a buscar la pomada y los vendajes.

La luz estaba apagada y tanto Billy como Joanna estaban durmiendo cuando salí a la habitación. Tratando de no golpearme con una pared, cogí la bolsa de medicamentos que el doctor me había dado y me metí en el baño. Dentro de la bolsa encontré los vendajes pero no la pomada.

—Mierda, —murmuré recordando que le había pedido a Justin que me la sujetara justo antes de que cogiese a Billy para ir al coche. Suspirando, volví a mirarme la pierna con la herida aún fresca, y decidí que necesitaba la crema. Me aseguré de ajustarme el cinturón y abandoné la habitación en silencio dirigiéndome a la de Justin. Antes de poder llamar a la puerta, escuché ruido proveniente de su habitación. Pensé que sonaba extraño y acerqué el oído a su puerta.

—Sí... —suspiró una voz femenina—. ¡Justo ahí! ¡Ah!... ¡Ah!

Sorprendida, di un paso atrás.

—Hola, —dijo una voz desde el pasillo.

Me giré y vi a Justin que se acercaba a mí con un cubo de hielo.

Le miré sorprendida.

—Yo... esto... ¿quién está en tu habitación?

—Nadie. O al menos... eso espero, —dijo caminando más deprisa.

—He escuchado la voz de una mujer, —respondí.

Frunciendo el ceño sacó la llave de su habitación y la pasó por la puerta. La luz del cerrojo se volvió verde y empujó el pomo.

—¡Ah! —dijo de pronto deteniéndose en la puerta.

Me puse de puntillas y miré por encima de su hombro. No había nadie en la habitación pero en la televisión había porno.

Justin se acercó a la cama, cogió el mando y apagó la televisión.

—Lo siento. No sé qué hacía la tele puesta.

Una sonrisa cómplice se dibujó en mis labios.

—Así que no la has puesto tú, ¿verdad?

—Joder no, debe haberse puesto sola. Para ser sincero, yo habría escogido algo más duro, —dijo destrozándose con su sonrisa traviesa.

—Ni siquiera voy a preguntar, —dije sintiendo cómo me sonrojaba—. Pero bueno, la razón por la que estoy aquí es porque creo que aún tienes la pomada que me dio el médico. Ya sabes... para la pierna.

Me recorrió con la mirada.

—¡Ah! Sí. Lo siento. ¿Cómo te encuentras? —preguntó rebuscando en el bolsillo de sus pantalones.

—Me he duchado, obviamente, —dije señalando mi pelo mojado—. Y se me ha caído la venda. Ahora duele un poco.

—¿Puedo verlo? —preguntó fijando la mirada en el cinturón de mi albornoz. A juzgar por su mirada, no estaba hablando de la herida.

—¿La herida?

—Bueno... a menos que haya algo más que quieras enseñarme, —dijo sonriendo de nuevo.

—No creo que quieras ver la herida, —dije de pronto cambiando de tema—. Es repugnante.

—Pues yo creo que nada en ti podría calificarse con ese adjetivo. Ven aquí, —dijo cogiéndome la mano.

—Debería volver a mi cuarto, —dije permitiéndole que me llevase a la cama como un perrito.

—Puedes irte. Después. Siéntate.

Sin saber muy bien qué hacer, hice lo que me pidió y me senté en la cama.

—Ahora vuelvo, —dijo dejando a un lado el cubo de hielo. Fue hasta el baño y se lavó las manos.

Nerviosa, me volví a poner en pie.

—De veras que tengo que volver a mi habitación, —dije en voz alta—. Billy va a preguntarse dónde estoy cuando despierte.

Secándose las manos, Justin salió del baño y se dirigió hacia mí.

—¿Está dormido?

—Al menos por ahora.

—Probablemente le despertarás sin entras ahora, así que siéntate y relájate un poco. Sólo quiero echar un vistazo a tu herida. Y asegurarme de que el médico haya hecho un buen trabajo con los puntos.

—Por supuesto que sí, —dije.

—Seré yo quien juzgue eso. Siéntate.

Sin saber qué hacer, me senté en el borde de la cama.

Justin se arrodilló y destapó la pomada.

—Enséñame dónde está.

Tragando saliva, me incliné hacia un lado y me subí el albornoz. El corte de la bala estaba en el lado exterior de mi cadera.

—Joder, —dijo mirándome la pierna.

Me moví un poco y miré la herida.

—Lo sé. Es repugnante. Ya te lo había dicho.

Nuestras miradas se encontraron mientras se pasaba la lengua por los labios. Por esta vez seré un caballero para variar.

—Es un alivio, —dije de broma.

Me bajó el albornoz cubriendo una parte de mi cuerpo que había quedado al descubierto sin que me diera cuenta.

Me sonrojé.

—¿Acabas de... sonrojarte?

—Digamos que sé que no llevas braguitas —dijo sonriendo divertido.

Capítulo 33

TANK

Me costó Dios y ayuda no abrirle el albornoz a la fuerza y enterrar la cara entre aquellas pálidas piernas. Sobre todo teniendo en cuenta la forma en que me miraba.

—¡Vaya! —susurró—. Lo siento.

—No hay por qué, —respondí mirando sus ojos azules—. Era una... bonita imagen.

Bajó la mirada y se sonrojó.

—Acabemos con esto antes de que cometa alguna estupidez y me sueltes un bofetón.

—A lo mejor no lo haría.

Volví a mirarla sorprendido.

«¿Era eso una invitación?»

—¿No harías qué? —pregunté. Estaba tan empalmado que apenas podía respirar y la electricidad imperante parecía inundarlo todo. Incluyendo mi polla que pujaba por salir de mis vaqueros.

Ella sonrió.

—No me provoques de esa manera, —dije poniendo una mano sobre su pierna. Era suave y olía al gel que acababa de usar en la ducha. Algo parecido a la madreselva.

Raina gimió de pronto.

—Lo siento. Será mejor que me pongas la pomada.

Retiré la mano y me puse una nuez de pomada en el dedo índice. Después, la extendí con delicadeza sobre y en torno a su herida.

—¡Ah! —dijo conteniendo el aliento—. ¡Joder! Eso duele.

—Lo siento. ¿Te quedan vendas? —pregunté eliminando el sobrante de crema en mis vaqueros.

Ella metió la mano en el bolsillo del albornoz y sacó una. Al moverse, un trozo de tela volvió a moverse y pude ver de nuevo su pubis.

—Dámela, —dije quitándosela. Tenía que hacer algo con las manos antes de que éstas actuasen por su cuenta. Pelé el plástico y lo puse sobre la herida.

—Gracias, —dijo mirándome.

Volví a fijar la mirada en el cinturón de su albornoz.

—De nada.

—Debería irme, —dijo cubriéndose las piernas con el albornoz.

Me puse en pie y me giré para que no viese mi erección.

—O podrías quedarte y tomarte algo conmigo, —dije señalando al cubo de hielo—. Estaba a punto de tomarme una copa.

—Vale, —dijo de pronto.

Sorprendido, me giré para mirarla.

—¿En serio?

—Claro, ¿qué tienes?

—Tan solo lo que haya en el mini bar, —dije acercándome a la nevera. Me arrodillé—. Parece que tenemos vodka, ron y... ¡Oh! Al parecer también tenemos vino.

—¿Qué clase de vino? —preguntó acercándose a mí.

Saqué dos botellas.

—Un Merlot y un Zifandel blanco.

Se inclinó para verlos ofreciéndome una perspectiva más cercana de su escote.

—El Zin blanco para mí, —dijo retrocediendo—. Pero sólo una botella.

—Son de 150 ml —dije poniéndome en pie con ella—. Dos no te matarán.

Sonrió con malicia.

—¿Estás intentando emborracharme?

No estaba seguro de lo que estaba haciendo pero una cosa estaba clara. No quería que se marchase.

—Sólo intento que te relajes, —dije mirándola.

Cogió una de las botellas de mi mano, la abrió y se la bebió de un trago.

—¿Qué haces?

Dejó la botella en un bolsillo de su albornoz.

—Relajar la tensión.

—¿Por qué?

—Para darte las gracias. En condiciones.

Capítulo 34

Raina

—¿En condiciones?

—Sí, —dije sintiendo el vino templar mi ánimo. Pensé en lo que había dicho Joanna y supe lo que tenía que hacer. Lo que debía hacer.

Se quedó de pie frente a mí observándome con curiosidad.

Inspiré profundamente y deslicé mis brazos alrededor de su cuello.

Sus ojos ardían de deseo.

—Joder —susurró para mi sorpresa.

Me puse de puntillas y atraje su boca hacia la mía. Al principio, Justin se tensó como si no supiera cómo reaccionar. Entonces, de pronto, su mano se aferró a mi melena y me devolvió el beso.

Arqueé la espalda y gemí de placer cuando sentí sus manos agarrándose a mi trasero, apretándolo tanto con las manos que casi resultaba doloroso.

—Joder, princesa, —gimió abandonando mis labios un segundo para recuperar el aliento—. Eso no me lo esperaba.

Antes de poder responder, volvió a bucear en mi lengua dejándome sin respiración mientras me besaba con desesperación. Entonces, comenzó a acariciarme el cuello con los labios, iniciando el descenso hasta mis pechos, haciéndome temblar a cada roce de su lengua caliente.

—¿Está bien hacer esto? —susurré.

—Ya lo estamos haciendo, —dijo arrancando el cinturón del albornoz. Abrió la prenda y se quedó contemplando mi cuerpo—. Incluso mejor de lo que había imaginado. Eres preciosa, Raina.

—Tú tampoco estás mal, —dije deslizando mi otra mano bajo su chaleco de cuero para explorar sus músculos.

Justin cubrió mis pechos con las palmas de las manos e introdujo uno de mis pezones en su boca. Me temblaron las piernas mientras le sentía succionar mi pezón y jugar con su lengua. Eché la cabeza hacia atrás y gemí de placer cuando comenzó a deleitarse con mi otro pecho. Excitada como nunca, introduje la mano en sus vaqueros y comencé a acariciar el perfil de su sexo.

Cerró los ojos y gimió.

Dominada por el deseo, desabroché los pantalones de Justin, deslicé la mano hasta apartar su ropa interior y envolví su sexo con la palma de mi mano. Nunca había visto nada igual.

—Joder, —dijo casi sin aliento cuando comencé a recorrer su erección con la mano. Su polla estaba caliente, dura y palpitante, y supe que no iba a marcharme de allí sin sentirla dentro de mí.

—Fóllame... —dije con tono seductor acariciando la humedad de su sexo con un dedo.

Apretando la mandíbula, me cogió en brazos y me dejó en la cama. Me tumbó, apartó el albornoz de mis hombros y me miró. Se quitó el chaleco, los vaqueros y la ropa interior.

—Al parecer entrenas mucho, —dije mirando con desesperación su musculoso cuerpo.

Se colocó sobre mí y hundió su boca en mi cuello.

—Lo intento, —susurró besándome tras el lóbulo de la oreja.

Cerré los ojos y comenzó a descender por mi cuerpo con su húmeda y cálida lengua. A medida que se acercaba al sur de mi ecuador, sentí sus dedos hundirse en mi sexo.

—Joder nena, qué húmeda estás, —dijo acariciando mis labios.

Gemí y moví la cadera para hundir sus dedos aún más en mis adentros mientras me llevaba al delirio. Entonces, sus labios se hicieron con el control y arqueé la espalda de placer cuando le sentí acariciando suavemente mi clítoris con su lengua.

—Joder sí, —susurré tirando de las sábanas.

Justin colocó mis piernas sobre sus hombros y continuó dándome placer hasta que me hizo estallar en un océano de estertores y sudor mientras me aferraba a su melena gritando su nombre.

Secándose la boca con el dorso de la mano, bajó de la cama, cogió su cartera y sacó un condón. Se lo puso, y volvió a ponerse sobre mí.

Capítulo 35

TANK

Miré a Raina y supe que no iba a durar mucho. Era la mujer más sexy del mundo y resultaba complicado no dejarse llevar por la visión de sus pechos redondos y su sexo terso. Me incliné atrapando su boca en la mía. Ella me rodeó con las piernas y me situé en la entrada de su monte de Venus. Agarré sus caderas y al introducirme dentro de ella sentí mi tronco tan ajustado en sus adentros que más bien parecía estar tomando la presión sanguínea de mi polla.

—Joder, —gemí.

—Coño, qué bien sienta eso, —susurró.

Salí de su sexo y volví a sumergirme dentro de ella.

—Sí, —dijo con voz entrecortada clavando sus uñas en mi espalda.

Sin poder contenerme, comencé a follarla más deprisa y casi no pude evitar correrme cuando comenzó a acariciarse el clítoris.

—Eso es, nena. Córrete para mí de nuevo, —dije acariciando sus pechos. Me incliné para succionar su pezón y poco después le dediqué la misma atención al otro.

Los gemidos de Raina fueron aumentando con cada embestida. Apretando la mandíbula, continué penetrándola hasta hacerla estremecerse de nuevo entre gemidos. Su orgasmo me dejó tan al borde que no pude contenerme más y exploté dentro de ella. Tras derramarme por completo, caí sobre ella.

—Justin, —dijo aún jadeante—. Pesas mucho.

—Mierda. Lo siento, —respondí intercambiando nuestras posiciones. Cogí su mano y la entrelacé con las mías.

—Eso ha estado bien, —dijo con la voz llena de júbilo.

Me tumbé sobre un costado y la observé—. ¿Bien? ¿Ha estado solo bien? Ella soltó una carcajada.

—De acuerdo, ha sido una puta pasada. Eres un Dios del sexo. ¿Mejor así?

—Es un comienzo, —dije bajando de la cama. Entré en el cuarto de baño y me quité el condón—. Vuelvo a tener hambre. ¿Y tú?

—Me tomé una pizza antes, —dijo Raina.

La pizza sonaba bien. Decidí pedir una para mí. Ya me había comido unas alitas de pollo picantes y una hamburguesa en el restaurante pero el sexo siempre me daba hambre.

—Exacto. Creo que voy a pedir al servicio de habitaciones.

—Pídela a Papa Tony's. Ahí es donde la hemos pedido nosotras y estaba deliciosa.

—Lo haré, —volví a la otra habitación y vi que volvía a ponerse el albornoz—. ¿Qué haces?

Me miró por encima del hombro.

—Vestirme.

—Sí, ya me había dado cuenta. ¿Ya te marchas?

—De veras que tengo que volver a mi habitación. Para ver cómo está Billy.

—Sí. Entiendo, —dije cogiendo mi ropa para vestirme—. Nos vemos para desayunar, no obstante, ¿no?

—Claro, si eso es lo que quieres.

Me puse los vaqueros.

—Claro que quiero. Y también quiero que te quedes conmigo esta noche. En mi habitación.

—Sabes que no puedo.

—Lo sé. Sólo te digo que es lo que quiero. Para que no pienses que lo que acaba de pasar aquí ha sido un... —dije con un hilo de voz que se desvaneció mientras trataba de encontrar la palabra adecuada.

Se pasó la melena por encima del hombro y me miró con curiosidad.

—¿Un qué?

La verdad sea dicha, no sabía lo que había sido. Sólo sabía que quería que sucediese de nuevo. Había algo en ella a lo que no estaba dispuesto a renunciar.

—Quiero decir que no ha sido sólo un polvo o un quitapenas.

—¡Oh!

—¿Oh? —dije levantando una ceja. Casi parecía decepcionada.
—Para ser sincera no sé si esto debería pasar de nuevo Justin.

Capítulo 36

Raina

A juzgar por su mirada, no se esperaba que le rechazase.

—No es por ti, —continuó—. No es nada personal.

Él permaneció en silencio.

—Es decir, ha sido maravilloso y de veras pareces un tipo genial. Es que... No puedo salir con alguien que pertenece a un club de moteros. Tu mundo es demasiado peligroso. Ha quedado demostrado, especialmente en las últimas semanas.

—Lo entiendo, —dijo—. Te preocupa tu hijo. Propongo que nos saltemos lo de las citas y pasemos al sexo.

Me reí.

—De acuerdo.

—Lo digo en serio, —dijo—. Eres madre soltera. Tienes un trabajo y otras prioridades. Estoy seguro de que te dejas la piel por criar a tu hijo. Y yo estoy ocupado con mi club y asuntos del Griffin's que pueden llegar a ser muy estresantes. La verdad es que ambos necesitamos una salida para liberar presión.

—Así que me usarás como si fuera la pesa de una olla a presión.

—No solo tú, yo también lo seré.

Le miré con recelo.

—Entonces ¿hablamos solamente de sexo? Estoy seguro de que puedes obtenerlo de muchas otras tías en cualquier momento. Especialmente siendo el presidente del club.

Se acercó a mí.

—Sí que puedo. Pero no son tú.

Le miré. Joder, era un bellezón.

—¿Y qué me hace tan especial?

—Más de lo que percibes, al parecer. Me atrajo hacia sus brazos y me besó con ganas. Cuando me soltó me faltaba el aliento y me encontraba medio aturdida.

—Ahora, dime que quieres renunciar a esto.

—No se trata de lo que quiera o no. Tu mundo es peligroso. Tienes muchos enemigos. No puedo arriesgarme. No teniendo un niño pequeño al que criar.

—Si eso es lo que te preocupa, mi club os protegerá a Billy y a ti.

«¿Cómo protegieron a Slammer de mí?»

—Deja que me lo piense. Sabía que Justin podía pasarse discutiendo conmigo la cuestión durante horas hasta que claudicase, pero decidí que sería

más fácil ignorar sus llamadas.

Su rostro se destensó.

—Vale.

—Me vuelvo a mi habitación. Te veo sobre las once en el recibidor.

Justin me cogió el culo.

—Por supuesto. A menos que quieras colarte en mi habitación un poco antes para ir a por la segunda ronda.

Forcé una sonrisa.

—Creo que necesito tiempo para recuperarme. Me he quedado dolorida.

—Lo siento, —dijo con gesto complaciente.

—Yo no. No he mentido cuando te he dicho que ha sido increíble, —dije mirándole.

Sonrió con arrogancia.

—Lo sé.

Volvimos a besarnos y volví a mi habitación. Afortunadamente Billy y Joanna seguían dormidos y no se despertaron cuando entré en la habitación. Bostezando, me metí en la cama junto a mi hijo y, por primera vez en mucho tiempo, me dormí sin necesitar una copa.

Capítulo 37

TANK

Me desperté varias horas después con el sonido de mi móvil.

—¿Qué pasa Raptor? —murmuré mirando el reloj. Eran casi las diez de la mañana.

—¿Estabas dormido?

—Ya no.

—Lo siento tío. Llevo varias horas despierto. Tenía que llevar a Sammy a la guardería esta mañana.

Me senté y me froté la cara.

—Eso explica por qué estás animado.

—Estoy animado porque me he desayunado un buen trozo de Adriana. Y eso no sucede a menudo.

—¡Qué afortunado!

—Tienes voz de necesitar un poco de onanismo pedazo de gruñón.

Eché un vistazo a mi erección mañanera.

—No estoy de coña. Anoche me comí un bocado bastante apetecible, — dije sonriendo para mis adentros.

—¿En serio? ¿Quién?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Desde cuándo, hermano? Siempre estás presumiendo de tus conquistas.

—Sí, lo sé. Pero esta quiere mantener la discreción.

—¿Y tú estás de acuerdo en eso? ¿Te has enamorado o qué?

Me reí fríamente.

—Me he enamorado de la posibilidad de volver a follar con ella y no sucederá si empiezo a contarlo por ahí.

—No tienes por qué contárselo a todo el mundo. Tan solo a tu mejor amigo.

—¿Por qué coño te importa tanto?

—Porque esto no es nada típico de ti.

—Quizás esté pasando página, —dije levantándome—. Pero dime, ¿cómo va todo?

—Tengo noticias. Adivina quién ha aparecido en el club.

—No sé. ¿Quién?

—Cole Johnson.

La sorpresa me despertó del todo.

—¿Qué quería?

—Dijo que tenía información sobre los Devil's Rangers.

—Vale ¿y por qué cojones haría algo así?

—Porque le cabrea que se la jugaran a su hermana para que matase a Slammer. Supongo que habrá hablado con Raina por la mañana. Le habrá contado cómo la ayudamos a rescatar a su hijo y ahora quiere devolvernos el favor.

Parecía lógico, pero no conocía a Cole. No obstante, conocía a los Devil's Rangers y aquellos tíos estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de aplastarnos. Podría ser una trampa.

—¿Tú qué opinas del tío?

—Honestamente, creo que dice la verdad. Cuando le conocí parecía haberse peleado con alguien.

—Vale. ¿Qué clase de información te dio?

—Dijo que Ronnie Jenkins, su vicepresidente, fue quien le dijo que éramos los responsables del tiroteo que casi acaba con la vida de Billy. Otra fuente le hizo saber que Ronnie no tenía idea de quienes habían sido los responsables, pero que había decidirlo utilizarlo en favor del club. Así que nos culparon a nosotros, lo que inició el efecto dominó. Aparentemente, cuando Cole se enfrentó al vicepresidente la pasada noche para pedirle explicaciones, se liaron a puñetazos.

—¿Ronnie llegó a admitir algo?

—No con esas palabras, pero atento, Cole dijo que Ronnie estaba emparentado con Reaper. Eran primos.

—No me jodas. Supongo que no debería sorprenderme.

—Entonces ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—No sé. Convoca una reunión para esta tarde y lo hablaremos.

—Suena bien. ¿Qué quieres que hagamos con Cole?

—¿Aún está en el club?

—Sí. Cree que Ronnie le ha puesto precio a su cabeza.

—¿Por qué?

—Le dijo que iba a contárnoslo todo y entonces es cuando empezó la pelea.

—Al parecer Cole está jodido a menos que le ayudemos.

—Probablemente. También está preocupado por su hermana.

Me tembló el párpado—. ¿La han amenazado a ella?

—Le dio la impresión de que las vidas de ambos corrían peligro.

—Joder, —dije cerrando los ojos. Me froté la sien—. Al parecer tenemos más mierda de la que deshacernos.

—Sí. Se lo debemos a esos bastardos.

—¿Qué ha dicho Cole acerca de su papel en el asesinato de Slammer? —pregunté con curiosidad.

—Dijo que llevó a Raina en coche y que le dijo que era una mala idea. Admitió que ella no estaba muy en sus cabales.

—Su asesinato no fue algo personal, —dije—. Hemos hablado de ello y todo este asunto la hace sentir miserable. Incluso me dijo que iba a entregarse a la policía.

—A lo mejor debería hacerlo.

Tiene un hijo del que cuidar e ir a prisión no solucionará las cosas.

—Suena como si no la culpases.

—Como he dicho antes, la culpa es de los Devil's Rangers. Fueron ellos los que le acusaron y ella mató a mi padre sólo porque le creía responsable de la muerte de Billy. Creo que todos hubiéramos hecho lo mismo, especialmente en ese estado mental.

Suspiró.

—Sí.

—Vale, estaré de vuelta en la ciudad sobre las tres. Diles a todos que tenemos iglesia a las cuatro.

—¿No estás en Jensen? ¿Dónde cojones andas?

—Aún sigo en Waterloo.

—¿Por qué?

—Decidí quedarme a pasar la noche para disfrutar de las vistas, —bromeé.

—Has conocido a alguien allí, ¿verdad?

No respondí.

Él se rió.

—Sí, ya lo creo que sí. ¿Es del hospital? Siempre quisiste tirarte a una mujer con uniforme blanco.

—Tengo que dejarte, me estoy meando.

—Vale. Mantén la boca cerrada. Ya te irás de la lengua tarde o temprano. No sabes mantener un secreto.

—No aguantes la respiración mientras esperas a que lo haga, —dije sonriendo.

—Como quieras. Te veo cuando llegues.

—Dile a Cole que se quede por allí. Si dice la verdad le ofreceremos protección.

—¿Y si no nos está contando la verdad?

—Ya sabes la respuesta a eso, hermano.

—Sí, me lo imaginaba.

Capítulo 38

Raina

Justin apareció en la puerta alrededor de las once con café y una bolsa llena de comida. Yo me acababa de vestir y Joanna estaba en el baño.

—Pensé que querías ir a desayunar a algún sitio, —dije dejándole entrar en la habitación. La comida olía de fábula, no obstante, así que me alegré de no tener que esperar para desayunar.

—Lo siento. No tengo tiempo, —respondió colocando todo en la cómoda—. Tengo que ocuparme de un par de cosas en Jensen, por eso os he traído el desayuno, —dijo dirigiéndose a mi hijo—. ¡Ey Billy! ¿Te gustan las tortitas?

Le miró con timidez.

—Sí.

—Esperaba que dijeras eso. Ahí tienes colega, —dijo Justin sacando un recipiente de plástico—. Dentro tienes el sirope y la mantequilla.

—Asias, —respondió Billy.

—Buenos modales. Me gusta, —dijo Justin.

—Asias, —repitió Billy.

Cogí las tortitas que Justin me tendía.

—Yo cogeré eso. Gracias una vez más.

—No ha sido fácil. No estaba seguro de lo que queríais tú y Joanna. Así que he comprado unos huevos con beicon, cruasanes y un par de raciones de fruta y yogurt.

—Suenan genial, —respondí con el estómago rugiendo.

Joanna salió del baño.

—Me pareció escuchar tu voz, —dijo—. Y has traído comida y café. Ahora mismo podría besarte. De hecho, voy a hacerlo.

—Me imaginé que queríais reponer fuerzas para el viaje que tenemos por delante, —dijo mirándome mientras Joanna se inclinaba para besarle en la mejilla.

—La verdad es que nos sentará fenomenal, —dijo cogiendo una de los vasos de gomaespuma.

—Hay crema de leche y azúcar en la bolsa, —dijo—. ¡Oh! Y hay un zumo de naranja para Billy. No estaba seguro de lo que podía tomar.

—Lo has hecho genial, —respondí cogiendo el zumo de naranja del portabebidas.

—¿Y tú no comes? —preguntó Joanna cogiendo un sándwich de la bolsa.

—Ya he tomado algo, —dije.

—¡Ah! De acuerdo, —respondió.

—¿Ya sabes algo de...? —su voz se desvaneció al recordar que Billy estaba delante—. Ya sabes.

—No, —respondió—. Lo único que sé es que a las nueve de esta mañana seguía desaparecido.

—¿Tenéis alguna otra propiedad inmobiliaria aparte de vuestra casa y la cabaña? —preguntó Justin.

—No y no tengo ni idea de dónde puede haber escapado. En mi opinión ya debe tener una identidad falsa y estará en un avión dirigiéndose a algún lugar tropical. Si tenemos suerte, el avión se estrellará.

Sonriendo, Justin dio un sorbo a su café.

—¿Hay alguien más de vuestra familia que pueda haberle escondido?

—Por lo que yo sé, Betty era el último familiar vivo que le quedaba, —respondió—. ¿Verdad, Raina?

—Sí, al menos que nosotras sepamos.

—Estoy seguro de que le encontrarán muy pronto. De lo contrario, mi club conoce a alguien que es realmente bueno encontrando gente.

—¿De quién se trata? ¿Un cazarrecompensas?

Sonrió.

—Algo así. Hasta ahora nunca ha fallado.

—¿Es muy caro? —pregunté.

—¡Qué más da! —se apresuró a decir Joanna—. Para ser sincera, tengo miedo de volver a mi casa a dormir. Y sólo puedo quedarme con mi madre unos días.

—¿Estás asustada? —dijo Billy.

—No cariño, —dijo arrepintiéndose de su comentario.

Parecía confuso.

—Pero has dicho...

—La tía Joanna no tiene nada en absoluto de lo que preocuparse, —dije—. Solo estaba bromeando.

—Sí, —dijo Joanna—. De hecho, la única persona que debería preocuparse por aquí eres tú... si no te comes esas deliciosas tortitas, voy a robártelas y me las voy a comer.

Billy se rió.

—Déjalas en paz.

—¿Y qué pasa si no lo hago? Se acercó a él y le hizo cosquillas en la barriguita haciendo que estallase en carcajadas.

—¡Para!

Continuaron jugando hasta que cogí el yogur de la bolsa. Escuchar el sonido de la risa de Billy me hacía sonreír.

Justin se acercó a mí.

—¿Podemos hablar a solas? —murmuró.

—Claro, —dije dejando el yogur en la cómoda.

—Volvemos ahora, —dijo Justin cogiéndome la mano.

Joanna nos miró con curiosidad.

—¿Dónde vais?

Señaló a Billy.

—Tengo algo que decirle sin mini-testigos delante.

—¡Vale! —respondió con los ojos resplandecientes—. Pero a ver si bajáis el tono porque anoche se os oía bastante.

La miré sorprendida.

Sonrió.

—Estas paredes son más delgadas de lo que parece.

Sonrojándome, me volví hacia Billy que, gracias a Dios, era ajeno a nuestra conversación.

—Volveré en un momento cariño.

—Vale, —dijo masticando una tortita.

Salimos de la habitación y volvimos a la de Justin.

—¿Qué ocurre? —pregunté cuando cerró la puerta tras nosotros.

Justin me atrajo hacia sus brazos y me besó con intensidad. Cuando hubo acabado me miró fijamente.

—Demonio de mujer. Con solo besarte se me pone dura.

Mi deseo también se había disparado. Toqué su cremallera que ya se encontraba abultada.

—No mentías.

—Si me tocas ahí abajo vas a tener que asumir las consecuencias, —dijo empujándome a la cama.

Me detuve de pronto.

—En primer lugar, no tenemos tiempo. En segundo lugar, creí haber dejado claro que esto no podía volver a ocurrir.

—Dijiste que te lo pensarías, —respondió.

—No lo he pensado lo suficiente. He dormido como una marmota y desde que me desperté sólo he tenido tiempo de darme una ducha.

Justin me atrajo hacia sí de nuevo.

—¿Pensaste en mí mientras te duchabas? —preguntó rozándome el cuello con la nariz—. Cuando tu cuerpo estaba húmedo y resbaladizo.

Cerrando los ojos sentí una ola de calor crecer en mis entrañas.

—Quizás.

—Vamos. Sé sincera. ¿Te has tocado? —susurró mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

—Sí, admití.

Gimió.

—No vas a salir de aquí hasta que me dejes saborear de nuevo tu coñito, —dijo subiéndome el vestido hasta las caderas—. Joder, no llevas braguitas. Recorrió la humedad de mi sexo con un dedo.

—Oh, Dios mío. Justin, —dije casi sin aliento mientras me penetraba con un dedo.

—¿Aún estás dolorida? —preguntó con voz ronca haciendo pequeños círculos.

—No... lo... sé, —dije antes de gemir.

Cogió el mando de la televisión con su otra mano y la encendió.

—Cariño, no vas a salir de aquí hasta que puedas responder a eso, —dijo subiendo el volumen.

Sabía que debía protestar pero no lograba encontrar las palabras adecuadas. Especialmente cuando se arrodilló aferrándose a mis caderas para acercar mis labios inferiores a los suyos. Deslizó la lengua dentro de mí y devoró mi intimidad hasta que agarré su nuca para guiar el ritmo de su lengua.

—Eso es, córrete para mí, —gimió entre lametones.

Contemplando a aquel sensual hombre enterrar la cara entre mis piernas me dejó al borde del orgasmo. Esta vez cerré la boca emitiendo un agudo gritito en lugar de los suspiros de placer de la noche anterior.

Justin se rió y se puso en pie.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Me reí.

—No lo sé.

Se desabrochó los pantalones.

—Esta vez quiero que grites mi nombre, —dijo empujándome hacia la cama—. Ponte de rodillas.

Deseosa por sentirle dentro, hice lo que me pidió y miré por encima de mi hombro.

—Eso es, —dijo acercándose por detrás completamente desnudo con su sediento y sonrojado miembro balanceándose arriba y abajo.

—¿Lista nena?

—Sí, —dije abriendo más las piernas. Dolorida o no, me moría de ganas por sentirle dentro.

—No creo que lo estés. Se inclinó y volvió a lamer mis labios.

—Sí que lo estoy. Por favor, hazlo, —supliqué.

Recorrió mi trasero con las manos y lo apretó con las yemas de los dedos.

—Creí que ya no querías que volviera a follarte nunca más.

Me reí fríamente.

—No saques el tema ahora mismo.

—¿Seguro que la quieres? —preguntó penetrándome con un dedo para después añadir otro más.

—Sí, —dije apretando mi sexo contra su mano.

—Dime que lo quieres.

—Lo deseo.

—Dime que me desees.

—Sí, te deseo, Justin, —gemí mientras me follaba con dos dedos.

Me acarició el clítoris con la otra mano.

—¿Necesitas seguir pensándotelo?

—No, —dije casi sin aliento mientras me sentía cabalgar hacia mí otro orgasmo.

Gimiendo, sacó los dedos de mi sexo y los sustituyó por la punta de su miembro. Me agarró de las caderas y me penetró con fuerza.

—Joder qué estrechita te siento, —dijo apretando los dientes. Salió de mis adentros despacio y volvió a penetrarme con semejante intensidad—.

¿Duele?

—Sí, pero también me hace sentir placer.

—Eso es todo lo que necesitaba saber, —dijo acelerando el ritmo.

Cerré los ojos y ahogué un grito con cada embestida de su enorme polla llenándome por completo. De pronto sentí un placer inexplorado brotar de mi interior a medida que inclinaba el ángulo de su miembro penetrándome, acariciando lo que sólo podía ser mi punto G. Se inclinó sobre mí y continuó acariciándome el clítoris.

—¿Eso también te gusta?

—Sí, —dije entre gemidos.

—¿Quieres que pare?

—No.

—¿No quieres pensártelo un poco más?

—Sabiendo que continuaría torturándome por mis palabras, le dije que parase.

Se tensó.

—¿Qué?

Me zafé de Justin y me giré para mirarle.

—Túmbate, —le ordené chasqueando los dedos.

Me sonrió y se tumbó bocarriba.

Me coloqué sobre él y me senté sobre su sexo lentamente.

—Así que... te gusta dominar ¿eh? —le pregunté moviendo las caderas haciendo círculos.

—La mayor parte del tiempo, —dijo mirándome encendido.

Sin apartar mis ojos de él, me quité el vestido y lo arrojé al suelo. Después, me quité lentamente el sujetador.

Relamiéndose los labios, me cogió los pechos y los estrechó en sus manos.

Aparté sus manos.

—No.

—¿No? —dijo haciendo un puchero.

—Ahora me toca a mí, —dije sonriéndole con malicia. Deslicé mis manos sobre su musculado pecho—. Tanto si te gusta como si no.

—Me... gusta.

—Bien.

Moví las caderas despacio, disfrutando del modo en que me miraba. Sentí que le poseía. Sí, en aquel momento era todo mío.

—¿Quiere que vaya más rápido señor Presidente?

Sonrió.

—Joder, sí.

—¡Ah! ¿Sí? Dime una cosa... ¿Qué tal te sienta desear, Tank? —dije inclinándome sobre él para que mis pechos rozasen su cara—. Así es como te llaman, ¿verdad?

—Sí, y ahora mismo quiero correrme sobre tus tetas. Eso es lo que me haces desear, —dijo cogiéndolas de nuevo.

Me senté y volví a apartar sus manos.

—No las tocarás a menos que yo te lo permita, —dije agitándolas suavemente para provocarle.

—Eres una zorra malvada, ¿lo sabías? —dijo sonriendo fríamente.

Tensé los músculos de la vagina.

Justin contuvo el aliento y después se rió.

—Tienes suerte de que no tengamos mucho tiempo o te demostraría lo malo que puedo llegar a ser. Y ahora quiero que me folles como si no hubiera mañana. Si crees que puedes.

—Cariño... veamos si eres tú quien puede conmigo. Justin me cogió por las caderas y comenzó a follarme fuerte haciendo temblar la cama hasta el punto de hacerme pensar que romperíamos la estructura.

—Sí, —dije gimiendo y acariciando mi clítoris. La sensación de tenerle bombeando dentro de mí mientras me masturbaba era indescriptible.

Sin dejar de mirarme, cogió uno de mis pechos.

—Joder eso me pone a mil. Acaríciate nena.

Le miré gimiendo mientras movía los dedos. Todo en él me excitaba. Desde sus penetrantes ojos verdes hasta sus músculos y tatuajes.

Apretando la mandíbula, volvió a cogerme por las caderas.

—Me voy a correr.

Incliné la cabeza hacia atrás al sentir la ola de placer extenderse desde mi interior. Cogí su mano y la coloqué sobre mi boca para amortiguar mis alaridos mientras me contorsionaba de puro éxtasis.

—Justin...

Sintiendo mi suelo pélvico contraerse, contuvo el aliento y se tensó culminando al mismo tiempo que yo. Cuando el placer dio paso al agotamiento, atrajo mis labios hacia los suyos y me besó con tanta pasión que me quedé sin aliento.

—Eso ha sido increíble, —dijo susurrando junto a mi boca—. Creo que no me había corrido así en toda mi vida.

—Ha sido increíble, —dije apartándome despacio. Le sonreí y me puse en pie.

Se pasó la mano por la melena.

—Joder, espero que Billy no haya escuchado nada.

—La televisión está bastante alta. Lo dudo.

Se puso en pie y se dirigió al baño.

Cogí mi vestido.

—Entonces, ¿por eso me has traído aquí? ¿Para echar un polvo?

—Lo cierto es que no, —dijo incorporándose para comenzar a vestirse—.

Quería hablar contigo acerca de tu hermano.

—¿Qué pasa con él? —pregunté.

—¿Has hablado con él antes, ¿verdad?

—Sí, lo he hecho. ¿Cómo lo sabes?

—Supongo que no te ha contado lo que ha hecho.

—¿Qué ha hecho? —pregunté preocupada.

Me dijo que Cole había aparecido en su club.

—Sabía que iba a dejar su club pero no sabía nada de la pelea. ¿Está bien? —pregunté.

—Sí. Ahora mismo está bajo mi protección. Y tú también.

—¿A qué te refieres? —pregunté frunciendo el ceño.

—Cole piensa que Billy y tú corréis peligro.

—Estás de coña ¿no? ¿Ahora los Devil's Rangers van a por nosotros?

—Eso parece.

Me puse la mano en la frente y cerré los ojos. No había forma de tomarse un respiro.

—Es ridículo. Yo no les he hecho nada.

—La relación con tu hermano te ha puesto en peligro. Pero no te preocupes, princesa. No dejaré que os hagan daño a ti ni a tu hijo.

Abrí los ojos y comencé a deambular de un lado a otro de la habitación.

—En serio, no tengo tiempo para esto. Necesito que Billy vuelva al colegio y decidir qué voy a hacer con el bar de Sal si es que aún quiere que lo gestione, —dije antes de mordirme el labio—. ¿Sabes? Quizás pueda quedarme en el bar durante un tiempo. Hay un apartamento vacante en el piso de arriba.

—Espera. No vas a quedarte en ningún sitio que no sea mi casa.

Me giré y la miré.

—¿Qué?

—No puedo protegerte a menos que estés cerca así que... vas a quedarte en el club hasta que arreglemos esto.

«¿El club? Ni de coña.»

—¡No puedo hacerlo! —dije cabreada.

Me cogió de los hombros.

—En primer lugar, cálmate. De lo contrario asustarás a Billy.

Inspiré profundo y exhalé para relajarme.

—Vale. Me calmaré, pero en serio, no puedo quedarme allí. No voy a quedarme allí.

—Tienes que hacerlo, Raina. Van tras de ti y de Cole. Además, ¿de verdad quieres arriesgar la vida de Billy?

—No, —dije con los ojos llenos de lágrimas. Acababa de recuperar a mi hijo y la idea de ponerle en peligro una vez más desataba mis instintos asesinos. Me sentía capaz de acabar con cada uno de los Devil's Rangers que amenazasen su vida.

—Entonces piénsatelo con calma. Será mejor que te quedes en el club hasta que sepamos que tu vida ya no está en peligro. ¿Me entiendes?

Me froté la sien.

—¿No hay más opciones?

—No.

Algo me decía que le complacía que no hubiese más alternativas, así podía mantenerme cerca de él.

—¿Y qué pasa con Cole?

Se encogió de hombros.

—También se quedará con nosotros si así lo desea.

La idea de vivir en un club de moteros me daba nauseas. Había escuchado historias acerca de lo que se cocía en aquellos lugares.

—¿Y si vamos a la policía para ver qué pueden hacer?

—No van a hacer nada a menos que ya te hayan atacado.

Sabía que tenía razón. Ni siquiera habían sido capaces de ayudarnos a encontrar a los asesinos de Billy.

—De acuerdo, —respondí sin más opciones—. Supongo que no hay otra alternativa.

Se relajó.

—Sabia elección. Me alegra que decidas ser precavida. Ya sabes de qué son capaces esos tipos.

—Sí. Desafortunadamente lo sé.

Durante mi conversación con Cole horas antes me había dicho que había descubierto que Ronnie le había mentado acerca de la responsabilidad de Slammer en el tiroteo. Él se había enfadado y había decidido alejarse de los Devil's Rangers. Supongo que Sal tenía razón y no es posible dejar el club así como así sin más.

Justin me tomó la mano y la acercó a sus labios.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para manteneros a Billy y a ti a salvo.

A juzgar por su mirada, decía la verdad. Tan sólo esperaba que pudiera cumplir su promesa.

Capítulo 39

Raina

Cuando volvimos a la otra habitación, Joanna y Billy se habían marchado y había una mujer cambiando las sábanas.

—¡Ah! Hola, —dijo metiendo la mano en el bolsillo para sacar una nota de papel—. Probablemente esto sea para usted, —dijo dándome la nota. Decía que Billy y Joanna nos esperaban abajo en el recibidor.

Miré el reloj y justo pasaban de las doce del mediodía, que era la hora de salida del hotel.

—¡Vaya! —dijo Justin sonriendo—. Parece que volvemos a romper las normas juntos.

—Eres una mala influencia, —bromeé.

—Supongo. Pero parece que hace unos instantes estabas disfrutando de ser mala.

Sonreí.

—Me acojo a la quinta enmienda.

—¿Se han dejado algo? —dijo examinando la habitación.

—No lo sé.

—Echa un vistazo por si acaso.

Entré en el baño donde había dejado mi bolso. Al no encontrarlo, imaginé que Joanna lo había cogido junto con el suyo y mi teléfono móvil.

—No veo nada, —dijo Justin.

Salí del baño.

—Yo tampoco. Creo que podemos irnos. Gracias, —le dije a la mujer de la limpieza.

Sonrió.

—De nada.

Bajamos hasta el recibidor y comenzamos a buscarles con la mirada. No había rastro de ellos.

—Quizás hayan entrado ahí, —dijo Justin señalando hacia el área de la piscina.

—A Billy le encantan, —dije girándome en aquella dirección. Pasamos varios minutos buscando en el recibidor y después la planta primera del hotel. Al no encontrarles comencé a asustarme.

—Cálmate, es un hotel grande. Es posible que no les hayamos visto. ¿Tienes tu teléfono? —preguntó Justin.

—No, en ese caso ya les hubiera llamado, —dije un poco irascible.

Él frunció el ceño.

Suspiré.

—Lo siento. Es que estoy... preocupada.

—No pasa nada. Voy a salir a buscarles al aparcamiento. Tú ve a hablar con el Servicio de huéspedes. Pregunta si recuerda haberles visto salir y entregar la llave de la habitación.

—Vale.

Nos separamos y me acerqué al mostrador de recepción donde nos habíamos registrado. Cuando pregunté a la recepcionista por Joanna y Bill, la mujer sonrió.

—Sí, han entregado las llaves hace un rato.

—¿Les ha visto dejar el hotel?

—No, estaba ocupada con otros huéspedes y no he reparado en ello, —dijo disculpándose—. ¿Tiene el teléfono de esa mujer?

—Está guardado en mi teléfono pero no me lo sé de memoria, —dije frustrada. Me giré y vi a Justin volver al hotel. A juzgar por su mirada, sabía que no serían buenas noticias—. No los has encontrado, ¿verdad?

—No, —dijo pasándose una mano por la cara—, y el coche no está.

—¿Qué?

Le rodeé y me dirigí al exterior. Ahora no estaba sólo preocupada, además estaba cabreada.

«¿Dónde demonios se había llevado a mi hijo?»

Examiné el aparcamiento. El coche no estaba donde lo habíamos dejado.

—¿Necesita ayuda señorita? —preguntó un joven aparcacoche que venía tras de mí.

Me giré hacia él.

—Estoy buscando a una mujer y un niño pequeño que se han marchado de aquí hará media hora como máximo. ¿Los ha visto?

—¿El niño llevaba un perrito de peluche?

—Sí, —dije relajándome un poco—. ¿Los ha visto?

—Se montaron en un coche plateado y se marcharon hará unos diez minutos.

—¿Estaban solos? —preguntó Justin al unirse a nosotros.

—La verdad es que había un hombre con ellos. Un hombre alto, delgado y con gafas. El pequeño le cogió la mano y parecía emocionado por verle.

—¡Oh! Dios mío, —dije sintiéndome desfallecer y dirigiéndome a Justin—. Tiene que ser Phillip.

Capítulo 40

TANK

Raina empalideció y por un instante me pareció que se desmayaría.

—Vamos, —dije cogiéndole la mano y arrastrándola hasta mi moto—. ¿Tienes alguna idea de dónde pueden haber ido?

—No, —respondió—. ¡Oh! Dios mío, vuelve a tener a mi hijo. ¿Qué vamos a hacer?

—Llamar a la policía, —dije. Mi gente no estaba a nuestro alcance y sabía que teníamos que actuar de inmediato. Saqué el teléfono y marqué el nueve uno uno. Cuando me respondieron, expliqué la situación.

—¿Cuál es el número de la matrícula? —pregunté a Raina.

Me lo dijo y se lo repetí al operador.

—Emitiremos una orden de búsqueda y captura ahora mismo, —prometió la mujer.

—Gracias.

Tras colgar, hice otra llamada.

—Raptor, te necesito.

Le expliqué lo sucedido y le pedí que contactase con el Juez.

—Lo intentaré pero creo que está fuera de la ciudad por negocios.

—Intenta contactar con él para que me llame, hermano, —dije poniendo la mano sobre el hombro de Raina—. Algo me dice que vamos a necesitar su ayuda. Especialmente si la policía no les encuentra.

—Le llamaré, —prometió.

Colgué y atraje a Raina hacia mis brazos.

—Les encontraremos, nena. Te lo juro por Dios.

Capítulo 41

El Juez

Anchorage, Alaska

Acababa de comenzar a empaquetar las cosas de mi cobertizo cuando recibí una llamada de Raptor.

—¿Qué ocurre? —pregunté dejando la cinta aislante en el suelo.

—Necesitamos tu ayuda, —dijo.

Renegué para mis adentros.

—Ya sabes que ahora mismo estoy ocupándome de mis cosas. Como poner mi vida en orden para volver a los brazos de Jessica.

Sólo habían pasado un par de días desde la última vez que la había visto y ya la echaba de menos con locura.

Raptor suspiró.

—Lo sé. Lo sé. No te lo pediría si no implicase a un niño perdido.

Me tensé.

—No será Sammy, ¿verdad?

—No.

Raptor pasó varios minutos relatándome los detalles.

—¡Vaya! Espera. Has mencionado a una tal Raina. ¿Es ella quien mató a Slammer? —pregunté recordando la última conversación que había tenido con él.

—Sí.

Cerré los ojos.

—Joder. Me habló de ella. Me cago en la puta.

—¿Slammer te habló de ella? ¿Qué te dijo?

—Que le estaba buscando. Que le culpaba de la muerte de su hijo. ¿Y ahora me dices que su hijo está vivo?

Raptor me habló de su cuñado y de cómo, usando algún tipo de droga, hicieron que el chico pareciese muerto.

—Joder, parece una película, —dije cabreado. No obstante, si hubiera intervenido, era posible que Slammer continuase con vida.

—No puedo creer que no nos contase nada al resto. ¿Cuándo te lo contó a ti?

—Cuando me estaba ocupando de Jessica. Aunque me dijo que podía encargarse él mismo. ¿Y ahora por qué cojones la ayudáis?

—Tank se ha colgado por ella.

—¿Estás de coña?

—No, él opina que ella también es una víctima. Para serte sincero creo que se está enamorando de ella.

Suspiré. Tank tenía un corazón demasiado blando. Al final sería su perdición.

—Francamente, es una víctima, —dije sin emoción alguna en la voz—. Pero me sorprende que él sea capaz de dejar de lado lo que pasó, especialmente hasta ese extremo. Enamorarse de la asesina de su padre no sonaba muy racional. Aunque por supuesto, no me correspondía a mí opinar al respecto.

—Lo sé. A mí también me sorprende. No obstante, esto no trata de ella. Sino de un niño inocente y por eso tenemos que hacer algo.

—Vale. ¿Entonces qué quieres de mí?

—Cualquier información que puedas proporcionarnos, especialmente direcciones.

—Espera. Voy a entrar en la cabaña para apuntármelo, —dije saliendo del cobertizo.

—¿Tienes una cabaña? —preguntó.

No le había contado mucho al respecto de mi vida personal, más por su seguridad que otra cosa.

—Sí.

—Debe ser duro.

Lo cierto es que tenía dos cabañas contiguas. La que usaba como hogar estaba a nombre de Annabelle Gertrude Hunter. Y la contigua, que había tenido la intención de legar a Sammy. Desafortunadamente, en la actualidad esta última no era más que el escenario de un crimen y la policía continuaba tratando de contactar con el propietario. Y esa persona no era fácil de localizar.

—Tiene sus momentos, —dije entrando en la cocina. Cogí un trozo de papel y un boli—. ¿Y bien? ¿Qué tienes para mí?

—Nombres. El primero, Phillip Davis. Él es quien creemos que tiene al niño. Su mujer es Joanna Davis. Viven en Davenport, creo. Él es cirujano del St. Luke, y ella es abogada.

—¿No decías que Joanna estaba ayudando a Raina?

—Sí, estoy casi seguro de que se la ha llevado en contra de su voluntad. Aunque quién sabe. Puede que esté cooperando con él.

—Vale. ¿Y qué pasa con el doctor del que me has hablado? El científico.

—Jacob Slether. Ahora mismo está custodiado por la policía. Tratan de inculparle por raptó y asesinato.

—¿Crees que se librará?

—El caso está bastante claro.

Escribí también su nombre.

—Vale. Haré algunas llamadas para ver si puedo conseguir más direcciones o información acerca de los Davis que puedan ayudarnos.

—Gracias, —dijo Raptor—. Mientras tanto os mantendré informados.

—Suena bien.

Colgamos e hice unas llamadas a algunos amigos con contactos. Cuando hube acabado, entré en la habitación y llamé a Jessica.

—¿Cuándo vuelves? —dijo casi sin aliento.

Me tumbé en la cama y miré al ventilador del techo.

—Tengo algunas cosas más de las que ocuparme en Alaska. Después tengo que ir a las Vegas.

—¿Vegas?

—Sí. Para conseguir una nueva identidad.

—Vale, —dijo suspirando—. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos, —dije cerrando los ojos. Imaginé su cara, sus labios y sus suaves curvas. En aquel momento Iowa parecía estar al otro lado del mundo.

—¿Puedo ir a las Vegas contigo?

Me senté. Lo cierto es que la idea de reunirme con ella en las Vegas me sonaba muy bien.

—¿Podrías? ¿Qué pasa con tu trabajo en Minnesota?

—Lo cierto es que no voy a empezar hasta finales de septiembre.

Sonreí.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté—. Mis últimas noticias eran que le quedaban sólo un par de semanas para empezar la residencia.

—Les dije lo de la muerte de mi padrastro y me concedieron algo más de tiempo. ¿Entonces qué me dices? ¿Nos vemos en las Vegas? ¿Tú y yo?

—Vale.

—¡Vale! —dijo con voz alegre.

—Sí.

—¡Oh! Dios... —dijo emocionada—. ¿Cuándo?

—¿El próximo viernes?

—No puedo creérmelo, —dijo—. Pensé que no te vería hasta el mes que viene y ahora vamos a ir a las Vegas juntos.

—Obviamente no se lo puedes contar a nadie.

—Claro. Pero a mi madre sí se lo puedo decir, ¿verdad?

Por poco que me gustase la idea, sabía que Frannie tendría un ataque de pánico si no sabía dónde o con quien estaba su hija.

—Sí pero asegúrate de que no se lo cuenta a nadie.

—¿Y qué pasa con Tank?

Fruncí el ceño.

—Sí, probablemente a él también deberías decírselo. Y a Raptor. Pero eso es todo. A nadie más.

—Entiendo.

Vi un coche aparcar junto a la cabaña.

«¿Y ahora quién cojones es?»

—Cariño, tengo que dejarte. Luego te llamo.

—Vale, —dijo con un punto de decepción en la voz.

—Te quiero Jessica, —dije echando un vistazo fuera. Al reconocer el coche y a su dueña refunfuñé para mis adentros.

—Yo también te quiero, Jordan.

Nos despedimos y colgué.

El timbre sonó.

Cogí la pistola, me la metí en la cinturilla de los vaqueros y acudí a abrir la puerta.

—Hola desconocido, —dijo Caitlyn Ferraro, como siempre, vestida para matar. Aquella noche se había puesto una blusa de seda color claro y una minifalda negra para enseñar las piernas. Estaba bien, pero las únicas piernas que tenía en mente eran las de Jessica.

—Disculpe, ¿nos conocemos? —pregunté ofreciéndole mi mejor cara de póquer.

Ella soltó una carcajada.

—¡Eres un engreído! ¿Puedo entrar?

—No.

Ignorándome, se metió dentro de la cabaña y miró alrededor.

—¡Qué pintoresco! Me había imaginado algo mejor.

—¿Es eso cierto?

—Sí. Aunque supongo que en tu posición no hay tiempo para extravagancias.

—¿Qué quieres? —pregunté rascándome la nuca. No tenía sentido fingir con ella.

—Me plantaste. Se suponía que teníamos que continuar con nuestra pequeña conversación.

—Eso fue hace semanas y, lo siento, pero han pasado algunas cosas y tuve que irme de la ciudad.

Se giró para mirarme.

—Sí, he oído que hubo un gran tiroteo en esta zona. Algo relacionado con una banda.

—Eso es lo que me dijeron a mí también.

Caitlyn se acercó a mí y me tocó el hombro.

Di un paso atrás en señal de rechazo.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Oh, Dios mío. ¿De veras te doy tanto miedo?

«Eres una puta loca» quise decir. «Joder, claro que me das miedo.»

Resoplé.

—No, claro que no.

Comenzó a desnudarme con la mirada y supe que tenía que sacarla de mi cabaña antes de que se desnudase por completo y comenzase a provocarme de nuevo.

—Relájate, —dijo al ver mi expresión—. No he venido por eso. Por más que me apetezca follarte, no te voy a suplicar. Ya no.

Me relajé un poco.

—¿Y bien? ¿A qué has venido?

—Necesito dinero.

La miré sorprendido.

—¿Dinero?

Ella asintió.

—Tengo unas deudas y si no las pago... me asusta pensar en lo que podría pasar.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Estás en deuda conmigo.

—¿Perdona?

—Por la información que te proporcioné. Estoy casi segura de que si no lo hubiera hecho, tu preciosa Jessica no estaría viva.

—Ya sabía que estaban tras ella, cariño.

—Bueno, podría haberte entregado a la policía. Aún puedo hacerlo, —dijo sonriendo.

—¿Me estás amenazando?

Su rostro pareció desmoronarse ante mí.

—No tengo elección. Esos tíos van a matarme si no les pago su dinero.

La miré con severidad.

—¿Cuánto les debes y por qué?

—Cien mil.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Por qué?

Sus labios comenzaron a temblar.

—Prefiero no decirlo.

—¿Por qué Caitlyn? —repetí—. No puedes soltarme todo esto y después callarte.

—Vale. Hice que mataran a alguien.

—¿A Quién?

—A mi padrastro.

—¿Por qué?

Después de un rato, acabó por admitir que había abusado de ella cuando era pequeña y que había empezado a hacerlo con otra chica.

—Se casó de nuevo hace unos cinco años cuando mi madre murió. Su nueva hijastra sólo tenía quince años y... estaba haciéndole lo mismo a ella.

—¿Por qué no acudiste a la policía en lugar de ordenar su asesinato?

—Porque sabía que ella no lo iba a admitir. Pero yo lo presentía, —dijo Caitlyn llorando a lágrima viva—. Podía percibirlo. Sólo quería ayudarla.

—¿Intentaste alguna vez decírselo a tu madre?

—Sí, pero no me creyó. Incluso me echó de casa diciéndome que estaba causando problemas —dijo sollozando—. No podía dejar que le hiciera a ella las cosas que me hizo a mí. No podía.

Suspirando, la atraje hacia mis brazos.

—No pasa nada.

—Lo siento. Es que no sabía a quién recurrir. Esos tíos... dijeron que lo harían por veinte mil. Ese era el acuerdo.

—¿Le mataron por veinte mil?

—Sí, pero ahora amenazan con matarme si no les entrego cien mil.

—¿Quiénes son? —pregunté apartándome de ella, que parecía estar demasiado cómoda en mis brazos.

Dos imbéciles que conocí.

—¿Dónde?

Me explicó que una noche en un bar había conocido a ambos tipos. Ambos la acompañaron a casa y se montó un trío con ellos. Esto ocurrió algunas veces más hasta que comenzó a abrirse a ellos. Una noche les contó

lo de su padrastro después de una borrachera y entonces se ofrecieron a matarle.

—¿Y ahora te están chantajeando?

—Sí.

—Mira, no voy a darte el dinero. No se lo merecen.

—¿No vas a ayudarme?

—Yo no he dicho eso.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Qué vas a hacer?

—Asegurarme de que no vuelvan a molestarte.

—¿Cómo?

—Será mejor que no lo sepas.

Mis palabras parecieron quitarle un enorme peso de encima.

—¿De veras vas a hacerlo? ¿Vas a ayudarme?

—Sí, dame sus nombres y todo lo que sepas de ellos.

—Supongo que esos dos bastardos se merecen todo lo que les pase, — dijo metiéndose la mano en el bolsillo para sacar una nota de papel—. Aquí tienes su nombre. No sé dónde viven pero espero que puedas averiguarlo.

—¿Qué bar suelen frecuentar? —pregunté—. Apúntamelo también.

—Vale.

—Pero si hago esto, necesito algo a cambio.

—¿Qué? —preguntó dubitativa.

—Un avión, —dije. En cuanto me deshiciera de esos dos gilipollas quería salir de Alaska sin tener que esperar un vuelo comercial.

—¿El de Barney?

Asentí.

—Sí, sólo necesitaré tomarlo prestado un par de semanas. Después te lo devolveré.

Se mordió el labio.

—No sé. Mi marido podría darse cuenta de que no está y denunciar su robo.

—Dile que se lo has alquilado a un amigo.

—De acuerdo, así lo haré. Él no vuela, así que tampoco creo que note su ausencia. No hasta que piense en venderlo. No obstante, yo me encargo de tu avión.

Me incliné y le besé la frente.

—Eres una mujer preciosa. Deja de despreciarte.

—Mi marido ya no me toca, —dijo con una sonrisa triste.

—Entonces búscate uno nuevo, en lugar de buscar un montón de polvos de una noche que podrían intentar chantajearte después, —dije entrando en el baño. Cogí una caja de pañuelos y se los entregué—. Toma.

Ella los aceptó y se secó los ojos.

—No importa lo que haya escuchado sobre ti, yo sé la verdad. Eres un buen hombre, Jordan.

Eso no era verdad del todo, pero estaba intentando trabajar en ello.

Capítulo 42

Raina

Justin se esforzó por calmarme, pero sentí que perdía la cabeza.

—Tenemos que ir a buscarles. Volvamos a la cabaña para ver si se han llevado allí a Billy.

—Ahora mismo es el escenario de un crimen. No se arriesgaría a llevarle allí de nuevo.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esperamos a que la policía haga su trabajo, —dijo.

Farfullé.

—Sí, vale. Creo que deberíamos buscarles nosotros.

—La verdad es que estoy totalmente de acuerdo. ¿Qué sugieres? —respondió cruzando los brazos sobre el pecho.

—No sé. Deberíamos conducir por la ciudad. Cualquier cosa antes que quedarnos aquí esperando.

—Estoy de acuerdo.

—No sé lo que voy a hacer si mi hijo no aparece, —dije con un hilo de voz.

—Le encontraremos. Me cogió la mano y me llevó hasta su Harley, modelo Road King color negro. Justin se montó primero y me cedió su casco. Condujimos hasta la cabaña y cuando llegamos a ambos nos sorprendió comprobar que no había nadie allí.

—¿Dónde están todos? —pregunté sorprendida al no ver a la policía merodeando por el lugar.

Justin apagó la moto.

—Sólo hubo un asesinato y estaba bastante claro. Tienen testigos y probablemente tengan todas las pruebas que necesitan por ahora.

—Aun así, me sorprende, —respondí bajándome de su moto.

—Quizás volvieran por este camino, —dijo mirando en dirección al lago. Se quitó las gafas de sol y abrió los ojos de par en par—. Mierda. ¡Mira!

Un instante después, Justin se bajó de la moto y voló hacia el agua. Cuando vi que alguien desataba la lancha motora Stingray del muelle me dio un vuelco el corazón.

Eran Phillip y Billy.

Phillip estaba de espaldas a nosotros y ni siquiera vio a Justin dirigirse hacia ellos. Al menos no hasta que Billy se giró y le señaló.

—¡Billy! —grité corriendo hacia el lago.

Mientras tanto, Justin había conseguido llegar al borde del muelle y saltó al barco antes de que Phillip pusiera el motor en marcha. Aterrizó sobre su espalda y desde mi posición les vi enzarzarse.

—¡Mamá! —gritó Billy asustado al ver a ambos peleándose.

La lancha, libre ahora de las amarras, comenzó a dirigirse hacia la maleza.

—¡Ayuda mami!

—Espera ahí—, grité adentrándome en el agua. Ignorando el dolor de mi pierna, nadé hasta ellos y me subí a la lancha.

—Basta, —gritó Phillip, que se encontraba apuntando a Justin con una pistola. Reconocí el arma que había estado escondiendo en mi bolso. La misma con la que había matado a Slammer.

«Mierda, debí deshacerme de ella,» pensé. «Cole tenía razón.»

—Phillip, ¿qué estás haciendo? —pregunté temblando.

Me miró lleno de ira.

—No os mováis u os volaré la puta cabeza.

Justin levantó las manos.

—Tranquilo, —dijo—. Esto no tiene por qué acabar así.

Phillip me apuntó con la pistola.

—Esto es culpa tuya estúpida zorra. Tenías que meter las narices donde no te llamaban.

—¿Donde no me llamaban? —repetí cabreada—. Éste es mi hijo. ¡Tú me lo robaste!

—No vales para ser la madre de este niño. ¡Mira la clase de gente con la que te juntas! —gritó apuntando con la pistola a Justin—. No son más que basura.

—Mamá, estoy asustado, —sollozó Billy mientras le apretaba contra mi pecho.

—¿Lo ves? Le estás asustando, —dije tratando de no llorar—. Baja el arma, Phillip.

Sus ojos se enternecieron.

—Billy, ven aquí, —dijo ignorándome—. Sabes que yo nunca te haría daño. Ven con papá.

—No eres su padre, —dije apretando la mandíbula.

—Cállate, —dijo Phillip—. Y ahora ven aquí Billy.

Billy sacudió la cabeza.

Phillip frunció el ceño.

—¿Recuerdas lo que hemos hablado hijo?

Negando con la cabeza, me abrazó aún más fuerte.

—Baja el arma, —dijo Justin—. Antes de que alguien salga herido.

Phillip agitó el arma.

—Voy a contar hasta diez. Si no os bajáis de la lancha voy a empezar a disparar y sí, alguien saldrá herido.

—No, —dije alzando la mano—. No lo hagas. Por favor.

Comenzó la cuenta atrás.

—Esto es una locura. ¡No eres un asesino! —grité consciente de estar perdiendo el control de la situación—. ¡Eres el tío de Billy! Él te adora. Phillip, ¿de veras quieres que te recuerde así?

Se rió con crueldad.

—¿Recordarme? No voy a irme a ninguna parte. Eres tú quien va a abandonar este mundo, junto con este tío. Motero de mierda. Éste será un mundo mejor sin vosotros. Créeme.

Aparté a Billy hasta mi espalda.

—Deja que nos vayamos. Ni siquiera le diremos a la policía que has estado aquí. Por favor.

El sonido de otra lancha acercándose atrajo la atención de Phillip lo suficiente como para que Justin alcanzase el arma de su tobillo. Sacó una pistola y apuntó a Phillip.

—Deja la pistola, —gritó agitando el arma—. ¡Ahora!

Phillip entrecerró los ojos.

—Lo digo en serio. Deja el arma o te dispararé en la cabeza.

—Ya veo que esto no va a funcionar de acuerdo con mi plan, —dijo irritado—. Pero supongo que si yo no puedo marcharme de aquí con Billy,

vosotros tampoco lo haréis.

—Por favor, no, —dije entendiendo su mensaje.

Phillip me apuntó con la pistola.

—Tengo que hacerlo. No eres lo suficientemente buena como para criar a un Davis.

Justin resopló.

—¿En serio tío? ¿Un Davis? *Ni iris li sificintimente bina piri criir un Divis*, —se burló—. Dime una cosa, ¿qué coño tiene de especial ser un Davis?

Phillip le miró con arrogancia.

—Que tú no eres uno. Eso es lo que tiene de especial.

Justin puso los ojos en blanco y le disparó en la cabeza.

Encontré a Joanna atada en la cabaña. Cuando me vio lloró aliviada.

—¡Gracias a Dios! ¿Has visto a Billy?

—Está bien, —dije cortando la cinta de sus muñecas con unas tijeras.

—Lo siento mucho, —dijo sollozando—. ¡Nos encontró fuera del hotel! Lo supo por el extracto bancario de la tarjeta que usé para reservar las habitaciones. ¡Soy una idiota! Debí haberlo sabido.

—No pasa nada. Tanto tú como Billy estáis a salvo ahora, —respondí abrazándola para consolarla.

—¿Dónde está Phillip?

—Él... escapó, —dije ocultando la verdad. No quería que arrestaran a Justin por matar a aquel gilipollas. Me sorprendió que apretase el gatillo tan rápido, pero sabía que si no lo hubiera hecho, las cosas se hubieran puesto muy feas.

—Joder, —respondió frotándose las muñecas—. ¿Dónde están Billy y Justin?

—Billy está en el muelle. Justin se ha llevado la lancha para intentar encontrar a Phillip. Lo cierto es que estaba llevándose el cuerpo de Phillip hasta un sitio aislado para esconderlo.

—Deberíamos llamar a la policía, —dijo.

—Ya lo hice, —dije forzando una sonrisa—. Ellos también le están buscando.

Suspiró.

—Bien.

—¿Dónde está mi coche? —pregunté—.

Está aparcado en la parte de atrás.

—Bien. ¿Tienes mi cartera y mi teléfono?

—También están en el coche. Junto con tus llaves. Aunque Phillip tiene la pistola.

—¡Ah! Vale.

Ella suspiró agotada.

—¿Podemos marcharnos ya? Estoy deseando salir de este puto infierno de pueblo.

—Lo mismo digo.

—Voy a cambiar las cerraduras y a comprarme un perro en cuanto lleguemos a casa. Uno grande.

Salimos fuera donde Billy se encontraba sentado. Se encontraba mirando en dirección al lago con la mirada perdida.

—Cariño ¿estás bien? —pregunté inclinándome para mirarle a los ojos. Había escuchado el disparo y sabía que Phillip estaba muerto. Le hice prometer que no se lo diría a nadie para que Justin no fuera a prisión. Sabía que era demasiado para un niño pequeño y me preocupaba cómo le podría afectar—. ¿Billy?

Él asintió.

—Ha pasado mucho, —dijo Joanna ahuecándose el pelo.

—Sí, es mi hombrecito valiente.

Billy me sonrió.

—¿Listo para ir a casa? —le pregunté.

—Sí.

Le tendí la mano.

—Yo también. Vamos a meterte en el coche.

—Espera. No podemos dejar a Tank.

Mi mirada se enterneció. Me derretía que Billy se preocupase por Justin.

—No lo haremos. No te preocupes. Te gusta mucho, ¿verdad?

—Sí, —respondió—. Es fuerte.

—Sí que lo es, —respondí. Y no solo físicamente. No estaba segura de lo que hubiera hecho sin él. En aquel momento era una roca para nosotros. Me alegraba de haber aceptado su propuesta de quedarme en el club.

Dos semanas más tarde.

Capítulo 43

Raina

—¿Qué es eso? —pregunté mirando el chaleco de cuero.

—Ya te lo he dicho, quiero que seas mi chica, —dijo Justin sosteniendo el chaleco con orgullo—. Y esto es para que todos sepan que deben mantener sus manos alejadas porque me perteneces.

Me reí con suficiencia.

—¡Ah! ¿Sí?

Me cogió el trasero.

—Sí, este culito es mío. Incluso tú lo admitiste la pasada noche.

—Estábamos en medio de un polvo. No era mi intención que te lo tomaras como algo literal, —dije apartando su mano—. Y ahora déjame acabar, ¿vale?

Estábamos en la habitación que habían reservado para Billy y para mí en el club. Finalmente teníamos la aprobación para irnos a casa y estaba recogiendo el resto de nuestras cosas.

—¿Eso es un no? —dijo haciendo un puchero—. ¿No vas a ponerte mi parche?

Suspiré. Otra vez no.

—Ya hemos hablado de ello. Billy y yo no pertenecemos a este... mundo, —dije señalando alrededor de la habitación. Aunque tenía que admitir que no había estado tan mal como había pensado.

—Vamos. No ha sido tan malo como pensabas y todo el mundo te adora. Os protegerían a Billy y a ti con su vida.

Había llegado a conocer a los miembros de su club y afortunadamente, después de todo lo ocurrido, habían sabido perdonarme. Bueno, la mayoría, al menos. Había un par de tipos que aún estaban cabreados por lo de Slammer y yo no les culpaba. Demonios, hacía tres semanas, si alguien me hubiera dicho que estaría merodeando por el club de los Gold Vipers, que Cole sería uno de

sus *prospects* y que estaría compartiendo cama con el hijo de Slammer, me hubiera reído en su cara.

—Si siempre fuera así, me parecería bien. Pero algunas de las otras chicas dicen que cuando todo va bien, es genial. Pero cuando algo va mal, es el infierno.

Suspiró agotado.

—Olvídate de todo eso. Olvídate del club. ¿Qué sientes con respecto a nosotros?

—Me gustas. Mucho, —respondí reprimiendo una sonrisa. La verdad era que le amaba. Le amaba de verdad. Incluso había llegado a decírselo mientras hacíamos el amor, pero tan solo en un susurro.

—Creo que me adoras en secreto, —dijo atrayéndome hacia sus brazos.

Resoplé.

—Vale. Puede que a tu polla. Un poquito.

—Eso pensaba. Si juegas bien tus cartas, te dejaré agacharte a besarla. Pero tendrás que enseñarme esas tetitas primero.

—Eres bobo. No tenemos tiempo para esto, —dije riéndome mientras intentaba quitarme la camiseta. Una de las cosas que ahora sabía de él es que su mente casi siempre pensaba en sexo. Afortunadamente, también tenía un gran sentido del humor. Lo cierto es que Justin no era en absoluto lo que se esperaba del presidente de un club de moteros. Me había imaginado a un gilipollas que soltaba órdenes a diestro y siniestro, capaz de matarte con una sola mirada. Su principal característica es que siempre tenía una sonrisa en la cara y trataba a sus hermanos con equidad.

—Sólo necesito treinta segundos, —dijo.

—No tenemos tanto tiempo. ¿Has olvidado que tenemos que acabar aquí e ir a casa de Frannie a por Billy?

Su rostro se tornó serio.

—¡Oh! Mierda. Lo había olvidado. Jessica va a hacer una cena hoy. Le dije que iríamos.

—Pero dijiste que me ayudarías a mudarme de nuevo a mi apartamento y... ¡Hay tanto que hacer! —dije aliviada al saber que al fin podía irme a casa tranquila ahora que Ronnie ya no era una amenaza. Aparentemente, había desaparecido y alguien llamado el Juez había acojonado al presidente de su capítulo. Ahora, gracias a Dios, los Devil's Rangers ya no estaban interesados en mí y podía llevarme a mi hijo a casa.

—No tienes por qué quedarte mucho rato. Mañana se va a las Vegas y quiere hacernos una cena especial. Incluyendo a Raptor y Adriana.

—¿Llevarán a Sammy? Billy y Sammy se lo pasaban genial juntos.

—Sí, Billy no va a querer marcharse si se entera de que Sammy viene.

—Cierto. Bueno de todos modos estoy en deuda con ella. Tanto ella como Frannie se han portado genial con Billy.

—Le adoran. Sobre todo Frannie.

—Es mutuo, —dije pensando en la conversación que había tenido con Billy la noche anterior. Me había estado contando todo sobre la excursión al zoo que había hecho con Frannie. Debido a que pasaba más tiempo en Sal's aprendiendo los pormenores del negocio, había estado dejando a Billy en su casa por las tardes para recogerle al acabar mi turno. Incluso le había dejado allí un par de noches—. ¿Y con quién se va a las Vegas?

—El hermano de Raptor. Su nombre real es Jordan Steele.

—¡Ah! No sabía que tuviese un hermano, —dije metiendo la ropa de Billy en una caja.

—Sí. Él tampoco lo sabía hasta hace un par de años. No obstante, resumiendo la historia, Jordan ha estado fuera durante las últimas semanas y él aún no lo sabe pero ella ha preparado la cena de esta noche para celebrar su vuelta y su viaje a las Vegas.

—¿Y por qué no hace una cena para dos?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Creo que está tratando de hacer que socialice más. Tiene el carácter solitario de un hobbit.

Me reí imaginando a un tipo bajito con orejas puntiagudas y pies sucios.

—¿Un hobbit?

—No le gusta demasiado rodearse de gente.

Resoplé.

—Todo un partidazo.

—Ella está loca por él y él se porta bien con ella. Es lo único que importa.

—Podría ser algo más, —dije pensando en la cena que había planeado—. Quizás Jessica tenga que anunciar algo. Es decir... se van a las Vegas, —dije sonriendo—. A lo mejor están sonando campanas de boda.

Su sonrisa desapareció.

—¿Campanas de boda? Casi no se conocen.

Sonreí y le besé la mejilla. Justin era muy protector con Jessica.

—Cariño tú y yo apenas nos conocemos.

—Pero no vamos a casarnos.

—Me estás pidiendo que me ponga tu parche, —le recordé—. ¿No es casi lo mismo?

Se encogió de hombros.

—Relájate hombretón. Tu hermana sabe lo que hace. Se nota que tiene la cabeza sobre los hombros.

Esbozó una pícaro sonrisa.

—Y hablando de cabeza...

Puse los ojos en blanco.

Capítulo 44

Jessica

Me miré en el espejo preguntándome si tenía buen aspecto. Me parecía que hubiese pasado una eternidad desde la última vez que había visto a Jordan, y estaba tan nerviosa que apenas podía ponerme la máscara de pestañas. Me incliné, acabé de maquillarme y me hice un recogido despeinado. Tras ponerme las horquillas para sujetarlo, volví a mi habitación, me quité el albornoz y me puse el vestido negro ajustado. Al acabar, bajé las escaleras para ver cómo iba el costillar que tenía metido en el horno. Toda la casa olía genial y estaba deseando que Jordan probase mi primer asado.

—¿Qué haces? —pregunté a mi madre que también estaba en la cocina haciendo un par de comprobaciones.

Se giró para mirarme con cara de inocente.

—Nada. Sólo me aseguro de que quede bien.

—A ti te toca hacer la ensalada César, —dije señalando el frigorífico—. Y a lo mejor los rollitos.

También tenía una olla con patatas y otra con espárragos en el fogón esperando a hervir. Para el postre, había hecho tarta de queso con cobertura de cereza. Era una gran noche y quería que todo fuese perfecto.

—Está bien. Estás preciosa, por cierto.

Ella también estaba muy guapa con la blusa blanca y los pantalones de vestir beis. Gracias a Dios, estaba recuperando la sonrisa, una que no había visto desde la muerte de Slammer.

—Tú también mamá.

Ella sonrió y me abrazó.

—¿Y cuándo llega el protagonista de la noche? Necesito conocer a ese completo desconocido que va a llevarse a mi hija a las Vegas.

Miré mi reloj. Eran casi las cinco. La cena era a las siete.

—No lo sé. Supongo que podría aparecer en cualquier momento.

—¿No va a dejarte plantada de nuevo?

Desafortunadamente había tenido que posponer nuestro viaje a las Vegas por algo que había ocurrido en Anchorage. Sus asuntos allí habían concluido no obstante, y ahora sería mío todo el tiempo que yo quisiera.

—No fue por elección propia, —dije.

Suspiró.

—Es que no quiero que te rompa el corazón, cariño. Es decir, realmente no conoces a Jordan y ahora de pronto te vas a Las Vegas con él.

Entrecerré los ojos. Era demasiado sobreprotectora. Ella no podía entenderlo.

—Además de ti y de Tank, es la única persona en el mundo a quien le confiaría mi vida. Si no fuera por él quizás ni estaría aquí. Es un comienzo, ¿no crees?

Frannie sonrió.

—Sí, lo siento. Es que voy a echarte de menos.

—Billy estará por aquí para hacerte compañía, —dije pensando en el hijo de Raina. Mi madre adoraba a aquel pequeño y sabía que en su interior deseaba que Tank le pusiera el parche a Raina pronto. Nunca había visto a mi hermanastro tan feliz.

—No es lo mismo y lo sabes, —dijo mirándome a los ojos con la mirada resplandeciente—. No eres sólo mi hija, también eres mi mejor amiga. Nadie podría reemplazarte.

Sonreí.

—Lo sé, tú también eres mi mejor amiga, mamá. Pero no te preocupes, volveremos muy pronto. Y cuando eso ocurra podremos mudarnos a Shoreview con la tía Cheryl. Lejos de todo este rollo de los moteros.

Se cruzó de brazos.

—Respecto a eso. Sé que dije que me lo pensaría, pero... creo que no es un buen momento para mudarme.

Abrí los ojos de par en par—. Pero dijiste que era una gran idea.

Ella asintió.

—Sí, sé lo que dije. El caso es que mi vida está en Jensen y no estoy lista para marcharme ahora mismo.

Suspiré.

—Y también están Tank y el pequeño Billy. Le dije a Raina que estaba pensando dejar de trabajar en la residencia y me ofrecí a cuidar a su hijo mientras ella estaba en el trabajo.

El seguro de vida de Slammer era considerablemente cuantioso y sabía que mi madre no necesitaría volver a trabajar nunca más.

—¿En serio se lo dijiste? —pregunté sorprendida.

Ella asintió.

—Sí, Ese niño necesita que alguien se encargue de él mientras su madre está trabajando. Alguien en quien pueda confiar.

¿Y qué pasa con las otras esposas del club?

—Todas tienen trabajo y niños a los que cuidar. Por supuesto, sé que la ayudarían si se lo pidiera, pero yo no tengo nada mejor que hacer y necesito

alguien de quien cuidar. Ahora que Slammer se ha ido y tú te marchas, sé que nos vendría bien a los dos.

Sonreí al ver el amor por Billy en los ojos de mi madre.

—No le vendría mal una abuela, —dije sabiendo que Raina sólo tenía a su hermano Cole, su tío Sal y ningún otro familiar vivo.

—Además, si Tank se casa con ella algún día, yo sería su abuela al fin y al cabo, —dijo sonriendo—, O al menos eso espero. Definitivamente está enamorado de ella. Lo sé.

—Yo también.

Entonces sonó el timbre interrumpiéndonos.

—Tiene que ser él, —dije impaciente y nerviosa al mismo tiempo.

—Yo abro, —dijo girándose para salir de la cocina.

—No, abro yo. Tú le asustarías, —dije bromeando y corriendo hasta adelantarla. Me apresuré hasta la puerta y la abrí esperando ver a Jordan. Desafortunadamente, al abrirla solo encontré a un hombre de avanzada edad de pie en nuestro porche.

—¿Puedo ayudarle? —pregunté al no reconocer a aquel hombre de pelo cano. Parecía tener unos sesenta años y llevaba gruesas gafas de sol y un bigote que se rizaba en los extremos. Además, llevaba un traje negro a medida y bastón.

— ¿Eres Jessica? —preguntó con voz profunda.

— Sí, — dije observando por encima de su hombro la limusina aparcada en la puerta de casa.

— Estupendo. He venido a recogerla.

Sacudí la Cabeza incrédula.

—Perdone... ¿Cómo dice? ¿A recogerme?

Sonrió.

—Sí, Jordan Steele la está esperando.

—Debe de haber algún error. Se suponía que iba a venir él, —respondí frunciendo el ceño.

—Disculpe señorita. Lo único que sé es que me ha enviado a recogerla.

— Será mejor que le llame. No se ofenda, me encantaría dar una vuelta en esa limusina pero ahora mismo estoy preparando la cena y no puedo marcharme.

Mi madre se reunió conmigo en la Puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó algo confusa.

— Jordan me ha mandado esta limusina.

Su rostro se iluminó.

—¿En serio?

—No puedo irme ahora, estoy preparando la cena para todos y queda mucho por hacer.

—No te preocupes. Yo echaré un ojo a la cena. Ve y averigua de qué va todo esto.

—Por lo que yo sé, no será mucho tiempo y estarán de vuelta en breve, —dijo el hombre.

Emocionada por ver a Jordan y preguntándome de qué iba todo aquello, me rendí.

—Vale, supongo que será mejor averiguar qué diantres pasa, —respondí adentrándome en casa de nuevo—. Deme un minuto para calzarme.

—Muy bien, señorita, —dijo el conductor.

Cogí mi nuevo par de sandalias de tacón que había comprado específicamente para aquella tarde, y me las puse.

—¿Necesito mi bolso? —pregunté al hombre.

—No lo creo.

—Probablemente debería coger mi teléfono, —dije volviendo adentro.

—Lo cierto es que me dijo que la recogiera y que no se preocupase de traer nada, —respondió.

Me pareció algo extraño pero me encogí de hombros.

—Vale. Vamos.

—Por aquí, por favor. ¡Ah! Y no se preocupe, estará de vuelta en breve, —le dijo a Frannie saliendo del porche.

—Tómese su tiempo. La cena no estará lista hasta dentro de una hora más o menos, —dijo en tono de broma.

—Disculpe, ¿cómo dice que se llama? —pregunté al conductor.

—Lo cierto es que no se lo he dicho. Puede llamarme Henry, —dijo con una sonrisa amigable.

—Vale.

Nos dirigimos a la limusina y me abrió la puerta. Al entrar me decepcionó un poco no ver a Jordan esperándome allí.

—¿Todo bien? —preguntó al ver mi expresión de decepción.

—Sí, todo bien, —respondí entrando en el vehículo—. ¿A dónde nos dirigimos

—Es sorpresa, —dijo—. Hay champán en la cubeta. Jordan me pidió que empezase sin él. Quiere que se encuentre cómoda.

—De acuerdo, —dije empezando con el champán.

Henry cerró la puerta y se subió a la limusina. La ventana entre ambos se abrió y giró la cabeza para dirigirse a mí.

—Puede poner música si lo desea. Escoja a su gusto.

—Gracias, —dije abriendo el corcho de la botella. Serví un poco en una copa y devolví la botella a la cubeta de hielo.

—¿Lista? —preguntó el conductor.

—Sí, —dije mirándole a través del espejo retrovisor. Entonces reparé en sus preciosos ojos azules.

Ni de coña.

Sólo existía un hombre con ese color de ojos y también le encantaba jugar a aquella clase de juegos.

—Entonces, —dije reprimiendo una sonrisa mientras daba un sorbo a mi copa—. ¿No puede decirme dónde vamos?

—No, —respondió quitando el freno de mano.

—Supongo que no debería sorprenderme. Jordan es un tipo misterioso.

—¡Ah! ¿Sí?

Di otro sorbo al champán calentándome el estómago.

—Sí, es un tipo increíble, estoy deseando verle.

—Seguro que él siente lo mismo.

Me bebí un par de sorbos más de champán y el deseo de hacer travesuras hizo presa de mí. Me subí un poco el vestido.

—No puede imaginarse cómo me he sentido cada noche. Deseándole. He tenido que satisfacerme yo solita.

Él tosió y nuestros ojos volvieron a encontrarse en el espejo. Me costó no reírme ante su sorpresa.

—¿Disculpe?

—Lo siento. No sé por qué he dicho eso.

Sus ojos parpadearon de un modo extraño y volvió a mirar a la carretera.

—No hay problema, señorita.

Disfrutando de la situación, me recosté en mi asiento y me subí el vestido por completo dejando al descubierto mis braguitas rojas.

—Lo siento, pero este champán se me está subiendo a la cabeza.

Giró en una esquina y no se percató de mi jugada.

—Es que... tan sólo hablar de él ahora mismo me está excitando mucho, —dije deslizando los dedos bajo el tejido—. No le importará que me acaricie un poco, ¿verdad?

Volvió a mirarme a través del espejo, pasmado.

—¿Puede darse prisa en encontrar a Jordan? — dije gimiendo—. Le necesito dentro de mí.

La limusina giró rápidamente a la derecha y se detuvo por completo. Miré fuera y constaté que habíamos aparcado en un lado de la carretera cerca de un barrio residencial.

—¿Está cerca?—pregunté—. Porque estoy muy... muy...

Salió de la limusina, cerró la puerta y vino al asiento de atrás.

—Henry, —dije fingiendo sorpresa—. ¿Qué hace?

—Te voy a dar unos buenos azotes, —dijo con encendido.

Me giré y contoneé las caderas.

—Vamos Henry. Puedes azotarme todo lo que quieras... siempre y cuando después me folles tan bien como Jordan.

—Eres un pequeña zorrita, —Jordan se quitó las gafas y retiró todo el látex de su rostro—. ¿Cómo lo has sabido?

—Reconocería esos ojos en cualquier parte, —dije girándome de nuevo y quitándole la peluca—. Henry era un madurito sexy, pero yo quiero a mi sexy semental.

Me cogió la cara y me besó con ganas.

—Te he echado muchísimo de menos, —dijo soltando el pelo de mi recogido. Las horquillas se esparcieron por todas partes mientras me peinaba la melena con los dedos.

—Yo también te he extrañado, —dije cogiendo su corbata y desabrochando su camisa.

Jordan me reclinó hacia atrás y me subió la falda. Apartando mis braguitas, enterró su cara entre mis piernas acariciando mi sexo con su lengua.

Le cogí del pelo y gemí mientras añadía al juego sus dedos. En unos segundos alcancé el éxtasis gritando su nombre y suplicándole que me follase.

¡Y vaya si lo hizo!

En pocos segundos, se había bajado sus pantalones y yo me encontraba galopando su miembro y agitando la limusina con cada embestida de su cadera.

Cogió mis pechos lamiendo y pellizcando mis pezones y haciendo que mi sexo se estremeciese.

—Síííí, —gemí entre espasmos mientras culminaba por segunda vez.

—Jessica, —dijo casi sin aliento aferrándose a mis caderas y deteniéndose de golpe. Sentí su polla latiendo dentro de mí mientras se derramaba entre estertores.

Abrazándole, pude sentir el aroma de su colonia y cerré los ojos para deleitarme.

—¿Aún sigues enfadada por haber tenido que salir de la cocina? —preguntó sonriendo.

Incliné su cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos.

—No, esto es mucho mejor que cocinar.

—Es que necesitaba tenerte sólo para mí unos minutos antes de la cena.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

Atrajo mi rostro al suyo y me besó en los labios.

—Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos.

Nos agarramos las manos.

—Tengo algo que decirte, —dije recorriendo su pelo con los dedos para peinarle un poco—. Es importante.

—Estás embarazada.

Me reí.

—No.

—Gracias a Dios, —dijo suspirando aliviado.

—Muy gracioso. Serías un padre maravilloso. Lo sabes, ¿verdad?

—No sé cómo ser un padre, —dijo abandonando su sonrisa.

—Nadie lo sabe cuando los niños llegan, Jordan. Afrontas el día a día y esperas que todo vaya bien.

—Haces que suene muy fácil.

—Todo el mundo sabe que los niños no son fáciles. Aunque algo me dice que podrías afrontarlo. Tienes más paciencia que un santo.

—Yo no diría tanto, —dijo cogiendo mi mano para besarla—. Dime la verdad ¿quieres tener hijos?

—Sí, quiero tener hijos. Algún día.

Jordan asintió despacio.

—Probablemente deberíamos casarnos antes.

Le sonreí.

—¿Me estás proponiendo matrimonio?

Su gesto se tornó serio.

—No, claro que no.

Fingí un mohín.

—Mira, lo haré en algún momento, pero no va a ser en una limusina ni después de un polvo, sin importar lo increíble que haya sido.

—Deja que adivine... ¿harás que sea totalmente inesperado?

—¿Esperas que lo haga de otro modo?

—Supongo que no.

—El único problema es que voy a tener que trabajar más en mi forma de engañarte. No puedo creer que me hayas pillado.

—Una mujer conoce a su hombre, —dije acariciando su mejilla.

Cerró los ojos y me abrazó fuerte.

—No sé si te lo he dicho últimamente pero te quiero con locura Jessica Winters.

—Y yo a ti, Jordan Steele.

Tras besarnos un poco más, nos vestimos y volvimos a casa.

—¿Qué ibas a decirme antes? —preguntó.

Sonreí.

—Tenemos invitados a la cena.

Él frunció el ceño.

—¿No vamos a estar solos?

—No.

Suspiró.

—Ya me parecía bastante malo que tu madre estuviera con nosotros.

Abrí la boca de sorpresa.

—Jordan, no tiene gracia.

—Solo estoy bromeando, —dijo sonriendo—. Estoy seguro de que es maravillosa, puesto que es tu madre. Es solo que no me entusiasma la idea de sentarme a cenar con un puñado de extraños

—Tienes que superar tu animadversión a la gente.

—No es animadversión, —respondió—, es solo que no me gustan demasiado.

—Estás acostumbrado a estar rodeado de delincuentes. A nadie les gustan, —dijo—, pero las personas con quienes cenaremos hoy son familia, tuya y mía.

—¿Viene Raptor? —preguntó mirando al frente.

—Sí, y también Adriana y Sammy.

—¿Quién más?

—Tank, su nueva novia y el hijo de ella, Billy.

—¿Raina Davis?

—Sí, ¿recuerdas que te dije que mi madre había estado cuidando de su hijo?

Él asintió.

—Ya lo ves. No será tan malo.

Jordan murmuró algo.

—Oye, —dije tomando su mano—. Si es demasiado pasamos al plan B.

—¿Cuál es el plan B?

—Desaparecer en mi cuarto.

Sonrió.

—¿Y echar un polvo?

—Claro.

—¿Podemos ir directos al plan B?

Me reí.

—No probarás mi pastel si pasamos directamente al plan B.

Se rió.

—¿En serio acabas de decir lo que he oído?

Le di un golpe en el hombro.

—Me refería a mi pastel de manzana.

—Dudo mucho que esté mejor que *tu pastel*—, dijo con la mirada reluciente.

—Cariño, no importa lo que pase hoy, me aseguraré de que tengas tu pastel de una forma u otra.

—Te tomo la palabra.

—No, yo te tomo la palabra.

—Me encanta cuando hablamos de tu pastelito.

Volví a golpearle el hombro.

Capítulo 45

Raina

—Billy, ¿puedes bendecir la mesa? —preguntó Frannie mientras nos sentábamos. Éramos nueve personas: Billy, Sammy, Justin, Raptor, Adriana, Jessica, Jordan, Frannie y yo

Mi hijo miró en derredor y se retrajo.

—No asias.

Justin y Raptor estallaron en carcajadas.

Frannie le sonrió.

—No pasa nada. ¿Y tú Sammy?

—Se me ha olvidado, —dijo avergonzado.

—Yo te ayudaré, —dijo Raptor.

Juntamos las manos y Sammy repitió la plegaria con su padre.

—Y gracias por reunir a nuestra familia, —dijo Raptor—, especialmente aquellos que están en nuestros corazones aun sin estar en nuestras vidas siempre.

Miré al novio de Jessica y vi que hacía una mueca.

—Sí, gracias por traernos al tío Jordan, —dijo Sammy mirándole de soslayo—, y por haberle mantenido a salvo.

—Nos alegramos de estar todos a salvo, —añadió Raptor—, Amen.

Todos dijimos Amen y comenzamos a pasar nuestros platos.

—Esto tiene un aspecto estupendo, —dijo Adriana, la mujer de Raptor. Llevaba el pelo color cobrizo recogido en un moño. Tenía los pómulos pronunciados y grandes ojos que casi me recordaban a los de Audrey Hepburn.

—Gracias, —dijo Jessica que, al igual que su madre, tenía el pelo rubio y ojos castaños—. He de darle las gracias a mi madre por ayudarme. Siento

haberme ido así, por cierto.

Frannie se rió.

—No pasa nada. Sabes que me gusta cocinar. Además, Jordan probablemente quería pasar un rato a solas contigo antes de que le tendiésemos una emboscada, ¿verdad?

Jordan sonrió.

—¿Emboscada? —dijo metiéndose un poco de ensalada César en la boca—, nadie me ha tendido una emboscada.

—¿Entonces sabías que íbamos a venir? —preguntó Raptor con gesto divertido—. Me sorprende que tu limusina no haya pinchado un neumático de pronto.

—De hecho, trató de girar de pronto para intentar pinchar la rueda con un cristal, —dijo Jessica riendo.

—Espera, ¿tú conducías la limusina? —preguntó Justin—. ¿Ese es tu nuevo papel? ¿Conductor de limusinas?

—Para ser sincero, no sé lo que me depara el futuro en el ámbito profesional, —dijo Jordan.

—Antes eras guardaespaldas, ¿verdad? —pregunté algo confusa en lo que respectaba a su lugar de origen y el motivo de su cambio profesional.

—Sí. Más o menos, —respondió.

Al ver su gesto irónico, pregunté:

—¿Y a qué se debe el cambio?

—Viajaba demasiado, —dijo.

—Y es peligroso, —añadió Jessica—. No quiero que le peguen un tiro.

Tenía sentido.

—Si buscas un sitio donde trabajar, puedo buscarte un trabajo, —dijo Justin.

—Gracias, pero estoy seguro de que se me ocurrirá algo cuando volvamos de las Vegas, —respondió.

—¿Y si te unes al club? —preguntó Raptor.

—¿Los Gold Vipers? —preguntó Jordan—. No, no es mi rollo.

—Además, eso también es peligroso, —dijo Jessica.

—¿Qué es peligroso? —preguntó Sammy.

—Nada, —dijo Adriana—, toma, come algo de verdura.

Frunció el ceño.

—Odio los espárragos.

—¿Te gusta la sopa? —preguntó Billy.

—No, —respondió.

—La sopa te pone fuerte, —dijo Billy—. Como Tank.
Justin tensó el bíceps.

—Ya sabes. Lo mismo pasa con el espárrago.

Suspirando, Sammy cogió su tenedor y lo clavó en uno de ellos. Se lo acercó a los labios y mordió.

—¿Qué tal está? —preguntó Raptor.

Hizo una mueca.

—No me gusta.

—A veces tienes que probar algo varias veces para que te guste, —dijo Jessica. Miró a Jordan y continuó—. Al final se vuelve más fácil y llegas a disfrutarlo.

Jordan se rió con ironía.

—¿Qué tal está Vanda? —preguntó Frannie a Adriana.

—Está bien, —respondió.

—Tengo que pasarme a saludar por la tienda un día de estos.

Escuchando el resto de su conversación, miré la mesa y me alegré de haber ido a cenar con la familia y amigos de Justin. A medida que pasó el tiempo, cuando abrimos otra botella de vino, incluso Jordan pareció relajarse y abrirse un poco más.

—He de decir que está siendo una noche maravillosa, —dijo Frannie mirando a los presentes—, y quiero que sepáis que si Slammer estuviese aquí, estaría muy orgulloso de teneros a todos cenando juntos.

Me tensé sintiéndome avergonzada de pronto.

Al sentir mi reacción, Justin me cogió la mano bajo la mesa. Se inclinó y me susurró al oído.

—Relájate. Estás en familia, donde debes estar.

Miré a todos y mis ojos colisionaron con los de Raptor.

—Tiene razón, —dijo sonriéndome con amabilidad—. Slammer quería que todos los presentes estuviéramos aquí, en su casa, cenando juntos.

Sintiendo que se me humedecían los ojos, miré hacia abajo y me excusé para ir al baño.

—¿Dónde vas? —preguntó Justin.

—Al baño, ahora vuelvo, —dije saliendo del salón para dirigirme al cuarto de baño. Una vez entré, esperé a calmarme un poco y cuando estuve mejor, abrí la puerta.

—¡Ah! Hola, —le dije a Justin, que me esperaba en el pasillo.

—¿Estás bien?

Asentí y percibí que tenía algo escondido tras la espalda.

—¿Qué ocurre?

Sonriendo, sacó una cajita de joyería.

—¿Qué haces? —pregunté con un nudo en la garganta.

Se arrodilló y me miró.

—Sé que acabamos de conocernos, pero ya hemos compartido muchas cosas.

Parpadeé incapaz de mover un músculo.

—Raina, no sé qué sientes por mí pero yo te quiero. Te quiero tanto que me siento incapaz de imaginar el resto de mi vida sin ti, —dijo abriendo la caja y mostrándome un anillo con un diamante que brillaba bajo la luz y me dejaba sin aliento.

—Espera. Para, —dije llorando—. Sabes que no podemos hacerlo. No puedo casarme contigo.

—Escúchame, —dijo clavándome la mirada.

—No, no puedo, —dije agitando la mano.

—¿Raina? Por el amor de Dios, escúchame.

Me mordí el labio inferior.

—Se acabó el club.

—¿Qué?

—He perdido a mi padre. Mataron a mi ex. Violaron a mi hermanastra. Joder, casi matan a Adriana. Te necesito en mi vida pero no os pondré en peligro a Billy ni a ti.

Me quedé sin palabras.

—Me niego a perderte. Si tengo que dejar el club para estar contigo, lo haré princesa.

—Pero el club lo es todo para ti, —dije recordando la conversación que habíamos tenido. El orgullo y la felicidad en sus ojos cuando hablaba de sus hermanos.

—Lo es, pero tú eres más que todo, si es que algo así existe, —dijo sonriéndome.

—Casi no me conoces.

—Sé que te amo. ¿Tú me quieres?

—Sí.

—Bien. Quiero cuidar de ti y de Billy. Quiero estar ahí para él. Le quiero. Sabes que te digo la verdad.

—Sé que le quieres, pero no puedo pedirte que dejes el club.

—Tú no me has pedido nada, soy yo quien te dice lo que voy a hacer.

Dicho esto, tomó mi mano izquierda y me colocó el anillo.

—Voy a dejar atrás el pasado y a empezar una nueva vida. Raptor me sustituirá como presidente.

Miré el anillo. Sí, le amaba. Pero también tenía miedo. Miedo de que se arrepintiera de lo que había hecho algún día y me odiara por ello.

Me quité el anillo y se lo devolví.

—Lo siento, no puedo dejar que lo hagas.

Su rostro se ensombreció.

—Esto no está bien, —dije tocando su cara—, te amo, de verdad que sí. Pero no puedo ser la razón por la que dejes el club. No sabiendo que significa tanto para ti.

—Entonces no importa lo que haga, ¿tu respuesta es no?

—No hagas que parezca que es algo fácil, —dije mirándole con severidad.

Tiró el anillo en la caja y se lo metió en el bolsillo.

—Entonces supongo que no hay nada más que decir, ¿no es así? —dijo sin mirarme.

Le miré sin saber muy bien qué responder. Me había acorralado y ahora se enfadaba porque quisiera lo mejor para él.

Justin se giró y se dirigió a la puerta.

—¿Dónde vas?

Se giró.

—No esperarás que me sienta junto a ti a cenar después de haberme rechazado, ¿verdad?

—Lo siento. Quizás debería irme yo, —dije sintiendo ganas de vomitar.

—No, Billy no debería tener que marcharse por esto. Deja que acabe la cena.

—Justin, —dije cuando le vi girarse para continuar caminando—. Por favor, no te vayas así.

Ignorándome, salió por la puerta y la cerró tan fuerte que toda la casa tembló.

—¿Qué ocurre? —preguntó Frannie saliendo a mi encuentro.
—Creo que he cometido un terrible error, —susurré.

Capítulo 46

TANK

Me sentí como si me hubieran arrancado el corazón del pecho y lo hubieran rallado como queso parmesano. Regodeándome en mi tristeza, me monté en mi moto y conduje hasta Griffin's. Cuando entré en el bar, Cheeks, que estaba en la barra, me saludó con la mano.

—Hola muñeca, —dije forzando una sonrisa.

—Ey, pensaba que estabas en una cena de compromiso.

—Ha habido un cambio de planes, —dije—, dame una botella de whiskey, por favor.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Toda la botella?

Me giré y miré a la stripper del escenario esperando que fuera una buena distracción.

—Sí. No preguntes.

Cheeks trajo una botella y un vaso de chupito.

—Aquí tienes Tank. Mira, si necesitas hablar, sabes que siempre puedes contar conmigo.

La mayoría de las veces que habíamos hablado había sido en la cama y no precisamente acerca de problemas, pero sabía que era sincera en su ofrecimiento.

—Gracias Cheeks. ¿Qué tal va hoy el negocio?

Era sábado por la noche y el lugar estaba empezando a llenarse.

—No va mal. Tenemos una nueva stripper por si no te has dado cuenta.
Miré a la chica morena del escenario con enormes pechos y ojos oscuros que, en mi opinión, podían quedar perfectos junto a mi polla.
—¿Quién la contrató?
—Ella dijo que fuiste tú.
Me giré.
—¿Yo? No creo.
Cheeks se rió.
—Es una broma, yo lo hice. Me pareció que nos vendría bien algo de carne fresca.
Me bebí el whiskey y me puse otro chupito.
—Carne fresca... —repetí.
—Deberías acercarte a saludar cuando acabe con su número. Seguro que le encantaría conocerte.
—Quizás lo haga, —dije apurando otro trago.

—¿Cómo te llamas cariño? —pregunté a la stripper media hora después. Estábamos en mi oficina y ella estaba sentada al borde de mi escritorio.
—Candace, —dijo balanceando su pierna.
—Deja que adivine... te llaman Candy, ¿verdad?
—Sólo después de probar lo dulce que soy, —dijo entre risitas.
—Ya veo, —dije recorriendo sus piernas tratando de sentir algo. Cualquier cosa. Pero lo único que sentía era mi ira hacia Raina en aquel momento.
—Entonces, ¿tú eres el presidente de los Gold Vipers? —preguntó retorciendo un mechón de pelo entre sus dedos.
—Sí. Soy yo, —dije sentándome de nuevo en mi silla.
—Guay, —dijo saltando de mi escritorio.
—¿Cuántos años tienes?
—Veintiuno.
Resoplé.
—De acuerdo.
—¿Cuántos años quieres que tenga? —preguntó sentándose en mi regazo.
—Mayor de edad es suficiente.

Comenzó a rozar su entrepierna contra mí, ofreciéndome un baile privado.

—Soy mayor de edad por los pelos, cariño, —dijo susurrando en mi oído—. Justo como os gusta a los tipos como tú.

—Yo no soy como otros tíos.

Tocó mi entrepierna.

—Ya lo creo que no. Eres un tipo de los grandes.

Era una chica dulce con todo lo necesario para volver loco a cualquiera, pero yo tenía la cabeza en otra parte.

—Se acabó el rato de montar a caballo, cariño.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—No estoy de humor.

—Pues cuando te he tocado sí lo parecía.

—Eso es una erección a medias.

Su gesto volvió a mostrar sorpresa.

—Ahora vete, tengo que encargarme de unas cuentas.

Afortunadamente había dejado de beber a los cuatro tragos de whiskey al darme cuenta de que estaba a punto de escribir borracho a Raina, y de ninguna manera me iba a arrastrar hasta tal punto.

Ella se levantó y se dirigió al otro lado del escritorio.

—Vale. Pero si te apetece más tarde, búscame. Estaré aquí hasta media noche.

—Así lo haré, —dije volviéndome hacia mi ordenador portátil.

—Por cierto, —dijo inclinándose para acercar su escote a mi cara—, normalmente tardo menos de dos minutos en hacer que un tío se corra entre mis labios. El secreto está en la lengua.

Mi entrepierna se agitó.

—Lo tendré en cuenta.

—Vendré a verte en un rato por si has cambiado de opinión.

—Estás invitada, —dije más divertido que otra cosa. Aquella chica tenía mucha confianza en sí misma y yo esperaba que eso se tradujese en más clientes.

Me guiñó un ojo y se marchó.

Dos minutos más tarde, mientras prestaba atención a las cuentas por pagar, alguien entró. Pensando que sería Candace, contesté sin ni siquiera mirar.

—No, mi polla aún no está lista.

—¿En serio? —dijo una voz seca.

Alcé la mirada y vi a Raina de pie en la puerta. Llevaba un abrigo largo y sonreía de forma irónica.

—Así que eres tú, —dije tensándome.

—No pareces muy contento de verme, —dijo.

Me eché hacia atrás en la silla.

—Será porque no lo estoy.

—Déjame tratar de arreglar eso, —dijo abriéndose el abrigo bajo el cual sólo llevaba unos tacones, medias negras y el chaleco que había rechazado por la mañana.

Me empalmé de inmediato.

Rodeó el escritorio y me miró.

—¿Y bien?

—¿De qué va todo esto?

Suspiró profundamente y habló.

—He venido a decirte que... la he cagado. Mucho.

Sólo deseaba inclinarme sobre ella y follarla hasta que se desmayase, pero me mantuve frío.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que yo tampoco puedo vivir sin ti, Justin, —dijo con los ojos llenos de lágrimas—, te quiero más que a nada y siento mucho lo de antes. Es solo que estaba asustada y...

—¿En serio pensabas que podías entrar aquí así vestida y que todo estaría bien entre nosotros como por arte de magia? —pregunté.

Ella parecía herida.

—Sí, supongo que sí, —dijo tapándose con el abrigo—. Aparentemente he cometido otro error al venir aquí.

Capítulo 47

Raina

Cuando me giraba para marcharme, Justin me cogió del brazo y me quitó el abrigo.

—¿Dónde coño vas? —refunfuñó.

Antes de poder responder, me tumbó en su escritorio y se colocó sobre mí. Cerré los ojos y gemí al sentir sus dedos deslizarse en mis adentros.

—Dime qué quieres de mí, —me exigió separando mis piernas.

—A ti, —dije jadeando.

—¿A mí? ¿Qué parte de mí? —dijo desabrochando su cremallera para acariciar mis labios menores con su polla. ¿Ésta?

—Joder, sí, —gemí deseosa por sentirle dentro.

Se retiró.

—Mi polla, ¿eh? ¿Eso es todo?

Me tensé.

—No, claro que no.

—¿Quieres todo de mí? —preguntó.

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí.

Justin se aferró a mis caderas y me quedé sin aliento al sentirle penetrarme con intensidad. Salió de nuevo y volvió a penetrarme fuerte. Debido al ángulo de nuestros cuerpos podía sentirle dilatando mis adentros tanto que casi me dolía.

—Apuesto a que ahora me sientes casi hasta las amígdalas, —dijo deslizando sus manos bajo el chaleco y acariciándome los pechos—, ¡Dios! ¡Qué sexy eres!

Me pellizcó el pezón derecho con las yemas de los dedos.

—Sé lo que quieres. Te conozco, Raina. Igual que tú me conoces a mí. Absolutamente cada centímetro de mí.

Me aferré al borde del escritorio inclinando la cadera para poder sentir cada centímetro de su sexo. Él volvió a salir de mí y a penetrarme con fuerza.

—Quieres que te folle más rápido, ¿verdad?

—Sí.

—Quiero que me supliques, —dijo deslizando sus dedos hasta mi clítoris—. Vamos nena.

—Por favor.

Siguió jugando con los dedos de forma tan deliciosa que solo pude dejarme llevar mientras me tocaba con la precisión de un músico acariciando su instrumento.

—Háblame.

—Fóllame más rápido, por favor, —gemí.

Justin comenzó a penetrarme más fuerte y el escritorio se movía con cada embestida, pero eso no le detenía.

—¿Vas a correrte para mí? —dijo aumentando la presión en mi clítoris, acariciándolo con más vigor hasta que estallé en un orgasmo delicioso.

—¡Oh! Dios, —gemí entre estertores.

Trevor se tensó y gruñó en mi oído mientras se derramaba.

—Te amo, —dijo casi sin aliento.

—Yo también te amo, —respondí tratando de recuperar la respiración.

De pronto alguien nos interrumpió llamando a la puerta.

—Hola, —dijo una mujer asomándose a la puerta. Cuando nos vio ni siquiera pareció sorprenderse.

—Cheeks, joder, a ver cuándo cojones aprendes a llamar, —dijo Justin aún inclinado sobre mí.

Sonrió.

—Supongo que esta es la mujer que te tenía tan nervioso.

Él suspiró.

—Eh... hola, soy Raina.

—Encantada, —dijo extendiendo su mano para estrechar la mía y retirándola en el último momento—. Quizás en otra ocasión.

—¿Qué quieres? —dijo Justin algo tenso.

—Sólo decirte que necesitamos más vodka de abajo.

—¿No puedes cogerlo tú misma?

—Joder no. Hay ratas ahí abajo.

—Ahora salgo, —dijo Tank.

—Vale. Eh... lo siento, de nuevo, —dijo cerrando la puerta.

—Vale. Eso ha sido raro, —dije mientras Justin salía de mí—. Aunque parece maja.

Me giré y le miré.

—Lo siento. Espero que ahora lo sepas.

Me miró con dureza.

—¿Lo sientes lo suficiente como para casarte conmigo?

Sonreí.

—Si aún lo deseas... Y Billy lo aprueba, claro.

Tiró el pañuelo que tenía en la mano a la basura y me cogió entre sus brazos.

—¿De verdad pensabas que dejaría de quererte en menos de dos horas? Yo no soy así.

Apoyé la mejilla en su pecho.

—Lo sé.

—¿Seguro que esto es lo que quieres? —preguntó acariciándome la espalda.

—Sé exactamente lo que quiero. A ti. Sólo me pone un poco nerviosa todo lo que eso implica.

—Ya te he dicho que dejaría el club si eso te hacía feliz.

Le miré y negué con la cabeza.

—No. Siempre serás parte de este club. Está en tu sangre. Mientras nos mantengas a salvo, estoy dispuesta a intentarlo.

Rozó mi barbilla y me miró a los ojos.

—Preferiría morir a dejar que os pasara algo a cualquiera de los dos.

—Lo sé, —dije percibiendo la sinceridad de su mirada.

Nos besamos de nuevo y me pasó mi abrigo.

—Póntelo y salgamos de aquí.

—¿Seguro? Parece que llevo demasiada ropa para este lugar, —dije con una sonrisa pícar—. Además he visto un cartel cerca de la puerta diciendo que contratáis bailarinas. Quizás debería presentarme.

—Cariño, puedes hacer lo que quieras puesto que soy el dueño. Pero nadie excepto yo te verá desnuda.

—Eres consciente de que lo mismo puedo decir yo de ti, ¿no? —dije.

—Lo sé.

—Y no vas a dejar que te toque ninguna de las chicas del club, —dije pensando en todo lo que había visto durante mi estancia en el club. No sólo con Justin o Raptor sino con otros miembros del club.

—No tienes por qué preocuparte, —dijo sacando el anillo de nuevo.
Le quité la cajita y volví a ponerme el anillo.

—¿Te gusta? —preguntó—. Si lo prefieres podemos escoger otro.

—Me encanta, —respondí sosteniéndolo—. Era precioso y más grande de lo que merecía.

—Bien, porque Billy me ayudó a escogerlo.

La sorpresa se apoderó de mi rostro.

—¿Él lo sabía?

—Sí. Le dije que me iba a casar con su mamá. Él estaba emocionado y me preguntó si me podía llamar papá.

—¿Y tú qué dijiste?

—Le dije que sería un honor.

—Eres tan dulce. No puedo creer que mantuviera el secreto.

—Bueno, quería decírtelo. Tuve que sobornarle para que no hablase.
Sonreí.

—¿En serio? ¿Cómo? ¿Usaste la técnica del caramelo?

—No. Le soborné con un viaje a Disney World.

Mi sonrisa desapareció.

—¿Le has prometido un viaje a Disney World?

—Digamos que vamos a pasar la luna de miel con Mickey y Ariel.

—¿No te importa? —pregunté sintiéndome abrumada—. Nunca he estado en Disney World.

—Claro, supongo que siempre quise averiguar si es pelirroja natural.

Le golpeé el hombro cariñosamente.

—Eres un perverso.

—Eres tú la que se ha presentado aquí medio desnuda, —dijo riéndose.

—¿Qué puedo decir? Me has perverso.

—¿Ya sabes lo que te espera?

—Sí y no lo cambiaría por nada, —le dije.

—Si es lo que quieres es lo que tendrás en todas sus modalidades cuando acabe contigo, princesa, —dijo sonriendo.

—¿Lo prometes?

Deslizó sus dedos bajo mi chaqueta de nuevo y me acarició allí donde se separaban mis nalgas.

—Por supuesto. De hecho, se me ocurre la forma idónea de consumir esa promesa.

Contuve el aliento al sentir su dedo deslizarse en aquel territorio inexplorado.

—Justin... —quise advertirle.

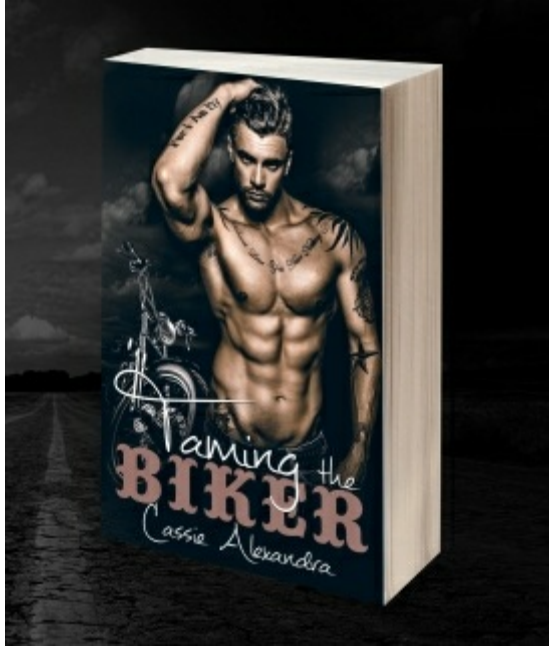
El suspiró y retiró la mano.

—Vale. ¿Pero podemos parar por el camino para comernos un helado?

Cuando no pensaba en sexo, pensaba en comida. «Dios, ¡cómo no amarle!»

—Sí, —dije sonriendo.

FIN



Próximo libro disponible pronto

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com